

EL CLUB DE LOS SOLTEROS MILLONARIOS

# Elígeme

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

**MONICA  
MURPHY**

Harper+

# *Eligeme*

**MONICA  
MURPHY**



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

[www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.  
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18  
28036 Madrid

Elígeme

Título original: Torn

© 2013, Monica Murphy

© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Publicado por HarperCollins Publishers Limited, USA

© De la traducción del inglés, HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, USA.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Imagen de cubierta: [Dreamstime.com](http://Dreamstime.com)

ISBN: 9788410640481

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

# 1

## Marina

—Dime tu nombre.

Un escalofrío me recorre la espalda ante la voz autoritaria y profunda que me llega al oído. Permanezco inmóvil, haciendo todo lo posible por no reaccionar, teniendo en cuenta que estamos rodeados por al menos cien personas, pero, oh, cuánto lo deseo.

Si pudiera, me arrojaría a sus brazos del hombre, que está demasiado cerca de mí. Exige saber mi nombre como si yo le debiera algo, lo que no puedo evitar encontrar excitante.

Irritante, y también sexi.

—Dime primero tú el tuyo —murmuro como respuesta, volviendo la cabeza en dirección contraria, para que parezca que ni siquiera hablo con él.

Está de pie detrás de mí, alto y ancho, imponente, con su immaculado traje negro y su camisa blanca impoluta. La corbata plateada la lleva perfectamente anudada al cuello.

Puede que no lo estuviera mirando en este preciso instante, pero había memorizado todo sobre él desde el momento en que lo he visto por primera vez, hace menos de una hora. Había llamado mucho la atención sin decir una palabra, al entrar en la sala como si fuera suya, lanzando esa mirada calculadora a todos los presentes. Parecía un poderoso rey observando a sus súbditos, hasta que sus ojos se fijaron en mí.

Me observó durante largos y angustiosos minutos. Me revolotearon mariposas en el estómago cuando sentí sus hambrientos ojos recorrerme el cuerpo y, por un aterrador momento, me pregunté si podría ver a través de mí. Me moví un poco, maldiciéndome interiormente por haber venido esta noche, pero me mantuve firme. Me negué a reaccionar.

Sigo negándome a reaccionar.

—¿No sabes quién soy? —Parece divertido ante la idea, y me siento tentada de marcharme sin decir palabra.

Mis nervios de antes se evaporan, sustituidos por una columna vertebral de acero y una actitud aún más acerada. Está tan seguro de sí mismo, es tan

arrogante, que estoy segura de que cree que me tiene en el bote.

No sabe con quién está tratando, ¿a que no?

Estamos en una cata de vinos y cervezas locales, y yo estoy aquí representando a la panadería que posee mi familia, la que hace poco me han dejado llevar al acabar la universidad. El negocio que todos creen que va a fracasar. «Así que ¿por qué no dárselo a Marina? Ella no puede hundirlo más».

Eso es lo que oí a mi padre decirle a mi tío. El recuerdo de sus palabras aún me cala hasta los huesos.

Por fin echo un vistazo al hombre que está detrás de mí, y me fijo en su espeso pelo castaño con reflejos dorados, en la forma en que le cae sobre la frente, en sus centelleantes ojos verdes, en la leve sonrisa que curva hacia arriba sus carnosos labios. La combinación le da un aspecto juvenil. Es una ilusión total, pues no hay nada de juvenil en este hombre viril que tengo ante mí.

—Quizá puedas iluminarme. —Le ofrezco una sonrisa despreocupada y me vuelvo hacia él, pero los nervios se multiplican por diez cuando da un paso hacia mí, invadiendo mi espacio personal.

Primero me llega su olor, limpio y sutil, una mezcla de jabón y simplemente... él. No detecto colonia.

Eso es bastante inusual. La mayoría de los hombres que conozco se empapan de perfumes caros con el fin de atraernos a las ilusas de las mujeres. En lugar de ello, acaban asfixiándonos.

Con la excepción de este hombre. Su singularidad me parece refrescante.

Aparece una lenta sonrisa que revela unos dientes blancos y perfectamente alineados.

—Gage Emerson. —Me tiende la mano—. ¿Y tú eres...?

No es muy sutil. Y es justo quien yo sospechaba, aunque no tenía ninguna duda. El mismo hombre que hace poco ha comprado lo que parece la mitad del valle de Napa, con la esperanza de hacerle reformas y venderlo a Dios sabe quién para obtener ingentes beneficios.

Y no le importa lo más mínimo cambiar para siempre el paisaje del lugar en el que he crecido, además de hundir a mi familia en el proceso.

—Marina Knight —respondo.

Dios, ha sonado como si contuviera el aliento. Me dan ganas de abofetearme. No estoy aquí esta noche por él. He venido por otros motivos, para promocionar la panadería familiar y para presentarme y socializar con

los empresarios locales, a muchos de los cuales considero amigos. Mi vida en el valle de Napa es cuanto conozco.

Y este guapísimo hombre que tengo frente a mí intenta arrebatarme para siempre lo que conozco.

Su sonrisa crece, y una ira lenta y ardiente —combinada con anhelo, lo que me enfurece aún más— recorre mis venas. Inhalo bruscamente, desesperada por controlar esa emoción inoportuna. Sabía que era guapo, encantador y educado. Hacía poco que lo había investigado; estuve una hora entera buscándolo en Google, intentando encontrar algún tipo de debilidad suya —ya que, sin duda, él conoce las de mi familia—, pero parece que no tiene ninguna. Era como si fuera una especie de superhéroe intocable.

Sin embargo, no me esperaba reaccionar así. Mi cuerpo está zumbando en todos los lugares adecuados ante su cercanía. Me hormiguea literalmente la piel, y, cuando me coge la mano para estrechármela, mis rodillas amenazan con doblarse.

—Un placer conocerte, Marina Knight. —Su voz retumba desde algún lugar profundo de su pecho y me pasa el pulgar por el dorso de la mano en una caricia rapidísima antes de soltarla.

Solo es un hombre, me recuerdo a mí misma. Un hombre atractivo y de ensueño, en esa forma pulida, abiertamente masculina y deliciosamente dominante que no me suele atraer, pero... humm.

Una mujer siempre puede cambiar de opinión.

—Encantada de conocerte también —digo automáticamente, sonando igual que mi madre.

Con un estremecimiento, miro hacia otro lado, sintiéndome tonta. Tengo veintitrés años. Llevo toda la vida relacionándome en los venerados círculos sociales del valle de Napa. Mi familia es una de las más conocidas de la zona. Se podría pensar que sé comportarme con hombres encantadores y despiadados.

Sin embargo, no sé cómo actuar, al menos, con este. Gage Emerson es intimidante. Magnífico. Cautivador.

Debería irme. Ahora mismo. Dar media vuelta y echar a correr. No sé en qué estaba pensando, al querer hablar con él. Va tras las extensas propiedades que posee mi familia en todo el valle. Y yo también deseo algo de él.

El lugar es pequeño, una de las muchas bodegas locales de la zona. Me había enterado de que Gage iba a venir, así que yo también pensaba asistir. Ya había hablado con el dueño de la bodega y le había dado mi tarjeta con la esperanza de que comentara la oferta que le he hecho esta noche, justo antes de que empezara la fiesta.

Los panes artesanos que mi tía hornea cada mañana marinarían perfectamente con sus vinos. Llevo un tiempo intentando esta táctica, contactando con negocios locales con los que la panadería podría asociarse con fines promocionales, pero hasta ahora no he tenido suerte. Estoy empezando a creer que tengo la palabra «fracasada» tatuada en la frente, y que la única que no la ve soy yo.

—¿Quieres tomar algo? —pregunta Gage. Cuando vuelvo a mirarle, inclina la cabeza hacia un lado—. Voy a la barra. ¿Quieres acompañarme?

Le sigo entre la multitud sin decir palabra, murmurando saludos a nuestro paso a la gente que conozco, que es la mayoría. He pasado aquí toda mi vida. Puede que las ciudades que componen el valle de Napa sean grandes, pero la comunidad es pequeña y todo el mundo parece conocerse.

Es probable que los rumores se ceban con el hecho de que vaya en compañía del calculador y entremetido tiburón inmobiliario Gage Emerson, pero no me importa. Al final conseguiré lo que quiero.

Aunque probablemente él no.

Me pone la mano en la base de la columna, dirigiéndome hacia la barra, y siento su tacto en lo más profundo de mi alma. Me tiemblan las rodillas cuando nos detenemos, en una corta fila para pedir nuestras bebidas.

—¿Qué te trae por aquí esta noche, Marina Knight? —pregunta, entablando una conversación ligera.

No parece un donjuán, pero nunca estoy segura. Por lo menos ha dejado de tocarme. No sé si yo sería capaz de decir nada con sus manos encima de mí. Parece que mi cerebro se bloquea temporalmente con solo tenerlo cerca.

—Mi familia —le digo, sin querer darle demasiada información. Si no puede averiguar quién soy después de presentarme, no quiero darle más pistas.

Levanta una ceja oscura.

—¿Tu familia?

—Tenemos algunos negocios en el valle de Napa —respondo finalmente con vaguedad, y me adelanto a medida que avanza la fila.

Me sigue y su mirada me recorre el rostro, como si intentara averiguar si nos conocemos.

—¿Negocios familiares? ¿Nos conocemos?

Niego con la cabeza lentamente.

—Humm, no que yo recuerde. —Prefiero que piense que es fácil olvidarle.

No es que lo sea. Oh, no. Solo han pasado unos minutos, pero me temo que se ha grabado a fuego en mi cerebro para siempre.

—Ah. —Suenan perplejo. También lo parece. Lo que significa que es adorable.

Su imagen pulcra es legendaria. En realidad, su imagen pública es la de un hombre de negocios. Sí, siempre lleva del brazo a una bella mujer en los distintos actos públicos. Sí, ha tenido algunas parejas, siempre con mujeres tan exitosas y poderosas como él.

Por tanto, ¿qué iba a ver él en mí? ¿La encargada de la panadería de la gigantesca familia que está perdiendo lentamente su fortuna, compra a compra?

Uf, tengo que apartar todos los pensamientos feos y centrarme en el aquí y ahora. Por ejemplo, en cómo puedo convencerle de que la siguiente adquisición de su agenda no se produzca, adquisición de la que va a ocuparse muy pronto. El trato al que mi familia —en concreto, mi padre— no va a poder resistirse mucho más.

He de impedir que Gage realice esa compra. Si adquiere los negocios que mi familia posee en St. Helena, mi carrera habrá terminado. Toda mi vida he querido dirigir uno de los negocios familiares, concretamente la panadería. Era de esperar. La panadería ha formado parte de mi vida desde que tengo uso de razón. Ahora, con la venta de todo, no quedará negocio alguno. Después de todo lo que mi familia se ha esforzado a lo largo de los años, quedarme sin nada me revuelve el estómago.

Formo parte del legado de la familia Molina, una de las más antiguas de todo el valle de Napa, y sin embargo siento que no puedo hacer nada. Se me escapa de entre las manos delante de mis ojos y no puedo detenerlo. Aunque quizá podría distraer a Gage un tiempo...

Pero ¿cómo puedo detenerlo? ¿Qué puedo hacer para impedir que cambie mi vida para siempre?

«Eres una mujer inteligente y fuerte. Se te ocurrirá algo».

A veces juro que parece que la voz que hay dentro de mi cabeza no es la mía.

Llegamos a la barra, y Gage se decanta por una cerveza mientras yo pido una copa de vino espumoso, de producción local. Estoy superconcienciada con el apoyo a los negocios de nuestra comunidad. Al fin y al cabo, yo esperaría lo mismo con el mío.

Mi negocio en quiebra, claro.

Paga él, y yo dejo que me invite. Aún está intentando averiguar quién soy; lo sé por sus cejas fruncidas y los ojos entrecerrados. Nos alejamos de la barra, pero nos quedamos de pie, cerca. Está de espaldas a todos los que siguen en la fila y se ha vuelto hacia mí. Yo estoy apoyada en la pared. Me tiene efectivamente atrapada, aunque no lo siento así. Me gusta bastante estar cerca de Gage Emerson.

Pese a que no debería.

## Gage

No puedo ubicarla, pero juraría que he oído hablar de ella antes. Puede que incluso me la hayan presentado, aunque no recuerdo dónde. ¿Tal vez en la inauguración del hotel de Archer? No lo sé. Conocí a un sinfín de personas en aquel evento concreto, aunque no eran demasiado amistosas. Casi todo el mundo en el valle de Napa sigue tratándome como a un intruso.

Marina Knight... Es su nombre lo que me desconcierta. No conozco a muchas Marinas. A ninguna, aparte de ella. Pero esta... es hermosa. Y no es lo que esperaba, aunque, ¿en serio? ¿Qué demonios podía esperar? No la conozco.

Al menos, creo que no. Y, maldita sea, me distrae demasiado su bonita cara. Creo que me está devorando el cerebro.

Toda esa elegancia tranquila y contenida que luce con tanta elocuencia resulta seductora. Cabello rubio miel que le cae en suaves ondas hasta la mitad de la espalda. Ojos azules, fríos y evaluadores, que parecen ver a través de mí y se divierten con lo que encuentran. Tiene los labios pintados con un intenso carmín rojo rubí y los frunce antes de esbozar una pequeña sonrisa misteriosa. Solo con mirar la suave curva de sus labios, me arde la sangre.

No es buena señal.

Es de estatura media, me llega más o menos por los hombros, y lleva un sencillo vestido negro que la cubre por completo, pero que se ciñe a cada bella curva. Grita «témpano de hielo» y «tócame», una combinación seductora a la que me cuesta resistirme cuanto más tiempo paso en su compañía.

Últimamente, he renunciado por completo a las mujeres. Disfruto pasando tiempo con ellas. Las aprecio, como cualquier hombre. Pero son una distracción absoluta cuando no las necesito, y siempre quieren más de lo que puedo darles. Centrarme en mi negocio es el objetivo final en este momento. ¿Empezar una relación con la posibilidad de que se convierta en algo serio?

No me interesa.

De verdad, es lo último que deseo. Sobre todo, tras ver cómo mi mejor amigo, Archer Bancroft, se ha enamorado perdidamente de mi hermana pequeña, Ivy, por el amor de Dios. Sé que ese no es el camino que estoy dispuesto a seguir.

Además, hay muchísimo dinero en juego. El gilipollas de nuestro amigo al que se le ocurrió la apuesta del millón de dólares, Matt DeLuca, se está riendo históricamente de mí ahora mismo. Lo presiento; siempre lo noto. Creo que está por aquí; quizá me espíe mientras hablo con esta mujer a la que ni siquiera conozco. Mientras tanto, tiene a su nueva asistente siguiéndole a todas partes, lanzándole miradas de deseo mientras el muy idiota no se da ni cuenta.

La pobrecilla está loca por él.

Estábamos en la boda de un amigo cuando los tres afirmamos que no queríamos casarnos nunca. Debíamos de estar borrachos cuando lo hicimos, pero todos nos apostamos que nunca dejaríamos que nos atara una mujer. Y el último en quedar soltero ganará un millón de dólares.

Una puta locura.

Si me salgo con la mía, está claro que Matt no ganará. Cabrón engreído. Cree que esta situación en la que nos hemos metido es divertidísima. Se piensa que tiene asegurada la victoria en nuestra estúpida apuesta. El señor Lobo Solitario está volcado por completo en la renovación de la bodega que acaba de comprar. Las mujeres no le interesan, me dijo el otro día. Quizá sí para un revolcón rápido entre las sábanas, pero no para nada a largo plazo, para nada serio.

Mientras tanto, su atractiva ayudante está sentada a menos de tres metros de nosotros, con el cuerpo en tensión. Juro por Dios que tiene la cabeza inclinada hacia nosotros para poder escuchar perfectamente nuestra conversación.

Estoy con él al cien por cien en ese sentido. Dejar que Archer caiga solo. Está encantado de jugar a las casitas con mi hermana, lo cual aún me deja boquiabierto. Ivy está igual de enamorada de él. Es curioso, teniendo en cuenta que no hace mucho discutían todo el maldito tiempo. Creía que se odiaban.

Y ahora, sin embargo, se van a casar dentro de un par de meses. Voy a ser el padrino de Archer. Solo de imaginarme llevando la soga en la que Archer se está metiendo por propia voluntad, el cuello de la camisa empieza a apretarme.

—¿Qué te trae por aquí esta noche, Gage Emerson? —Marina repite la pregunta que le he hecho yo antes, con la misma sonrisita misteriosa curvándole los labios.

Hay una dulzura natural en esta mujer que me atrae. No puedo explicarlo. Quiero inclinarme hacia ella e inhalar su aroma. Tocarle la suave mejilla, cogerle la mano y presionar mi palma contra la suya. Algo, lo que sea para establecer esa conexión instantánea entre nosotros que busco de repente. Sus labios me distraen; son de un rojo demasiado exuberante y seductor.

Seguro que sabe jodidamente bien.

«Céntrate, gilipollas».

—Negocios —respondo con firmeza, y bebo de mi botellín de cerveza.

Es de una pequeña cervecería local que desde hace poco se ha convertido en una de mis favoritas. Por eso he venido, por eso y —como siempre— para hacer contactos de negocios. Ha sido Archer quien me ha conseguido la invitación. Cuantas más propiedades compro en la zona, más inclinado estoy a quedarme aquí.

Me gusta. El campo es precioso, y la gente aparentemente amable hasta que quieres apoderarte de sus tierras; además, no está demasiado lejos de San Francisco, mi base de operaciones.

Mantengo los ojos fijos en Marina todo el tiempo que bebo y noto cómo ella aparta su mirada de la mía y su pecho se vuelve del más leve tono rosado, como si la hubiera incomodado.

Sí, estoy perdido. Cuando sé que no debería estarlo. Estoy completamente embelesado. Las mujeres que me suelen atraer son

sofisticadas, seguras de sí mismas. Mis iguales en edad, estatus y capacidad de ganarse la vida. Aprecio una pareja poderosa. Sueno como un completo imbécil en mi maldito cerebro, pero no puedo evitarlo. Me atraen las mujeres inteligentes y seguras de sí mismas.

Esta es joven, hermosa y tímida al parecer..., con ese aire de misterio inocente pero sensual que me tiene ansioso por conocerla mejor, a pesar de mi actual aversión por el sexo contrario.

—¿Y a qué clase de negocios te dedicas? —Juro que se ha puesto a pestañearme.

—Inmobiliarios. —Bebo otro trago y la observo de reojo mientras ella desvía la mirada con indiferencia y parece escudriñar a la multitud por encima de mi hombro.

Echo un vistazo detrás de mí y no veo a nadie conocido en la sala, luego me vuelvo de nuevo hacia ella. Por supuesto, aquí el forastero soy yo. Y todos me miran como si esperaran que me fueran a salir cinco cabezas o algo así. Me siento fuera de lugar.

Napa es pequeña y todo el mundo nota una cara nueva. Al menos en San Francisco, mi hogar, es muy fácil perderse entre la multitud cuando quieres.

—Hace poco he comprado unos inmuebles aquí en la zona —añado.

—Ah, ¿sí? —Sus labios se curvan en una sonrisa cómplice, y yo frunzo el ceño, tratando por todos los medios de averiguar quién demonios es.

Pero no lo consigo, aunque no dejo de intentarlo.

—Sí. Aún hay algunos más que me interesan. Por eso estoy aquí. Espero encontrar alguna información.

Levanta una elegante ceja rubia oscura, y mi mirada se siente atraída por ella. ¿Así que es rubia natural? Eso sí que es una rareza.

—¿Qué tipo de información? —pregunta con cuidado.

—Esperaba encontrarme con alguien de la familia Molina. —Ya he intentado ponerme en contacto con muchos de ellos, pero no me devuelven las llamadas—. Sé que aún poseen una cantidad considerable de propiedades y negocios en la zona y sus alrededores. Y que a lo largo de los años han ido vendiendo poco a poco algunos inmuebles que consideraban que no encajaban en su cartera inmobiliaria. —Cierro los labios con fuerza. Temo haber revelado demasiado.

¿Qué tiene esta mujer que me hace... olvidar?

Marina permanece callada durante largos segundos, cargados de tensión. Aprieta esos labios suyos tan sexis, exhala un suspiro estremecedor y

estrecha la mirada.

—Así que lo que estás diciendo es que eres un buitre.

Ladeando la cabeza, frunzo el ceño.

—¿Qué acabas de llamarme?

—Ya me has oído: un «buitre». —Su voz destila desprecio. Frunce los labios en un mohín sexi y sus ojos me evalúan con frialdad—. Te abalanzas sobre la gente cuando es vulnerable y necesita dinero de forma desesperada. Entonces se lo quitas todo.

Nunca he dicho tal cosa, aunque tiene razón. La familia Molina es vulnerable y busca vender sus bienes, teniendo en cuenta que son ricos en inmuebles y pobres en efectivo.

—Yo no me llamaría «bui...».

—No hace falta que me des explicaciones. —Levanta una mano y se aparta de mí. Como si necesitara distancia. La sonrisa seductora, el chispeante interés de sus bonitos ojos azules..., todo ha desaparecido. Se ha apagado como una llama bajo el agua—. Entiendo a los de tu clase. Ha sido un placer conocerte.

¿A los de mi clase? ¿De qué demonios está hablando?

—¡Espera, Marina! —La llamo por su nombre, pero ya se está alejando, y, hasta que sale del edificio, no se molesta en mirar atrás ni una vez; entonces, desaparece.

## 2

### Gage

—Imbécil, Marina Knight es una Molina. —Archer me da una colleja, como solía hacer cuando éramos adolescentes, y yo suelto un aullido débil y me retuerzo para esquivarlo, pero ya es demasiado tarde.

Entonces, solía ser lo bastante rápido como para agacharme y evitar ese manotazo más fuerte que el demonio.

De todas formas, esta vez sí que me lo merecía.

—Acabo de darme cuenta. Y, créeme, me siento como un imbécil. —Me frote la nuca.

Anoche, tumbado en la cama, por fin até cabos y averigüé quién era Marina Knight. El apellido Knight debería haber sido la primera pista. Hice una pequeña búsqueda en Google, que me aclararon las cosas. Me sentí como un completo idiota.

Necesito unas vacaciones. No recuerdo la última vez que me dejé llevar y me relajé.

Estamos en el restaurante del hotel de Archer, el Secreto, almorzando mientras le cuento lo que ocurrió en el evento de anoche. Él fue quien me invitó, y luego no pudo asistir. Debió de estar demasiado ocupado besando a mi hermana, supongo. No recuerdo que se excusara.

Así que asistí en su lugar. Parece que también metí la pata. Algo que nunca jamás hago. Soy cuidadoso hasta el extremo.

—Un poco tarde, ¿no? Su madre es Maribella Molina.

—Lo sé —le interrumpo, pero Archer ya no puede parar.

—Se casó con Scott Knight a finales de los setenta y se consideró una fusión monumental de dos de las familias más influyentes y ricas de la zona. Los Molina y los Knight son como la realeza del valle de Napa. —Archer hace una pausa.

Que se me pasara la referencia que Marina hizo a los Knight demuestra lo distraído que me tenía. Siempre estoy atento. Siempre sé apreciar a una mujer guapa, pero, cuando se trata de trabajo, no dejo que ello me distraiga.

Entonces, ¿qué pasa? ¿Por qué Marina es la excepción?

Sí, puede que Scott Knight lo dirija todo, pero los negocios siguen bajo el nombre de Molina. Aun así, me enfada haber sido tan imbécil.

Una camarera se para ante nuestra mesa, rellena los vasos de agua y le dedica una sonrisa coqueta a Archer. Él apenas la mira y le da las gracias cordialmente, ella se aleja a toda prisa.

Todas las mujeres le adoran, y él solo tiene ojos para Ivy; gracias a Dios. Tendría que darle una patada en el culo si le pillara flirteando con cualquier otra mujer.

—Escucha, sé quién es. Gracias por la explicación. —Toda la información ya la conocía.

No obstante, puedo utilizarla en mi beneficio. Por la razón que sea, me ha sido imposible llegar hasta Scott Knight. Y mis tácticas habituales no han funcionado. Definitivamente, puedo incluir a Marina en mi arsenal.

Si es que vuelve a hablarme...

—No puedo creerme que hayas tenido el descaro de hablar de los Molina delante de su hija. Qué gilipollas eres. —Archer niega con la cabeza, riéndose—. Ojalá hubiera estado allí...

—Cállate. —Mi tono de voz es vagamente quejumbroso incluso para mis propios oídos.

Recuerdo cómo ella me fulminó con la mirada cuando empecé a hablar de su familia. Mierda. Cuánto desprecio había en esa mirada. Cómo me llamó «buitre» antes de marcharse, sin volverse a mirarme ni una sola vez, a pesar de que la llamé alzando la voz. Salió corriendo de aquella sala como si la persiguiera el mismísimo diablo.

Sí, la he fastidiado de verdad.

—Está muy unida a su familia —sigue diciendo Archer con brillo en los ojos. Es como si disfrutara de mi aflicción torturándome con más información—. Seguro que ya ha ido corriendo a ver a papá y se lo ha contado todo.

—No necesito sentirme peor de lo que ya me siento —confieso en voz baja, tan baja como mi estado de ánimo—. Y, si es como dices, mi oportunidad en ese conjunto de negocios de St. Helena se ha esfumado.

—Sí, estás jodido —coincide Archer.

Lo afirma con demasiada rotundidad para mi gusto, pero ¿qué puedo decir? Estoy seguro de que tiene razón al cien por cien.

La he cagado de verdad.

Echo un vistazo a mi alrededor y veo que el restaurante está bastante vacío. Estamos almorzando tarde, y probablemente debería dejar que Archer volviera al trabajo, pero estoy frustrado con toda esta situación.

—No lo entiendo. No sé por qué no puedo conseguirlo. Es como si Scott Knight se negara a verme. He intentado concertar una reunión con él un montón de veces. Nunca me devuelve las llamadas. —Tampoco las coge. Si antes la cosa iba mal, imagínate hasta qué punto me va a ignorar cuando su hija eché a perder mi nombre y mi reputación.

—Me sorprende que no hayas sumado dos más dos, teniendo en cuenta que llevas semanas acosando a Scott Knight —dice Archer, bastante despreocupado por la conversación.

Mi mente da vueltas; espero con toda mi alma poder encontrar una solución para amortiguar este increíble error que he cometido.

Normalmente no cometo este tipo de errores. Soy eficiente, concienzudo y, sobre todo, cuidadoso. Archer es el que mete la pata. Por eso siempre nos hemos equilibrado tan bien. Él me presiona, y yo controlo.

—Siempre estás atento —continúa Archer—. ¿Qué pasó anoche? —Me examina; sus ojos me estudian fijamente—. Te gusta Marina Knight, ¿verdad?

—Joder, no —digo demasiado a la defensiva, fulminándole con la mirada—. Es un témpano de hielo.

—Si es así, es un témpano de hielo, pero guapísima. —Archer baja la voz—. No le digas a tu hermana que he dicho esto. Me cortarían las pelotas.

—No se me ocurriría —murmuro—. Probablemente me cortarían las pelotas a mí también. Marina me distrajo. Solo con mirarla, fue como si se me congelara el cerebro.

—Ja. —Archer niega con la cabeza—. Tiene la reputación de ser... indiferente. Y, por la razón que sea, todos los tíos que se encuentran con esa fría indiferencia suya parecen quedar atrapados en el hechizo magnético que Marina lanza. No sé qué tiene.

Estupendo. Así que no había nada especial entre nosotros. Es una especie de sirena mítica.

—La he cagado. Ojalá pudiera empezar de cero, pero ya es demasiado tarde.

—Podrías ir a verla y disculparte —sugiere Archer.

—¿Verla? ¿Dónde?

—Lleva la panadería ecológica de St. Helena. Habrás oído hablar de Cosecha de Otoño, ¿no?

¿Que si he oído hablar de ella? Esa panadería está en la misma manzana de negocios que quiero comprar. Los Molina ya la pusieron a la venta hace unos años, cuando la economía tocó fondo. La retiraron del mercado antes de que pudiera hacer una oferta, aunque entonces yo no estaba en condiciones de hacerla. Había invertido mi capital en otras propiedades y, como todo el mundo en los Estados Unidos, a mí también me afectó la crisis económica. Gracias a Dios, me recuperé y ahora estoy mejor que nunca. Soy un cabrón con suerte.

Y, maldita sea, quiero ese local. Los Molina poseen cuatro edificios en la calle principal de St. Helena. La mitad de ellos necesitan reformas, pero no tienen dinero para invertir en obras de tal envergadura. El contrato de alquiler de uno de ellos está a punto de vencer. Otro edificio se encuentra vacío. Renovar esos locales me permitiría conseguir más dinero por el alquiler. Y ese dinero haría que todo valiera la pena.

Aunque no puedo comprar si no consigo que Scott Knight hable conmigo.

—Pero ¿realmente es una panadería ecológica? —pregunto. Parece un contrasentido. Yo asocio las panaderías con algo dulce y azucarado, no con comida sana.

—Bueno, lo dicen para complacer a la gente que se preocupa por la salud. Y hacen unos panes artesanos deliciosos. Pero los pasteles son lo mejor. —Archer se echa hacia atrás y se acaricia la tripa—. Ivy me trajo uno a casa por mi cumpleaños. La mejor tarta que he comido nunca.

—¿De qué tipo? ¿Y ella los hornea? —Me cuesta creerlo. No parecía del tipo dulce y domesticado. Definitivamente, no tiene pinta de una mujer a la que le guste amasar y glasear tartas.

—Ella no es la panadera; lo es su tía. Marina lleva el negocio.

Ah. Saco el teléfono del bolsillo de los vaqueros, escribo «Cosecha de Otoño en St. Helena» y pulso el enlace «Sobre nosotros». Espero impaciente a que se carguen las fotos, y suspiro cuando veo la pequeña foto de Marina Knight sonriéndome.

De esto es de lo que la conozco, de la página web. La había visto antes cuando recopilé información, o munición, como quieras llamarla.

—Sabía que la conocía de algo —digo mientras miro fijamente la foto en el teléfono.

Es guapa. Accesible. Viste una camiseta que pone COSECHA DE OTOÑO en la parte delantera. Lleva el pelo recogido en una coleta, una amplia sonrisa y las mejillas sonrosadas, casi tan rosas como sus sensuales labios.

No puedo apartar los ojos de ella.

—Creo que te vuelve loco la tal Marina Knight —dice Archer, y parece que le hace mucha gracia, al muy imbécil—. Esto es para morir de risa. ¿Estás babeando con su foto?

Apago el móvil y me lo vuelvo a meter en el bolsillo.

—No —murmuro, y echo un vistazo al restaurante. El local está ahora lleno, y eso que es miércoles, por el amor de Dios. Necesito cambiar de tema, y rápido—. Debes de estar forrándote con este sitio.

—El negocio va bien —dice con modestia—. Está animado. Esta época del año siempre es mejor que otras. —Sonríe—. Ya casi tenemos encima la cosecha de otoño. Los turistas vienen en masa. ¿Lo pillas? «Cosecha». «Otoño». Ya no podrías escapar de ella aunque lo intentaras, tío.

Gilipollas.

—Qué gracioso eres. —Pongo los ojos en blanco, pero en cierto modo dice la verdad.

No puedo olvidarme de Marina Knight. Ella ha invadido mis pensamientos los últimos días. Las últimas noches. Me arrepiento de haberla hecho enfadar. Me arrepiento de no haber pasado más tiempo con ella.

También lamento que tenga fama de ser una especie de devoradora de hombres, según Archer, aunque no me dio esa impresión cuando estuve con ella. Seductora, sí. Seductora, sin duda.

Suspirando, me paso la mano por el pelo y miro a través del ventanal la hermosa vista de viñedos de color verde brillante y dorado a lo lejos. Necesito hacer algo. Ganarme el lado bueno de Marina.

Pero ¿cómo?

## Marina

El ramo ha salido de la nada, con su magnífico estallido de colores y su variedad de flores silvestres en un jarrón de cristal gigante con un lazo de rafia en el centro. El repartidor lo ha traído a la tienda con las manos alrededor del jarrón y la cabeza oculta tras las flores.

—¿Qué es eso? —Mi tía Gina se detiene a mi lado detrás del mostrador, ojiplática y con la boca abierta. Tiene restos de harina en la frente, y el delantal que lleva está manchado de chocolate.

—No lo sé —respondo mientras él coloca las flores sin ceremonias sobre el mostrador, justo delante de mí—. Pero son preciosas.

—Y son para Marina Knight —anuncia el repartidor, con tono aburrido mientras masca chicle, contemplándome desde por encima del arreglo floral—. ¿Eres tú?

La curiosidad me invade.

—Soy yo. ¿De quién son?

Se encoge de hombros, sin darle importancia.

—No sé. Mira la tarjeta. Hasta luego.

Le miro irse, la puerta de cristal se cierra tras él, y el tintineo de la campanilla sobre la puerta anuncia su marcha. La tía Gina me da un codazo en las costillas, su codo se vuelve más puntiagudo de lo normal, y yo gruño con un ay.

—¡Mira el sobre! Quiero saber quién es tu nuevo admirador —me anima con entusiasmo.

—Ja, no tengo admiradores. —Y me gusta que sea así.

Los hombres lo complican todo. Tengo que centrarme en salvar el negocio familiar, no en preocuparme de si un hombre piensa que soy lo bastante guapa como para pedirme una cita.

Inclinándome, respiro hondo, inhalando el delicioso y dulce aroma floral. Las flores son tan hermosas que casi no parecen reales. El ramo parece desordenado, una reunión casual de preciosas flores, pero, cuando lo miro más de cerca, veo que está arreglado con mucho arte.

—Son preciosas —susurra Gina, y olfatea con fuerza—. Además, huelen de maravilla. Incluso mejor que la tarta de chocolate que se está haciendo en el horno.

Tiene razón. Ya ni siquiera detecto los aromas habituales de la panadería. Lo único que inhalo es la fragancia de las flores. Hurgando en el ramo, paso el dedo primero por un pétalo blanco y sedoso, luego por uno morado y aterciopelado. Me fijo en el pico que hay entre las flores y que sostiene un pequeño sobre de color crema.

Lo abro y saco la gruesa tarjeta cuadrada, y frunzo el ceño al ver la letra desconocida y muy negra.

*Marina:*

*Lo siento. Ojalá puedas perdonarme por lo maleducado que fui la otra noche. ¿Podemos empezar de cero?*

*Saludos,  
Gage*

Exhalando un fuerte suspiro, pongo los ojos en blanco. Me molesta que no haya firmado con su apellido. Se cree que fue inolvidable.

Y lo fue.

Me invade una sensación vertiginosa y efervescente, y lucho contra ella lo mejor que puedo, pero es inútil. Me gusta que haya hecho esto. Que haya tratado de disculparse enviándome flores.

Significa que ha pensado en mí.

Respiro hondo y niego con la cabeza, me concentro en por qué ha tenido que disculparse. Menudo detalle. Las flores han tenido que costarle una fortuna. Al mirar el frontal del sobre roto, veo el nombre de la floristería impreso en letra diminuta en la esquina superior izquierda.

Oh, sí. Sé que cuestan una fortuna. Botánica es la floristería más importante del valle, y está justo al final de la calle de la panadería.

—¿De quién son? —pregunta Gina.

Levanto la mirada, triste porque estoy a punto de decepcionarla. La familia de mi madre ya me ha tachado de solterona, lo sé. Tengo veintitrés años, pero todas las mujeres Molina, incluidas mi madre y mi tía, se casaron a los veintiuno.

Por la forma en que actúan, bien podrían colocarme en una estantería y olvidarse de mí.

—Un hombre que conocí hace unas noches —empiezo a decir, y la fulmino con la mirada cuando empieza a chillar excitada. Se calla enseguida—. No fue nada. Estuvimos en la jornada de puertas abiertas de esa nueva bodega. ¿Recuerdas que te hablé de ella? Empezamos a charlar y me hizo enfadar, así que me marché molesta. Las flores son su forma de disculparse.

—Vaya disculpa —dice Gina secamente, con la mirada aún fija en el ramo—. ¿Por qué te enfadaste tanto con él?

—Insultó a nuestra familia. —Sé que eso la pondrá furiosa.

Se pone rígida. Su expresión se vuelve indignada.

—¿Qué? ¿Cómo? Menudo maleducado...

—Reaccioné de manera desproporcionada. Él no sabía quién era yo. — Me encojo de hombros, intentando actuar como si no me molestara demasiado, pero sí que me molesta.

Si pienso demasiado en ello, podría volver a enfadarme.

A enfadarme y a experimentar alguna otra emoción en la que prefiero no centrarme en este momento...

—¿No sabía quién eras? ¿Quién es este imbécil? —Mi tía se indigna por mí. No me queda más remedio que quererla—. ¡Todo el mundo conoce a los Molina!

—En primer lugar, soy una Knight... —empiezo a replicar.

—Y una Molina —añade.

—Así es. —Asiento con la cabeza. Los italianos orgullosos son lo peor; son de la gente más testaruda del planeta. Al menos mi familia lo es—. Además, no es de por aquí.

Toda mi familia tiende a olvidar que hay un mundo entero fuera de su bola de cristal del valle de Napa. De niña, me parecía muy seguro. De adulta, los considero estrechos de miras y engreídos. A veces.

«¿No fuiste algo engreída con cierta persona hace unas noches?».

Frunzo el ceño. En verdad, no necesitaba ese aviso.

—¿De dónde es? —resopla.

—No lo sé. No me lo dijo. Pero sabía que era un desconocido. Nunca le había visto antes. —Estoy mintiendo.

Sí, es un desconocido; es decir, no es de aquí. Pero sé de dónde es. Aun así, no puedo decirle a Gina que lo he investigado. Entonces me preguntaría por qué, y tendría que contárselo, y, lo siento, pero ahora no tengo tiempo de responder preguntas.

Necesito trabajar. Es lo único que hago últimamente. No salgo mucho; el evento en el que vi a Gage fue un asunto de relaciones públicas, así que no cuenta.

Por lo demás, estoy tan ocupada que o estoy aquí, en la panadería, ayudando a mis padres, o asisto a largas reuniones en el banco para intentar arreglar nuestro lío financiero con un asesor que lleva trabajando para mi padre desde antes de que yo naciera.

Luego vuelvo a casa a altas horas de la noche y me desplomo en la cama, para volver a empezar a la mañana siguiente.

Hablando de vivir en una pequeña burbuja de protección, soy el ejemplo perfecto de ello.

—Pues suena horrible. —Gina resopla.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. A la hermana pequeña de mi madre le encanta apresurarse a juzgar. Es una de sus mejores cualidades, dice siempre mi madre. Es de apreciar su lealtad inquebrantable. Y trabajamos bien juntas, a pesar de su mal humor ocasional y su temperamento descontrolado.

Claro que ella probablemente podría decir lo mismo de mí, así que...

—No era tan horrible. —Eso es un gran eufemismo. No, Gage Emerson no es horrible en absoluto. Guapo, sí. Atractivo, por supuesto. Seguro de sí mismo hasta la petulancia, vaya que sí.

Siempre me han parecido atractivos los hombres seguros de sí mismos. Le echo la culpa a mi padre. Él encarna todos esos rasgos en una combinación de lo más atractiva.

—¿Lo perdonas?

Parpadeando, me doy la vuelta y veo a Gina estudiándome, con mirada sagaz.

—¿Qué has dicho? —le pregunto.

—Así que, gracias a las flores y la tarjeta que te ha enviado, ¿perdonas a este hombre que ha insultado a nuestra familia? Y ¿por qué te manda esto y se disculpa? ¿Cuánto tiempo hablasteis? —me pregunta.

—No lo sé. ¿Diez minutos?

Sus labios se tensan hasta el punto de desaparecer casi por completo de su rostro. ¿Cómo logra hacer eso?

—Así que un hombre con el que charlaste diez minutos y te trató con mala educación ¿te envía flores que probablemente cuestan cientos de dólares? Me huele a que aquí hay gato encerrado.

—Siempre te parece que hay gato encerrado —me burlo de ella, intentando aligerar, pero no lo acepta.

Negando la cabeza, rodea el mostrador y se coloca al otro lado, mete la cara en el ramo y respira hondo.

—Este es, con diferencia, el ramo más bonito que he visto nunca. Y he visto muchos.

Es verdad, teniendo en cuenta que Gina solía crear preciosas tartas para banquetes de boda. Dejamos de hacerlo cuando me hice cargo de la

panadería. Racionalicé el negocio por completo, algo que mi tía agradeció mucho. Había estado trabajando hasta la extenuación.

Supuse que ahora me tocaba a mí.

—Solo intenta impresionarme con su dinero —bromeo, haciéndola sonreír—. Probablemente espera que caiga de rodillas y le alabe por sus fastuosos regalos.

—Eso sí que parece un escenario interesante —dice una voz de hombre desde detrás de ella.

Jadeando al oír la voz aterciopelada y grave que me resulta un poco familiar, levanto la vista y me encuentro al mismísimo Gage Emerson de pie en medio de la panadería, con un aspecto asquerosamente espléndido, enfundado en otro de esos trajes perfectos que posee. Este hombre viste a la perfección. Y ¿por qué no he oído la campanilla de encima de la puerta?

—Dios mío —susurro, mortificada por completo.

Su tono sugerente indicaba que mis palabras le parecían... excitantes. Estupendo.

Y, para más inri, en presencia de mi muy sobreprotectora y un poco enfadada tía.

—¿Supongo que este es el gato? —pregunta, lo que me hace gruñir interiormente.

—Para servirla, señora. —Gage se acerca a ella, con la mano extendida.

Gina lo mira con recelo, como si fuera una serpiente que pudiera atacarla en cualquier momento.

—Gage Emerson, alias el Gato.

Ella se ríe y le coge la mano, encantada. Así, sin más. Puede que no dure, conociendo a mi tía, pero, vamos..., parece que todo el mundo se enamora de él.

¿Por qué me molesta la reacción positiva de mi tía? ¿Por qué Gage me cae mal?

Si soy sincera conmigo misma, podría llevarme bien con él si me trata de la manera adecuada. Y normalmente no me caen bien los gilipollas engreídos. Me atraen los hombres seguros de sí mismos, pero hay algo en Gage que no me gusta. Su arrogancia es exagerada. Parece que sería malo para mí. Y nunca me han tentado los chicos malos.

No es que sea un chico malo, *per se*. Pero sin duda es un problema, un problema que no quiero.

«Sí que quieres».

Estoy discutiendo conmigo misma dentro de mi cabeza. Está claro que me he vuelto loca. No lo entiendo. No entiendo mi reacción ante él.

Corrección: no quiero reaccionar ante él, y parece que no puedo evitarlo.

# 3

## Gage

Las dos mujeres me miran atentamente, y la mayor —que supongo que es la tía de Marina— se relaja un poco.

Al menos, alguien de aquí tiene sentido del humor. Podrías cortar la tensión en esta bonita panadería de estilo europeo con un cuchillo de tarta.

—¿Cómo estás, Marina? —Me dirijo hacia el mostrador, y veo que ella se agarra al borde con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos. ¿Tanto la enfado? ¿O quizá... son nervios?

Sé que a mí me pone nervioso. Solo pienso en ella, lo cual no puede ser sano.

Por una vez, no me importa.

—Bien. —Levanta la barbilla, con expresión neutra. Solo sus ojos la delatan, con una nota de nerviosismo revoloteando en sus profundidades.

Esta mujer que tengo delante es completamente distinta de la que conocí hace unas noches. Esta versión parece más joven, más amable. Se parece más a la mujer de la foto de la página web de Cosecha de Otoño. No tan desenvuelta como la elegante sirena que me atraía con su peligrosa sonrisa y su dulce voz.

—Me sorprende verte aquí.

—Mi conciencia no me permitía mantenerme alejado. Tenía que buscarte y disculparme por cómo te ofendí. —Hago un gesto hacia las flores, que me han costado un dineral. El precio no importa; ella lo vale. ¿Me conseguirá una cita con su padre, con toda su familia?

Merece aún más la pena. Además, con el tiempo puedo amortizar el gasto.

«Dios, eres un capullo».

Ni siquiera puedo admitirme a mí mismo que realmente quería comprarle esas flores. Que ese brillante y colorido arreglo me hizo pensar en ella. Ocultarme tras la esperanza de que con ello conseguiría una entrevista con su padre es solo parte del motivo por el que estoy aquí.

Marina Knight. Ella es la verdadera razón por la que estoy aquí preocupado por hacer el ridículo.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunta con recelo.

Ahora probablemente piense que soy un acosador. No puedo revelar mi fuente. Sin embargo, Archer es el tipo con el que al final quiero atraerla. Si no puedo engatusarla, tengo que encontrar otra forma de hacer que vuelva a verme.

—Averigüé quién eras y lo uní todo.

—Hummm. —Esa es su respuesta. Parece como si no me creyera.

Estupendo. Yo tampoco me lo creería.

—¿Te gustan las flores? —le pregunto al ver que no dice nada más.

—Son preciosas —admite a regañadientes, lo que me hace sonreír. No me devuelve la sonrisa, sino que frunce un poco el ceño—. Gracias —murmura.

—¿Y bien? —Le ofrezco a cambio de mi mejor y más humilde sonrisa—. ¿Estoy perdonado?

—¿Crees que es tan fácil, Niño Gato? ¿Que puedes entrar aquí sin más y hacerte perdonar todo porque lanzaste la tarjeta de crédito en la floristería más cara de esta calle y compraste el ramo más grande que tienen? —Su tía resopla y niega con la cabeza—. No lo creo, jovencito.

Levantando las cejas, mi mirada se encuentra con la de Marina. Supongo que su tía no tiene ningún problema en dar a conocer su opinión.

—Fue un error —digo—. Y, bueno, tú has sacado conclusiones precipitadas; tienes que admitirlo.

La expresión de Marina se endurece en un instante. Dios mío, ¿por qué le digo cosas equivocadas a esta mujer todo el rato? Suelo ser un hijo de puta de hablar suave —cita directa de Archer—, y, si hay un experto en ese tema, es él. Hago que las mujeres se sientan a gusto, las hago reír y, si tengo suerte —en ciertas ocasiones, bastante raras, al menos últimamente—, consigo que acepten venir a casa conmigo.

—Estás a dos segundos de que te eche de aquí —susurra con fiereza, sus ojos disparando fuego. Dirigidos directamente a mí.

—¡Lo siento! Mierda. —Levanto las manos delante de mí a la defensiva, sin que me pase desapercibido que su tía murmura «Estúpido Niño Gato» desde algún lugar por detrás—. Es que... Lo siento.

Marina cruza los brazos, el movimiento le levanta los pechos y me llama la atención. No puedo evitarlo, soy hombre, y ella los tiene bonitos. Lleva

una camiseta negra con la palabra COSECHA DE OTOÑO escrita delante en elegante letra dorada, el pelo largo y rubio recogido en una coleta alta, y poco o nada de maquillaje. Parece cansada. Tiene manchas oscuras bajo los ojos y la boca apretada.

—Continúa —me pide.

Menudo infierno. ¿Tengo que decir algo más? Empiezo a sudar un poco y continúo:

—Fui un maleducado. Y no pretendía ofenderte. No tenía ni idea de quién eras.

La tía hace un ruido con la garganta, pero la ignoro.

—... y mi amigo tuvo que decirme quién eras en realidad unos días después. —Metiéndome las manos en los bolsillos delanteros, arrastro los pies, y me siento como si tuviera diez años y tuviera que confesarle a mi padre todo lo que había hecho mal. Esperando el inevitable castigo que sin duda llegaría.

—¿Quién es tu amigo? —pregunta ella, con voz curiosa.

¿Qué? ¿Ningún «Estás perdonado» o «Gracias por las disculpas»? Flipa. Y también puedo revelar mi fuente secreta. Tengo la clara sensación de que está dispuesta a decirme que me largue.

—Eh... Archer Bancroft.

Deja caer los brazos a los lados, con la curiosidad dibujada en su bonito rostro.

—Conozco a Archer. Vagamente. Es el dueño de los hoteles el Secreto y el Deseo, ¿verdad?

Asiento lentamente, extrañado por el repentino brillo de sus ojos.

—¿De qué le conoces? —pregunta ella.

—¿Adónde quieres llegar, jovencita? —le pregunta su tía.

—Gina, ¿no tenías que vigilar una tarta? —pregunta Marina sin rodeos.

—¡Ostras! Sí. Dios mío, espero que no se esté quemando. Ahora vuelvo.

La tía Gina me mira mal al pasar y empuja la puerta que imagino que conduce a la cocina, y desaparece en un instante.

—Lo siento —dice Marina, respira hondo y exhala con fuerza—. Entonces, ¿te importaría contármelo? ¿De qué conoces a Archer Bancroft?

Humm. Alguien quiere algo. Puedo verlo en la forma en que me mira. Como si su pregunta no debiera importar, pero en realidad importa mucho. Me pregunto qué querrá de Archer.

—Nos conocemos desde hace mucho —digo entre dientes. Podría ser divertido, hacerla sufrir.

—¿De verdad? ¿Sois muy amigos?

Es mi mejor amigo desde que iba al instituto, pero no voy a darle esa información. Al menos, no de momento.

—Bastante —digo, intencionadamente impreciso.

—Humm. ¿Sabes?, he estado pensando en una idea que quería proponerle, y siempre se me olvida llamarle, porque he estado muy ocupada. Quizá puedas ayudarme con eso —dice esperanzada, con los ojos muy abiertos y expresión sincera.

¿Habla en serio? No lo sé. Pero aún no me he ganado del todo su perdón.

—Puedo ayudarte en lo que quieras.

Entrecierra los ojos.

—Cuando dices cosas así, suena sexual.

Supongo que esta atracción entre nosotros no es unilateral. Es una buena noticia. Solo con mirarla quiero tocarla. Pasarle los dedos por el pelo. Dejar caer un beso suave en su boca tan besable. Sin embargo, podría darme un puñetazo si lo intento. No puedo entrarle muy fuerte.

—Supongo que no puedo evitar pensar en sexo cuando estoy cerca de ti.

Se queda boquiabierta.

—¿Hablas en serio?

Mierda. Sí, lo he dicho, le he entrado muy fuerte; no puedo evitarlo por lo visto. Necesito cambiar de tema enseguida. La mayoría de las mujeres que flirtean conmigo no tienen ningún problema en hablar de sexo. Esta actúa como si le hubiera pedido que cometiera un crimen.

—Entonces, ¿qué idea se te había ocurrido?

Su expresión se queda en blanco al instante.

—Como si fuera a decirte algo... Ni siquiera te conozco.

De acuerdo. ¿Quiere jugar? Yo también sé jugar.

—¿Quieres que te ayude a hablar con Archer?

Asiente con la cabeza tan sutilmente que casi parece que no lo ha hecho. Casi.

—Necesito tu perdón.

—Estás perdonado —dice ella de forma automática.

Bah. Qué rápido. Y en realidad no cuenta, ya que sé que no lo dice en serio, pero lo dejaré pasar.

—Ya no puedes hacerme sentir culpable por eso. Lo hecho, hecho está.

—Bien. Estupendo. A mí me vale. —Suelta otro suspiro agitado.

Creo que la hago sentir incómoda. Perfecto, porque ella me hace sentir increíblemente incómodo a mí.

En el sentido de que la deseo tanto que siento que voy a perder el control si no la toco en los próximos cinco minutos.

—Necesito otra cosa de ti antes de poder hacer que eso ocurra —digo en voz baja, intentando amplificar la expectación. Me muero por ver su reacción cuando le diga qué es.

Marina pone los ojos en blanco, atractiva, a pesar de su irritación conmigo. ¿Desde cuándo me excita la irritación de una mujer? Soy un cabrón enfermo.

—Venga. ¿Qué más quieres? —Parece completamente desanimada. Y despistada.

Pues bien. Estoy a punto de sacudir su mundo con una sola palabra.

—A ti.

## Marina

—Oye, no soy una prostituta que puedas comprar y vender —digo, y me arrepiento de esas palabras al instante. Qué exagerada he sido.

La expresión de su cara demuestra que lo sabe.

—No era eso lo que insinuaba —dice con cuidado—. Es que... me gustas. Esperaba que tal vez pudiéramos vernos alguna vez.

Este hombre está loco. Guapísimo y seguro de sí mismo y con un sentido del humor sorprendentemente bueno, teniendo en cuenta la habilidad con que ha tratado a la loca de Gina, pero también es un completo grano en el culo.

Sin embargo, tiene algo que quiero y no me puedo creer haberlo olvidado. Tiene contactos, uno que, no sé por qué, perdí, qué vergüenza. Y ese contacto es Archer Bancroft: un trasplantado, no necesariamente considerado local, pero hay que reconocer que es un hombre que se ha trasladado a la zona y en los últimos cinco años ha hecho cosas positivas para regenerar la economía. Su negocio hotelero está prosperando; ha proporcionado muchos puestos de trabajo y muchos ingresos por ventas. Es de fiar y su reputación es relativamente impoluta. A ello ayuda de forma considerable el que tenga una relación seria. Esta comunidad es lo bastante

pequeña como para que todos conozcan las vidas de los demás, y Archer no tiene reparos en hacer declaraciones públicas.

Sin duda, es alguien con quien quiero hacer negocios. He estado dándoles vueltas a estas nuevas ideas, y creo que él es el candidato perfecto para una de ellas. Bueno, su hotel es el candidato perfecto. Si pudiera introducir los postres de mi tía en sus restaurantes, la publicidad y los ingresos adicionales podrían ayudar a salvar la panadería.

Y he exagerado. No conozco a Archer. Sé de él. Me he encontrado con él unas cuantas veces. Siempre intercambiamos saludos educados cuando nos vemos en actos sociales, pero eso no es muy frecuente teniendo en cuenta que siempre estoy trabajando y rara vez salgo. Simplemente, no tengo tiempo.

Hasta ahí llega mi supuesta amistad con él. Mientras que Gage sí que le conoce. Y, aunque no confío en él y sé que desea comprar las propiedades de mi familia, incluida la panadería, puedo utilizarlo mientras pueda, ¿no?

Así que sí. Quiero que me consiga una cita para proponerle mi idea a Archer.

Pero no con el tipo de condiciones que él pone. ¿Diciendo que me desea? Eso lleva escrito sexo barato por todas partes.

Suspiro y al final niego con la cabeza.

—Por supuesto. Ya lo sé. Es solo que... ha sido un día muy largo. Y luego me envías unas flores preciosas, y mi tía Gina se pone como loca.

—Es todo un personaje —añade amablemente.

—Eres demasiado amable. —Sonriendo irónicamente, continúo—: Entonces apareces suplicando perdón y... me distraes.

—¿Y eso es algo malo?

—Cuando una mujer necesita centrarse en el trabajo, en su negocio y en nada más..., sí. Es algo muy malo. —Decidiendo mandarlo todo al diablo, salgo de detrás del mostrador y me dirijo hacia la puerta principal, y cambio el letrero de ABIERTO a CERRADO.

—¿Cierras? —pregunta. Parece incrédulo.

—Aquí no hay más clientes que tú. —Y está lo bastante cerca de nuestra hora de cierre real como para que no suponga ninguna diferencia.

—¿Vas a responderme? —me pregunta, observando cómo me muevo por la pequeña panadería.

Su enorme cuerpo parece comerse todo el espacio, y llena el aire hasta que lo único que puedo respirar y ver es a él. Hago todo lo que puedo para

evitarle, colocando bien las sillas, recogiendo envoltorios de pajitas y las servilletas arrugadas que aún ensucian las mesas. Intento evitar responderle. Demasiado llena de energía nerviosa e inquieta que sin duda puede captar.

«¿Qué más quieres?».

«A ti».

De verdad, ¿quién dice ese tipo de cosas? Me siento como en un telefilme malo y cursi o algo así.

—¿Qué clase de respuesta buscas? En realidad, no me has hecho una pregunta —digo finalmente, mirando por el rabillo del ojo para ver cómo se acerca.

—Sí te la he hecho. —Se detiene a escasos metros de mí.

Noto el calor de su cuerpo acercándose a mí y siento la tentación de inclinarme hacia él. De absorber toda esa fuerza, calidez y belleza. Aunque parece intocable por completo, con ese traje hecho a medida que me parece que ha costado una fortuna.

—Te he preguntado si querías que te ayudara a hablar con Archer.

—Claro que sí —digo, con la voz tranquila; mis pensamientos son un revoltijo confuso en mi cerebro.

¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué hablo con él? ¿Por qué quiero estar cerca de él? No tiene sentido.

No le soporto.

De verdad. No le soporto. Me da igual lo bien que le quede ese traje o que su sexi pelo probablemente necesite un corte. Qué ganas tengo de pasarle los dedos. O tal vez de agarrarle la corbata y tirar de él para acercarlo y ver qué haría si me pusiera de puntillas y le besara...

—Entonces, sal a cenar conmigo —propone, su voz atrevida, su expresión arrogante.

El brillo de sus ojos, la curvatura de sus labios... Está demasiado seguro. Como si supiera que no voy a poder resistirme a él.

Me enfado conmigo misma, porque estoy muy cerca de ceder y decir que sí.

Dejo caer los hombros. Hace unos segundos me imaginaba besándole con fruición, y ahora estoy considerando algún otro tipo de violencia hacia él, como un daño corporal. Me saca de quicio, pero, aun así, me interesa. Normalmente, si me interesa un hombre es porque me cae bien. Lo último que quiero es darle una bofetada.

—¿Vas a obligarme a salir a cenar contigo y a cambio me ayudarás a concertar una cita con Archer Bancroft? —Me río, aunque no encuentro nada gracioso en su sugerencia. Puede que la encuentre... excitante. Lo cual está mal a tantos niveles que pierdo la cuenta.

—No te estoy obligando a nada, Marina —dice suavemente. Los ojos le brillan mientras me absorben—. A menos... que te guste que te obliguen.

Joder. Este hombre necesita que le pongan veinte vueltas de cinta aislante en la boca. Dice las peores cosas de la historia.

—¿De verdad me acabas de decir eso? —pregunto, con una voz que suena letal incluso a mis propios oídos.

Parece salir de un trance. Más erguido, parpadea y se pasa una mano por la mandíbula. Dios, sus manos son grandes. Me pregunto cómo sería sentir las sobre mí. Deslizándose por mis brazos, mis piernas, entre mis muslos...

«¡Céntrate!».

—¿De verdad acabo de decir qué? —Parece aturdido.

La tensión que crepita entre nosotros se ha vuelto de repente insoportable y no tengo ni idea de por qué.

«Humm, ¿tal vez porque te sientes atraída por él?».

Alejo ese pensamiento inútil.

—¿Me dices solo a mí cosas estúpidas, sexistas y maleducadas, o hablas así a todas las mujeres con las que te cruzas? —Vuelvo a cruzar los brazos, y noto otra vez que sus ojos se dirigen directamente a mis pechos.

Hombres. Todos son iguales. Y este es demasiado descarado, engreído y maleducado. Es ofensivo de verdad.

Sin embargo, mi piel zumba solo con estar en su presencia. Mi sangre hierve, mi cuerpo relajado y ansioso a la vez. Solo me siento así justo antes de tener sexo y estoy excitada. Excitada y nerviosa.

Y nunca —jamás— tendré sexo con Gage Emerson. Por supuesto que no.

Se le escapa un leve gemido y cierra los ojos durante un breve instante, sujetando el respaldo de la silla que tiene justo delante. Maldita sea, tiene unas pestañas tupidas. Claro. Todo en él es el epítome de la belleza masculina.

Abre los ojos de golpe.

—¿En serio he dicho eso en voz alta?

—Sí —confirmo, disfrutando de su preocupación.

—Lo estaba pensando —admite, con cara asustada. Muy tímido—. Probablemente eso me convierte en un cerdo, ¿no?

—Sí. —Asiento con la cabeza y dejo caer los brazos a los lados—. No me prostituiré en una cita contigo solo para tener la oportunidad de hablar con Archer. Puedo hacerlo sola.

Una ceja oscura se alza en señal de desafío.

—¿De verdad lo crees? Piénsalo bien. Te estoy ofreciendo una cita fácil. Él podría ponerte trabas, ¿sabes?

Conociendo a Gage, probablemente le pediría a Archer que pusiera esas trabas solo para que saliera con él. Capullo.

—Dios mío. ¿Estás insinuando que no puedo ver a Archer si no es por ti? ¿De verdad tienes que ser un imbécil arrogante? —le replico, deseando al instante taparme la boca con la mano. Este hombre me hace decir cosas de las que me arrepiento cada vez.

—Tienes razón. —Sus vivos ojos verdes se oscurecen—. Soy un imbécil arrogante y lo siento. ¿Me perdonas de nuevo quedando conmigo en esa cita? Te lo compensaré.

«Te lo compensaré».

Hay un atisbo de promesa sexual en su petición, en esa frase concreta. Me siento atraída por toda esa tentación embriagadora, a pesar de querer también darle un rodillazo en las pelotas y mandarle al infierno. Dios, odio a los tíos ricos que creen que todo el mundo les debe algo. Son lo peor, porque al final siempre consiguen lo que quieren.

He tratado con muchos a lo largo de mi vida. Mi familia está llena de ellos, y también rodeada de hombres ricos y poderosos. Nos movemos en los mismos círculos sociales. Fui al instituto y a la universidad con muchos de los que iban a ser hombres ricos y con éxito, y también mujeres, por supuesto.

Excepto yo. Mi familia sigue ahogándose en un mar de deudas, y solo es cuestión de tiempo que decidan cerrar la panadería de una vez por todas. Creo que piensan que es un pequeño proyecto de diversión para mi tía Gina y para mí. Como si jugáramos a ser dueñas de un negocio.

Ninguno de ellos entiende lo mucho que esta panadería significa para Gina. O para mí. Aunque solo llevo un año dirigiéndola, llevo trabajando aquí desde que era adolescente. Se convirtió en mi trabajo después del instituto, en mi trabajo de verano... Aquí conocí a mi primer novio. También me dieron mi primer beso aquí.

Cosecha de Otoño tiene un enorme valor sentimental para mí. También creo que tiene un potencial tremendo, si tan solo pudiera encontrar los fondos extras para hacerla brillar de verdad. No se puede decir que le importe a nadie.

—¿Qué me dices? —El delicioso estruendo de la voz de Gage me saca de mis pensamientos y le miro parpadeando, aún atrapada en la brumosa añoranza del pasado.

Tomo malas decisiones cuando me siento de esta manera. Entonces, todo se basa en lo que dice mi corazón frente a mi cabeza.

Mi corazón se equivoca casi casi siempre.

—¿Qué digo sobre qué? —pregunto, deseando que vuelva a pedirme una cita para cenar.

Necesito parar. Necesito racionalizar que salir con este hombre es un gran error. Mi cambio de opinión con respecto a Gage me desconcierta incluso a mí.

Sonríe, y, al verlo, una oleada de mariposas me revolotea en el estómago y me pongo más erguida, decidida a no comportarme como una mujer tonta y zalamera.

Pero quiero hacerlo. Solo mirarle y oírle hablar me pone los nervios de punta. De una forma deliciosamente aterradora.

Por alguna extraña razón, estoy bastante segura de que Gage Emerson ha puesto sus ojos en mí. Y creo que eso me gusta.

Su sonrisa crece. Dios, es guapo.

—Sal conmigo. Venga, Marina. Solo será una simple cena, y a cambio podrás disponer de treinta minutos del tiempo de Archer, o del tiempo que necesites, para contarle todo sobre esa propuesta secreta.

—Y ¿qué sacas tú de este acuerdo? —pregunto con recelo.

—Pues el placer de tu compañía, por supuesto —dice con suavidad. Sin esfuerzo.

Los hombres que hablan sin demasiado esfuerzo suelen asustarme. Normalmente significa que ocultan algo. Mi único novio de larga duración en la universidad era así, muy encantador..., y con el tiempo se volvió tóxico. Era un mentiroso y un manipulador. No necesito otro así en mi vida.

¿Qué es lo que me atrae de este tío? Porque me atrae. Eso no puedo negarlo.

Analizo a Gage durante un largo momento, dejando que la anticipación corra por mis venas. Decir que sí sería tremendamente fácil. También lo

sería decir que no. De hecho, rechazarlo sería aún más fácil. Entonces, no tendría que preocuparme más de Archer Bancroft ni de la buena idea que quiero proponerle. No tendría que montar una cita falso con Gage. No tendría que ser algo que no soy; eso lo hago constantemente.

—Arriésgate —murmura Gage, su tono refinado se me mete dentro y me estremece—. Di que sí, Marina. Sabes que quieres.

—Humm. Lo curioso es que no quiero. —Intento sonar irritada y, en lugar de eso, la frase me sale sin aliento. ¿Qué me pasa?

Su expresión pasa de confiada a cabizbaja, como si yo hubiera pulsado un interruptor.

—¿Tanto me odias?

—«Odiar» es una palabra bastante fuerte, así que digamos que no soy tu mayor fan.

—Así que no vas a cenar conmigo.

Niego lentamente con la cabeza, la decepción me invade, y la dejo a un lado. Estoy haciendo lo correcto. Necesito recordar eso.

—Seguramente intentarás hacer algo poco apropiado, y estoy un poco retrasada en mis clases de defensa personal.

—¿«Algo poco apropiado»? —Sus labios se tensan, a pesar de su tristeza de hace un segundo por mi rechazo—. Hablas como tu tía.

—Tienes razón. Hablo como ella —acepto—. Salir a cenar contigo sería un error, Gage. Los dos lo sabemos.

—¿Lo sabemos? —Parece sorprendido.

—Yo lo sé. Y no puedo permitirme cometer más errores en mi vida. Prefiero no salir con nadie a enamorarme de un tío guapísimo que quiere manipularme. ¿No?

Le ofrezco una sonrisa tentativa, pero no me la devuelve. No puedo culparle.

Acabo de decir que es un error. Nos hemos insultado mutuamente, nos hemos lanzado insultos de un lado a otro como una pelota de tenis durante los últimos diez o quince minutos. ¿Te imaginas una noche entera los dos solos, haciéndonos daño con nuestras palabras, y quizá arrancándonos la ropa el uno al otro con manos ansiosas y deseosas...?

Trago saliva y lo conduzco fuera de la panadería con un par de palabras y un fuerte empujón en los hombros para que salga por la puerta. La cierro de golpe tras él y giro la cerradura de un tirón. Suena un fuerte clic —sé que lo ha oído— y me echa un último vistazo por encima del hombro antes de

adentrarse en el ocaso. Parece que de verdad camina hacia el ocaso, sin duda en busca de su coche.

Caminando de vuelta hacia la cocina, todo mi cuerpo empieza a relajarse. Doy gracias por no estar en presencia de Gage. Es demasiado abrumador, mucho. Me hace pensar cosas y decir cosas que normalmente nunca pienso ni digo. Soy una buena persona. No rechazo a la gente ni la insulto. Y le he llamado cerdo. Hablando de insultos.

¿Qué demonios me pasa?

«Gage Emerson es lo que te pasa».

A duras penas contengo una carcajada. Dios, ¿no es verdad?

# 4

## Marina

Me arden los ojos cuando vuelvo a hojear la pila de facturas y saco una en particular que llevo tiempo evitando. Encargo flores a una floristería distinta de aquella en la que Gage compró el ramo porque no puedo permitirme semejante lujo. Gina y yo las utilizamos para decorar el café; sabemos que aportan un toque agradable. Los clientes las aprecian, al igual que Gina y yo.

El pedido de flores se ha ido haciendo cada vez más pequeño a lo largo del último año. También había empezado a elegir las flores más baratas que tenían. Y ahora ha llegado el momento de hacer de tripas corazón y cancelar el pedido sin más. Odio tener que hacerlo, pero no podemos permitirnos ese gasto. Hago todo lo que puedo para recortar gastos.

Y esta es la siguiente partida que se corta.

Decidiendo que, si lo hago bien, podré dividir el ramo que me ha enviado Gage y utilizar la gran variedad de flores que contiene para decorar el establecimiento durante una o dos semanas, meto la factura en mi pila recién hecha de «Llamar mañana» y suspiro, cansada.

A veces parece como si estuviéramos haciendo girar una rueda. Hago todo lo que puedo para que esta panadería funcione, pero la competencia es dura. El valle está lleno de panaderías y cafés populares. A los lugareños y a los turistas les encanta comer y beber fuera, así que nos peleamos entre nosotros para satisfacer esa demanda.

Nadie —y quiero decir nadie— hace las tartas como mi tía, pero no las conoce mucha gente ni las tartas ni nuestra panadería. La saqué del despiadado mundo de los *caterings* a pesar de la pérdida de ingresos decentes que ello supuso. Tuve que hacerlo. Horneear y decorar elaboradas tartas de boda todos los fines de semana la estaba agotando y acabando con su creatividad. Trabaja mejor cuando puede dar rienda suelta a sus ideas.

Últimamente ha hecho verdaderas obras maestras. Son tan deliciosas y tienen un aspecto tan bonito que es casi un crimen comérselas. Tengo un

montón de fotos de sus tartas en el móvil, como una madre orgullosa que se muere por enseñarlas. Tengo que montar un folleto con todas ellas.

Otro suspiro me abandona y me siento atrapada. El dinero que tenemos en nuestro actual presupuesto para publicidad no da para mucho más que para el caballete de tiza que pongo cada mañana en la puerta principal anunciando nuestras especialidades del día. Hacemos un especial de mediodía que incluye sándwiches con nuestros panes artesanos y sopa casera que también prepara Gina, así que tenemos una clientela estupenda a mediodía. Nuestra afluencia matutina también es buena, aunque no somos Starbucks.

«Grr». Solo de pensar en los conglomerados gigantes me frustró. Los pueblos pequeños se quejan todo el tiempo de que Walmart llega y destruye los negocios locales. Empiezo a creerles al cien por cien. Walmart, Starbucks..., todos son destructores chupadores de almas del tejido empresarial local.

Aun así, visito nuestro Walmart local al menos una vez al mes. Sin embargo, ya no voy a Starbucks. ¿Por qué iba a hacerlo, teniendo en cuenta que tengo una cafetera de expreso aquí en la panadería y sé cómo usarla? Además, no puedo darles cuatro dólares más por un café cuando mi local apenas sobrevive.

Apoyo el codo en el borde del escritorio y me froto la frente. Siento la inconfundible presión que tengo ahí. Siempre me duele la cabeza cuando reviso las facturas. A quién no: la tarea es demasiado deprimente. Me presiono con las yemas de los dedos en un movimiento circular, intentando aliviar la tensión, pero es inútil. Lo único que podría quitarme el estrés es una botella de vino y un baño.

Recuerdo mi último encuentro con Gage y echo un vistazo a las flores que hay sobre el archivador. Las he traído aquí hace un rato, cuando supe que me iba a encerrar para repasar nuestra cuenta bancaria y las facturas pendientes. Si voy a hacer el trabajo pesado, entonces tengo que hacer que el lugar sea bonito, ¿no?

Además, es mirar las flores, y empezar a pensar en él. En las cosas que dijo, tanto las buenas como las malas. Y dice cosas terribles. Es como si ni siquiera pensara. Es un hombre de negocios de éxito que vale miles de millones. Parte de eso es gracias al dinero familiar, pero es inteligente. ¿No? Entonces, ¿cómo puede hacer negocios si cada vez que abre la boca dice una locura?

Casi consigo olvidar las cosas terribles que me ha dicho cuando pienso en lo guapísimo que es. Cómo esos preciosos ojos verdes parecen ver a través de mí. Una sola mirada en mi dirección, y la piel me arde. Me entra tanto calor que siento casi como si tuviera fiebre cada vez que me mira.

Y siento que su tacto es mi único alivio...

Cierro los ojos un momento, contengo un gemido que quiere escapar y me endezco en mi asiento, y empiezo a revolver los montones de facturas en las pilas desordenadamente organizadas que solo yo entiendo. Las suelto todas en el cajón de mi escritorio, lo cierro con un ruido sordo y satisfactorio y me limpio las manos. Como si fuera eficiente y me ocupara de otro estresante día de trabajo, revisando facturas y ocupándome de todo.

No he podido con ello. Apenas he hecho mella en nuestras facturas atrasadas. Otra divertida noche intentando gestionar la panadería, mientras todo se derrumba a mi alrededor sin importar lo que intente hacer.

Me alejo del escritorio y me levanto, luego cojo el jersey y el bolso que cuelgan del pequeño perchero que tengo en un rincón de la habitación. Pulso el interruptor de la luz al salir de mi despacho, atravieso la cocina y sonrío al verlo todo reluciente, brillante y limpio. Mi tía se enorgullece de mantener la cocina inmaculada y la friega hasta dejarla impecable todas las noches antes de irse.

Atravieso la puerta batiente que da a la parte delantera del café y apago el interruptor que hay junto al marco de la puerta, de modo que lo único que queda iluminado es la vitrina que alberga las tartas, las galletas, las barritas y todas las demás delicias que prepara Gina, aunque ahora está vacía. Gina volverá a la carga mañana; llegará antes de que salga el sol para preparar todas sus delicias con el fin de que estén listas para la clientela de la mañana.

Hace unos cruasanes de chocolate que te dejarían con los ojos en blanco de lo bueno que está. Le he hecho un pedido especial para mañana justo antes de que se marchara. Me ha dicho que haría una doble hornada solo para mí.

Trabajar en la panadería va a echar a perder mi figura y me va a poner el culo enorme si no me controlo. Una mujer solo puede resistirse hasta cierto punto.

Coloco el resto de las sillas, tarea esta que he olvidado hacer después de rechazar a Gage y prácticamente echarlo del café. Todo lo demás está limpio, perfecto y listo para mañana, así que ¿por qué me entretengo? ¿No

debería salir ya de aquí, puesto que voy a volver con ganas mañana a las siete de la mañana?

«¿A qué otro sitio tienes que ir? No es que tengas a nadie con quien ir, aparte de tus padres, y seguro que ellos no cuentan».

Es el pensamiento más deprimente de la historia. Me siento como si hubiera estado escuchando a todas las mujeres de mi familia llorar por ser una solterona a los veintipocos y ello estuviera empezando a calar en mí. Si lo pienso demasiado, me lo creo. Soy un completo desastre.

Exhalo un fuerte suspiro, echo la cabeza hacia atrás y miro al techo. ¿Desde cuándo soy una fracasada de marca mayor?

Oigo unos golpecitos en la puerta principal, que hacen tintinear la campanilla que cuelga sobre ella, y me sobresalto, y miro de frente por el escaparate y justo a...

¿Gage Emerson? ¿De pie en el umbral?

Le miro con el ceño fruncido, y me pregunto si estaré delirando. Estoy alucinando. Es imposible que esté ahí de pie..., ¿no?

Niego con la cabeza, cierro los ojos y cuento hasta diez antes de volver a abrirlos. Sigue ahí de pie, aunque ahora está claro que está descontento conmigo, a juzgar por la expresión de su cara. Las manos en las caderas empujan hacia atrás la chaqueta azul marino, desabrochada y de corte elegante, y muestra su ancho torso, la corbata suelta alrededor del cuello y la camisa arrugada. Está desarreglado y tiene un aspecto absolutamente encantador.

Dios mío. Tengo que deshacerme de él, y rápido.

## Gage

Marina me mira con total incredulidad. Como si no pudiera creerse que haya aparecido mágicamente delante de ella. Incluso ha cerrado los ojos durante unos segundos. ¿Acaso cree que podría ser producto de su imaginación o algo así? No lo sé. Nos separa un edificio entero y quiero entrar. No es que ella me haya invocado para que aparezca.

Nooo. Soy real. Soy el idiota que se siente atraído por ella a pesar de su evidente odio, o, como mínimo, desinterés por mí. Debo de ser masoca, porque aquí estoy, de pie delante de su puerta, con la esperanza de que tal

vez siguiera dentro de la panadería. A pesar de que son más de las nueve y cerró a las cinco.

Aunque me echó sin miramientos.

La suerte está de mi lado esta noche, supongo, al encontrarla aquí.

Sinceramente, no sé qué me ha poseído. He salido de Cosecha de Otoño y he vuelto a casa, con la esperanza de hacer algunas llamadas. Incluso he llamado a su padre, pero no estaba. Nunca está para mí.

Creo que él me ha descubierto. No he sido sigiloso a la hora de acercarme, así que no me sorprendería que estuviera al tanto de que ando detrás de su propiedad.

Pero la emoción de la caza no pudo mantener su encanto hoy. Me he deprimido. Y yo nunca me deprimó. Me han rechazado dos veces en una hora. Primero Marina, y luego su padre. Es un día de rechazo multigeneracional.

Sentí que mi casa estaba demasiado tranquila y no quería estar solo, así que salí. Vagué por la pequeña y bonita calle principal de St. Helena, evitando a propósito la panadería. Acabé en un bar asador, donde cené y me consolé con unas cervezas. Vi los *playoffs* de béisbol en el televisor de pantalla plana que había encima de la barra. Los Giants iban por delante en el marcador y acabaron ganando el partido.

Los Giants son mi equipo favorito. Joder, mi amigo Matt jugaba en el equipo, así que claro que me encantan. Aun así, no sentí ni un ápice de entusiasmo por su victoria. Solo podía pensar en... ella.

Me tiene obsesionado. Nunca he dejado que una mujer me haga esto, y no puedo creer lo rápido que ha crecido mi atracción por ella. Me gusta todo de ella, incluso lo mucho que parece odiarme.

Lo centrada que está, lo protectora que es con su familia. Comprendo ese lado de ella y también me atrae. Que actúe como si se sintiera atraída por mí a su pesar también me intriga. La mayoría de las mujeres prácticamente mendigan mi atención, atraídas por mi cuenta bancaria más que por cualquier otra cosa.

Marina no. Ella preferiría que no volviera a cruzar su puerta. Y sin duda se beneficiaría de mi cuenta bancaria. Sin embargo, desprecia mi riqueza.

La admiro por ello. Maldita sea, la deseo más por eso. Siento que ella me ve, ve al hombre real detrás de todo, con mis defectos y, a pesar de ello, sigue habiendo atracción entre nosotros. Como algo vivo, que respira. ¿Ella lo ve?

Si lo ve, finge que no existe.

Un escalofrío me recorre cuando Marina se acerca lentamente a la puerta, con expresión cautelosa, con esos bonitos ojos azules suyos entrecerrados al observarme. Estoy a punto de marcharme, pero algo me retiene. Creo que quiero ver qué me va a decir, ver si me va a dejar entrar.

Estoy desesperado por que me deje entrar.

¿Cuál es mi problema? He tomado demasiadas cervezas y ello me ha hecho pensar demasiado, y ahora aquí estoy, deleitándome con la decoración otoñal de la panadería. Estamos a finales de septiembre y ya hay unas cuantas calabazas decorando la fachada. Dos grandes macetas flanquean la puerta, llenas hasta los topes de gigantescos crisantemos de color naranja oxidado.

COSECHA DE OTOÑO está escrito en elegante letra negra en la puerta. El escaparate delantero es grande, lo que permite a los transeúntes echar un vistazo al interior. Pequeñas mesas y sillas llenan el local. Grandes cestas de mimbre llenas de fruta fresca y productos horneados envueltos se alinean en las paredes. La panadería tiene un aire cálido y moderno de Napa.

Sin embargo, tiene problemas con el negocio. No entiendo por qué.

Sí. Realmente no sé qué me ha poseído para volver aquí. He estado horas dándole vueltas a las razones por las que Marina me ha mandado a paseo. Todavía no me puedo creer que me dijera que no cuando la invité a cenar. Que me echara de la panadería literalmente como si no quisiera volver a verme. Le ofrecí la zanahoria de Archer y no le importó una mierda.

Ella pensaba que yo no valía la pena.

Nadie me dice que no. Bueno, retiro lo dicho. He oído muchos noes en mi carrera. El no forma parte de las negociaciones. De hecho, cuando oigo un no, me esfuerzo mucho más para convertirlo en un sí.

Pero ¿cuando se trata de mujeres? No me dicen que no. Normalmente soy yo quien las rechaza. El que tiene que romper primero. No estoy acostumbrado a que me rechacen.

Quizá por eso me siento atraído por ella. Es todo lo contrario a cualquier mujer que haya conocido.

—¿Qué haces aquí? —pregunta, abriendo apenas la puerta. Como si temiera que la empujara y entrara a la fuerza.

No estaría muy equivocada. La idea se me pasa por la cabeza.

—No lo sé —respondo con sinceridad, y me meto las manos en los bolsillos.

Me observa durante un momento largo y silencioso, y yo le devuelvo la mirada. Parece... cansada. Un poco triste, muy irritada.

—Normalmente nunca me quedo hasta tan tarde —admite—. ¿Me estás vigilando o qué?

—No, no te estoy vigilando. —Me río entre dientes, y digo que no con la cabeza. Una brisa fresca me envuelve y me hace estremecer, y le hago un gesto de asentimiento—. ¿Me dejas entrar?

—Estoy cerrando por hoy. —Se mueve para cerrar la puerta y, durante un breve y aterrador instante, temo que vaya a cerrarla de golpe y dejarme fuera.

Para siempre.

—Solo unos minutos. Quiero... preguntarte algo. —Me lo he inventado. No tengo nada que preguntarle aparte de por qué me odia tanto, cosa que me lleva rondando por la cabeza desde hace unas cinco horas.

—¿No puede esperar a mañana?

Dios santo. Nunca jamás había conocido a una mujer tan desinteresada por mí. No lo soporto.

Estoy más decidido que nunca a convertir su no en un sí.

—No, no puede. —Intento ser cortés y sonreírle, pero hasta yo noto lo poco entusiasta que es mi esfuerzo—. Vamos, Marina. Concédeme eso.

Poniendo los ojos en blanco, abre la puerta de un tirón y entro en la tranquila y oscura panadería, rozándola al entrar. Oigo su respiración agitada cuando mi cuerpo toca el suyo.

Así de simple, soy consciente de ella. De cada pequeño sonido que hace, de su aroma embriagador, de cómo me mira como si fuera a salir corriendo a esconderse.

La pongo nerviosa. Joder, ella también me pone nervioso a mí. No debería querer esto. No debería desearla. Ella me odia. A mí tampoco me cae muy bien. Al menos no me gusta cómo se comporta conmigo ni la forma en que me trata.

—¿Qué querías preguntarme, Gage? —Cierra la puerta y se apoya en ella, con un tono aburrido, al igual que su expresión—. Es tarde, así que rápido. Tengo que irme a casa y derrumbarme en la cama.

¿Así que jodidamente «rápido»? Ni siquiera puedo hacer que la he oído o perderé los papeles y diré algo de lo que me arrepienta de verdad. Y la referencia a la cama envía todo tipo de imágenes indecorosas a mi cerebro.

El hecho de que sea capaz tanto de excitarme como de mandarme al cuerno es toda una hazaña. Se merece una medalla o algo así.

—¿Por qué no quieres cenar conmigo? —suelto, y me odio al instante por dejar que la pregunta salga volando de mi boca.

No creo que quiera saber la respuesta. Tampoco creo que le guste que se lo pregunte cuando parezco un bebé llorón.

—¿Quieres que te diga la verdad?

Asiento con la cabeza con ímpetu.

—Claro que sí.

—Eres un problema. —No dice nada más; solo me mira con esos fríos y evaluadores ojos azules suyos.

—Creo que me confundes con Archer. —Nadie me ha llamado nunca específicamente «problema».

A Archer, sí, todo el maldito tiempo. ¿Archer, Matt y yo juntos? Claro que sí. Causamos todo tipo de problemas juntos, sobre todo cuando éramos más jóvenes.

Pero ¿yo, a solas? No soy un problema. La verdad es que no. Soy un tío bastante responsable. Mi padre me inculcó que me ocupara de todo lo que importa. En los negocios y en el placer. Cuando veo algo que quiero, voy tras ello hasta que lo consigo.

«¿Es eso lo que estás haciendo ahora?».

Me quito de la cabeza ese pensamiento tan aterrador.

—Ya te he dicho que no conozco bien a Archer. Lo que sí sé es que tiene cierta reputación —empieza a decir ella.

La interrumpo.

—Una reputación bien merecida, si se me permite decirlo. Es un auténtico canalla.

—Humm. Bueno, por lo que he oído decir, ha sentado la cabeza, ahora que tiene una prometida.

Mi hermana, pero no me molesto en decírselo. Tengo que guardar algunos de mis secretos. Puede que algún día quiera utilizarlos. Y no puedo seguir fingiendo que Archer es un canalla, porque no lo es. Todo lo que dice Marina es verdad.

—Escucha, te juro que no soy un problema. Confía en mí.

Se ríe.

—Cualquier tío que diga «te lo juro» y «confía en mí» es cien por cien problemático.

Empiezo a ofenderme. Más que nada, estoy jodidamente cansado de tratar con ella. Sin embargo, aquí sigo, tratando con ella. Queriendo tratar con ella, joder. Y queriendo demostrarle que se equivoca.

—No me conoces.

—Conozco a los de tu clase. Crees que puedes conseguir lo que quieras y, cuando no lo consigues, lo conviertes en un desafío —me suelta.

Vaya, joder. En eso ha dado en el clavo.

—Y creo que, por alguna razón enfermiza y retorcida, me he convertido en un desafío para ti —continúa, con los ojos llameantes de ira recién descubierta—. No soy un juego al que jugar para acabar ganando, Gage. Ya te he dicho que no me interesas ni tú ni tu propuesta. ¿Qué más quieres de mí?

Me acerco a ella, la cojo de la mano y tiro de ella hacia mí. Me apoya la otra mano en el pecho. Tiene los ojos muy abiertos y me mira asombrada.

—Quiero una oportunidad.

—Si vuelves a lo de la cita para cenar, no. Creo que es una mala idea. —Respira hondo—. Creo que es mala idea que estemos juntos. No me llevo bien contigo. No te llevas bien conmigo. Esto no tiene sentido. Deberíamos alejarnos el uno del otro ahora mismo.

Eso sí que suena dramático.

—Nunca he dicho que no me lleve bien contigo. —Puede que lo pensara porque, joder, a esta mujer le encanta poner obstáculos. Entrelazo mis dedos con los suyos y la atraigo hacia mí. Su mano es pequeña, suave y cálida. Me gusta cómo la siento al agarrarla.

—Ni siquiera nos conocemos. —Le tiembla el labio inferior mientras me mira fijamente—. Me pones nerviosa, espero que lo comprendas.

—Adivina: tú también me pones nervioso a mí.

Me mira incrédula.

—¿De verdad?

Asiento con la cabeza y no digo ni una palabra más. Hay algo en esta mujer que me hace querer ser sincero con ella. Abrirme en canal.

Tanto si es bueno como si es malo. Tanto si quiero saber su respuesta como si no, necesito oírla. Por una vez en mi vida, quiero ser vulnerable con una mujer. Pero solo con esta. Me tiene tan enredado en nudos que no sé si alguna vez podré deshacerlos.

Tampoco sé si quiero.

## 5

### Marina

Un momento... ¿Gage acaba de decir que le pongo nervioso? ¿De verdad? Me cuesta creerlo.

Estoy muy cansada, deseando irme a casa y dejarme caer en la cama, pero aquí está él, cogiéndome de la mano y abrumándome con su mera presencia. Probablemente mienta. Es bastante probable que esté intentando conseguir una cita conmigo para acercarse a mi padre. Pues olvídale. No conseguirá engañarme.

Mirándole fijamente, separo mis dedos de los suyos y doy un paso atrás, pero mi trasero entra en contacto con la puerta cerrada y me hace caer en la cuenta de que estoy...

Atrapada. Con Gage justo delante de mí, tan melancólico, guapo, gruñón y sexi.

No tengo escapatoria.

—Deja de intentar actuar como si fueras un hombre normal con sentimientos normales —le suelto, y pongo una mueca de dolor al ver que sueno como una adolescente huraña—. De ninguna manera te pongo nerviosa. —En serio. Es un hombre que rezuma encanto. ¿Cómo voy a ponerle nervioso?

—Me pones de los nervios. No entiendo por qué te empeñas tanto en alejarme. —Da un paso hacia mí y me acorrala entre el frío cristal de la puerta principal y su cuerpo extremadamente cálido y duro—. No logro entenderte.

—Quizá no quiero que me entiendas. —Quiero que se vaya antes de que yo acabe haciendo algo estúpido de verdad.

Como dejar que me bese.

—Ah, yo creo que sí. —Inclinando la cabeza, posa su boca en mi mejilla, sus labios susurran sobre mi piel mientras habla—: ¿No lo sientes, Marina? ¿Notas la química que hay entre nosotros, cómo nace y florece? ¿No quieres hacer algo al respecto?

—No. —Alargo la mano y le agarro de la camisa, tirando de él un poco más hacia mí. Espera, ¿cómo? Debería apartarlo—. Esto es un gran error.

—¿El qué? —Apoya sus grandes manos en mi cintura. Sus largos dedos se extienden, sujetándome con fuerza, y siento como si se hubiera apoderado de mí una fuerza incontrolable, una fuerza contra la que no puedo luchar por mucho que lo intente.

Esa fuerza sería Gage.

—Ya te lo he dicho. —Dios, es imposible. Es como si no escuchara ni una palabra de lo que digo—. Nosotros. Juntos. Nunca habrá un «nosotros» ni un «juntos», ¿entendido?

—Entendido, jefa. —Me doy cuenta de que no me está escuchando.

Se ha apartado un poco para poder mirarme fijamente, demasiado embelesado con sus manos sobre mi cuerpo. Un mechón de pelo castaño teñido de dorado le cae por la frente y resisto el impulso de estirar la mano y apartárselo de la cara.

Por poco.

Desliza sus manos a mi alrededor hasta que se posan en la parte baja de mi espalda, y las yemas de sus dedos casi rozan mi trasero. Llevo vaqueros, pero es como si sintiera su tacto directamente sobre mi piel. El calor me invade, me da vueltas la cabeza y suelto una temblorosa exhalación.

—No deberíamos hacer esto —susurro, y aprieto los labios cuando siento que sus manos se deslizan por mi trasero.

Dios mío, qué bien sienta su tacto.

¿En qué demonios estoy pensando dejando que me toque así? Está mal. Que estemos juntos está mal.

Entonces, ¿por qué sienta tan bien?

—¿Hacer qué? —Su pregunta suena bastante inocente, pero su tacto no lo es.

Me atrae hacia sí y noto el inconfundible contorno de su erección presionándome el vientre, y se me escapa un grito ahogado. Es grande. Gruesa. Me tiemblan los muslos al pensar en él penetrándome.

Tengo que poner fin a esto, y rápido.

—No creo que debam...

Gage me presiona los labios con el dedo índice, haciéndome callar. Me le quedo mirando, embelesada por el brillo de sus ojos, por la forma en que mira fijamente mi boca. Como si estuviera hambriento y se muriera por devorarme.

La anticipación me corre por las venas. Debería marcharme ya. Ahora mismo, antes de que esto vaya más lejos. Estamos en la puerta de la panadería, por el amor de Dios. Cualquiera podría vernos. No hay mucha gente deambulando por el centro a estas horas de la noche. Tiene una mano extendida sobre mi trasero y me acaricia los labios con el dedo, como si quisiera memorizar su forma.

Y yo... separo los labios para poder lamerle la punta del dedo.

Sus ojos se oscurecen conforme desliza su dedo más profundamente en mi boca. Cierro los labios alrededor de él, chupando, saboreando su piel salada con un movimiento de la lengua. Un sonido áspero y masculino retumba en su pecho cuando aleja la mano de mis labios. Desliza los dedos por mi barbilla, mi cuello; se me corta la respiración.

—Gage —susurro su nombre, confusa.

¿Es una súplica para que se detenga o para que continúe? No lo sé. No sé qué quiero de él.

—¿Asustada? —me pregunta, abriendo los párpados para clavarme sus preciosos ojos verdes. Brillan en la penumbra, llenos de hambre, y mi cuerpo responde, palpitando de necesidad.

Hago todo lo posible por ofrecer una respuesta sarcástica, pero en su lugar sale la verdad.

—Aterrorizada.

Baja la cabeza. Noto su aliento en mis labios y los separo en respuesta, ansiosa por su beso.

—Ya somos dos —susurra.

Justo antes de posar su boca sobre la mía.

El beso es la mezcla perfecta de suavidad y dureza, demanda y entrega. Le rodeo el cuello con el brazo, meto la mano por su pelo y tiro de él para acercarlo. Lo necesito más cerca mientras nuestras lenguas bailan y nuestros suspiros se mezclan en un sonido perfecto y cohesionado.

Me empuja contra el frío cristal, con una mano aún cogiéndome las nalgas y la otra bajándome por el pecho. Con un roce casi imperceptible sobre el suave algodón de mi camiseta, todo mi cuerpo reacciona tensándose; mis pezones se endurecen bajo el encaje de mi sujetador.

Siento que me ahogo. En su sabor, sus manos, su olor, su abrumadora presencia. Es tan confuso lo que siento al estar entre sus brazos. No me cae bien. No quiero desearlo.

Pero lo deseo.

El beso se vuelve más ansioso, más insistente. Nuestras manos están por todas partes, las suyas se deslizan por debajo de mi camiseta para tocarme el vientre. Las mías se deslizan hacia abajo para curvarse sobre su trasero muy firme, apretarlo y acercarlo. Hasta que no somos más que un revoltijo jadeante, anhelante y tenso.

Acabo con el beso yo primero y le miro aturdida. Tiene los labios hinchados y entreabiertos, el pelo revuelto por mis dedos, y me observa con la respiración agitada.

Está demasiado guapo para expresarlo con palabras.

—No deberíamos...

—Lo siento...

Empezamos a hablar al mismo tiempo. Su disculpa hace que quiera apartarle de un empujón.

En lugar de eso, le cojo de la corbata y tiro de él hacia mí; nuestros labios chocan, nuestras lenguas giran, se saborean. Es un lío frenético y descontrolado, y vuelvo a caer contra la puerta de cristal, sobresaltada cuando oigo el familiar tintineo de la campana que está sobre nuestras cabezas.

Esta vez él pone fin al beso y levanta la mirada, más allá de mi cabeza y a través de la puerta.

—Tenemos que...

—¿Ir a otro sitio? —pregunto, y me gano una mirada de sorpresa por su parte. Seguro que no se lo esperaba—. Estoy de acuerdo.

Le empujo y él retrocede, tan aturdido como yo. Vuelvo a sujetarle de la corbata y lo llevo conmigo, caminando por el café hacia la cocina, los dos en completo silencio.

Le oigo respirar, siento su calor irradiando hacia mí, y le suelto la corbata para cogerle la mano. Me sigue de buena gana, sus dedos se entrelazan con los míos, y contengo la respiración, temiendo que pueda decir algo que arruine el momento.

Gracias a Dios que mantiene su boca cerrada.

La excitación corre por mis venas. No me puedo creer que esté haciendo esto. Es un error. Lo sé, y estoy segura de que él también lo sabe, pero hay algo en él a lo que no puedo resistirme. La forma en que me mira, las cosas que dice, lo que siento cuando estoy entre sus brazos, su boca sobre la mía, nuestras lenguas enredándose...

Es irresistible. Y estoy cansada de luchar contra ello. De luchar con él.

Entramos en la cocina y, en cuanto la puerta se cierra tras nosotros, me giro hacia él y le rodeo el cuello con los brazos mientras se inclina para besarme. Nuestras bocas encajan a la perfección, y su sabor se vuelve rápidamente adictivo. También me estoy volviendo adicta a la forma en que me toca. Sus manos me recorren, demasiado ligeras, sin detenerse lo suficiente, y me revuelvo contra él con un gemido. Su gemido grave en respuesta me vibra contra los labios y envía una ola a todo mi cuerpo, y me acerco más. Inquieta. Ansiosa por más.

Ni siquiera puedo cuestionarme lo que me está pasando. No voy besando por ahí a hombres que no conozco de verdad. Y mucho menos les meto mano. No soy una mojegata, pero nunca me había pasado algo así. Es tan extraño, tan fuera de lo normal. Aterrador y estimulante y excitante y...

—Estás pensando demasiado. —Me sujeta por las caderas y me guía hacia atrás, hasta que choco contra la pared con un grito ahogado. Me coge de las manos y me levanta los brazos por encima de la cabeza, e inmoviliza mis muñecas con su firme agarre—. Tienes que aprender a sentir.

Antes de que pueda argumentar nada, se inclina para besarme, al principio suavemente, una suave caricia de sus labios que me hace desear más. Poco a poco, su beso se vuelve más intenso, luego más ansioso, hasta que siento que estoy a punto de perder la consciencia, y hasta mi alma, debido a su boca codiciosa y perversa.

Dios, tiene tanta razón. Necesito olvidarme de todo y perderme en el momento. Perderme en él. Olvidarme de todos mis problemas, mis complejos, mi recelo a involucrarme con Gage. Quiero sentir sus manos. Su boca. Su lengua, sus dedos, su...

Se separa para dejar un rastro con sus labios a lo largo de mi mandíbula, bajando por mi cuello. Mis manos siguen inmovilizadas en su agarre, y lucho contra él, y deseo tocarle.

Necesito tocarle.

—Si te suelto, ¿vas a huir? —susurra la pregunta contra mi cuello, y sus dientes mordisquean la piel sensible.

Niego con la cabeza. No voy a huir, aunque una vocecita en lo más profundo de mi mente me dice que debería hacerlo, que estoy a punto de cometer el mayor error de mi vida.

—No.

Me sujeta las muñecas con suavidad y me pasa los pulgares por el pulso, que late desbocado. Me estremezco por el contacto, asombrada de cómo

puede provocar que mi cuerpo reaccione con la más leve de las caricias.

—Creo que me gusta tenerte atrapada. —Me junta las manos y me agarra ambas muñecas con una mano; la otra se desliza por mi delantera, entre mis pechos, y un dedo recorre el centro de mi vientre hasta detenerse justo en la cinturilla de mis vaqueros, lo que me provoca escalofríos en cascada por toda la piel.

—Estoy segura de que sí —digo, intentando ser sarcástica, pero, una vez más, solo sueño sin aliento. Necesitada.

«Maldita sea».

Una sonrisa le curva los labios. Esa imagen me deja sin aliento.

—Me gustaría aún más tenerte así si estuvieras desnuda.

Dios mío. Debería mandarle al infierno aquí y ahora. No vamos a hacerlo. No. Para nada...

Desliza la mano por debajo del dobladillo de mi camiseta, sus dedos me rozan el vientre, y cierro los ojos, olvidando cualquier réplica, cualquier pensamiento. Lo único que puedo hacer es perderme en la sensación de su tacto, en la forma en que sus dedos se enroscan en la cinturilla de mis vaqueros antes de ir a por el botón. Lo desabrocha con facilidad, me baja la cremallera, roza la parte delantera de mis bragas; entonces, abro los ojos y aprieto los labios para no gritar.

El muy capullo sabe que me estoy conteniendo. Su sonrisa se vuelve arrogante mientras empuja primero una pata de mis vaqueros hacia abajo, sobre mis caderas, y luego la otra. Es sorprendentemente ágil con una mano, teniendo en cuenta que aún me sujeta las muñecas contra la pared.

Sin embargo, no las movería. Me gusta estar tan expuesta y vulnerable a su mirada. A su tacto.

Pero, Dios, ¿por qué? ¿Por qué debería dejarme estar tan expuesta y vulnerable? Estar con él me hace sentir libre. Es estimulante de la forma más aterradora y prohibida.

Es la tentación personificada, y, por una vez en mi vida, quiero ceder completamente al pecado y no preocuparme por las consecuencias.

—¿Qué estamos haciendo? —pregunto en voz baja.

Necesito una respuesta. Necesito oír que está tan perdido en esto como yo. Si dice algo equivocado, debo ponerle fin ahora mismo. Echarle a patadas y esperar como una loca no volver a verle.

«Mentirosa. Te destrozaría si no volvieras a verle».

Levanta la cabeza, desliza un dedo bajo la fina cinturilla elástica de mis bragas y toca la piel desnuda y sensible de mi vientre. Contengo la respiración, esperando a que deslice ese dedo más abajo. Me gustaría que me lo metiera entre las piernas.

—¿Tienes que preguntar?

«Cabrón engreído».

—No me caes bien —le recuerdo.

También me lo recuerdo a mí misma. De verdad que no. Está intentando comprar la propiedad de mi familia para obtener beneficios, y nos quedaremos solo con algo de dinero en el banco, y nuestro legado habrá desaparecido. Tengo que centrarme en eso. En cómo quiere acabar con nuestra presencia, en cómo quiere aplastar mi sueño secreto.

Pero no puedo hacer otra cosa que saborear su tacto y quiero más. Más más más.

—Vale —gruñe—. Tú tampoco me caes bien. —Todo ello mientras ese dedo sigue bajando, provocándome, hasta que se retira del todo y sale de debajo de mi ropa interior.

Siento hondo la pérdida, el muy cabrón.

—No...

—¿No qué? —Sonríe y se inclina para presionar su boca contra la mía mientras me suelta las muñecas—. ¿Que no te toque? ¿Que no pare? ¿Qué, Marina? —Susurra las preguntas en mis labios con los suyos, calientes y deliciosos.

Estoy confundida. No sé qué hacer. Quiero que pare. Pero a la vez quiero que siga. Quiero saber qué se siente al estar con Gage.

Sentirle moverse dentro de mí. Saber cómo es cuando se corre.

Cierro los ojos, lucho contra mí misma en una batalla interior. Y me rindo a él.

## Gage

Es un espectáculo magnífico, ella contra la pared, con los vaqueros hasta la mitad de los muslos, con las bragas más inocentes y a la vez más sexis que creo haber visto nunca. Son de algodón blanco, adornadas con un delicado encaje, y el tejido es tan transparente que se le ve el vello púbico.

Un lacito blanco corona el centro de la cinturilla, y el mismo encaje sedoso le rodea las caderas, con lazos a ambos lados.

Quiero deshacer esos lazos y ver cómo se le deslizan las bragas. Después quiero arrodillarme y pegar mi boca a su entrepierna. Sé que sabrá caliente y salvaje. Me pregunto cuántos movimientos de mi lengua la harán correrse.

Joder, estoy impaciente por averiguarlo.

—Ven aquí. —Me sujeta la corbata, creo que le gusta hacer eso, y tira de mí hacia ella. Luego mi boca se posa sobre la suya.

Se abre para mí con facilidad y su lengua baila una danza perversa contra la mía, y se me pone tan dura que temo romper la tela de los pantalones. La deseo tanto...

Supongo que el beso es su respuesta a mi pregunta. Sé que yo tampoco debería desear esto. Que, si pienso demasiado, detendré esta locura. Porque es una locura; no hay duda. Ella es demasiado complicada para mí.

Pero la complicación casi se ha evaporado y ha dejado entre mis brazos a una mujer apasionada y receptiva. Esta mujer que me tira de la chaqueta hasta que me la quito me fascina. ¿Qué coño estamos haciendo? Vamos a tener sexo en la cocina de su panadería. Solo hace dos días que la conozco. Estoy intentando comprar la propiedad de su familia porque están desesperados por conseguir dinero.

E intento meterme en sus bragas porque estoy desesperado por estar dentro de ella.

Ella parece igual de desesperada: ataca furiosamente los botones de mi camisa y vuelve a tirarme de la corbata y me la afloja. Me encojo de hombros y me acerco a ella, le subo la camiseta por la cabeza y se me seca la boca al ver sus pechos apenas cubiertos por el sujetador de encaje blanco.

Los rosados pezones presionan contra el encaje como si ansiaran liberarse. Me acerco a ella y abro el cierre delantero del sujetador. Las copas se abren y revelan unos senos llenos y perfectos, y los estrecho entre mis palmas, rozando las puntas con los pulgares.

—Oh, Dios. —Se golpea la nuca contra la pared, y se le cierran los ojos mientras sigo acariciándole los pechos.

No quiero dejar de tocarla, de mirarla, de disfrutarla. Está tan receptiva y quiero saborearla, pero mi cuerpo —en concreto, mi polla, tan ansiosa y codiciosa— tiene otros planes.

Incapaz de resistirme, me inclino y me meto en la boca un pezón, lo azoto con la lengua y lo chupo con fuerza. Me enreda los dedos en el pelo,

sujetándome a ella, alzo los ojos y la miro. Su expresión me eriza la piel. Parece tan perdida, tan abrumada.

Joder, estoy deseando ver su bonita cara cuando se corra.

En cuestión de segundos somos un torbellino de manos y bocas. Nos arrancamos la ropa y se forma una gran pila a nuestros pies, nos quitamos los zapatos, saco un preservativo de la cartera y acabamos desnudos y jadeantes. Chocamos el uno contra el otro, pero sin hacer necesariamente nada al respecto.

Aún.

Me separo de ella para abrir el envoltorio del preservativo y me lo meto en mi polla desesperada. Estoy impaciente por estar dentro de ella, por llegar al orgasmo y perderme en ella al menos durante un rato. Olvidadas la pelea, las palabras airadas y el hecho de que le estoy robando su herencia, solo me concentro en nosotros dos unidos. Conectados.

Susurra mi nombre y, al levantar la vista, la encuentro mirándome con los ojos muy abiertos y los labios rojos, hinchados y entreabiertos. Voy hacia ella, la beso profundamente mientras la cojo por la cintura y la levanto. No pesa nada; mis manos le agarran el culo perfecto mientras ella me rodea con sus piernas largas y suaves, y yo la llevo hasta la pared, con la polla completamente preparada para penetrarla.

—La tienes grande. —Exhala esas palabras, con mi erección presionando contra la suavidad de su vientre, sonrío y me acerco a ella para apartarle de la frente los mechones de pelo ondulado y húmedo.

Cierra los ojos y suelta un suspiro tembloroso, como si tuviera que prepararse para ese momento, y de repente me preocupo.

¿Está cambiando de opinión? ¿Va a echarse atrás? Joder, estoy a punto de penetrarla. Si lo pienso demasiado, probablemente podría correrme como un adolescente demasiado ansioso si no tengo cuidado. Quiero hacerlo bien, quiero que dure, pero no si ella no quiere que esto ocurra...

—Ahora eres tú el que está pensando demasiado —me susurra cuando no digo nada, su voz se llena de regocijo.

Me encuentro con su mirada y veo que me sonrío, con la aprensión aún presente en sus ojos; sin embargo, no puedo preocuparme de eso ahora. Con cuidado, muy despacio, tanto que sé que estoy intentando suicidarme con la tortura, entro en su cuerpo por primera vez. Noto su respiración agitada, la forma en que su cuerpo se tensa durante un breve instante mientras empujo hacia dentro. La entrega de su cuerpo acogedor cuando ahondo, toda esa

carne húmeda, caliente y sedosa envolviéndome, me lleva directamente al olvido.

Cierro los ojos y me mantengo firme, con el corazón acelerado rugiéndome en los oídos. Aprieto la frente contra la suya y trago saliva, en un intento por mantener la compostura, pero es muy difícil cuando ella se siente tan bien.

—Dios mío. —Sus palabras se entrecortan mientras se mueve contra mí, y ello me hace penetrarla más profundamente y gemimos—. Muévete, Gage. Por favor.

Hago lo que me pide, sorprendido por su petición. Respiro hondo y me hundo casi hasta el fondo, siento sus paredes internas palpitar contra mi cuerpo antes de penetrarla hasta el fondo; ella se aferra a mí, con un gemido grave cerca de mi oído. Me rodea el cuello con los brazos y entierra la cara en el hueco que hay entre mi hombro y mi garganta. Noto cómo se mueven sus labios contra mi piel mientras habla.

—Más —me pide—. Más fuerte, Gage. Por favor.

Dios mío. Con ese tipo de peticiones puedo hacer que se golpee contra la pared en cuestión de segundos, pero no... quiero hacerle daño.

Mi cerebro registra esta extraña constatación y me detengo, confuso. Siempre me aseguro de que la mujer con la que estoy quede satisfecha, pero intento llegar al orgasmo cuanto antes, como cualquier otro tío. Supongo que eso me convierte en un capullo egoísta. Creo que Marina incluso me ha llamado hoy gilipollas egoísta, o algo parecido.

Da igual, ahora que estoy dentro de ella, no quiero ser un capullo egoísta. Quiero observarla para saber qué es lo que más le gusta. Quiero ver sus ojos y su expresión enfebrecida conforme sigo empujando y empujando con movimientos deliberados y seguros dentro de su cuerpo. Quiero oír su respiración entrecortada, oírla susurrar mi nombre justo antes de que la haga desmoronarse por completo.

Solo entonces perseguiré mi propio orgasmo. Primero quiero que ella quede satisfecha.

La penetro, una y otra vez, con el golpeteo de nuestros cuerpos húmedos y el sonido de nuestros suspiros y gemidos mezclándose. Alargo la mano entre los dos y la toco; está tan empapada y cálida. Le froto el clítoris en círculos, siento que se tensa y me aprieta fuerte, no me queda más remedio que cerrar los ojos y contener la respiración, desesperado por hacer que dure.

Desesperado por hacer que esto sea tan bueno para ella que olvide a todos los hombres con los que ha estado.

Está murmurando cosas sin sentido: mi nombre y «por favor» y otras palabras ininteligibles mezcladas; lo único que puedo hacer yo es abrir los ojos y observarla. Estoy cautivado por su expresión, su respiración, la forma en que se aferra a mí, con la cabeza inclinada hacia atrás, como si estuviera perdida en su pequeño mundo placentero. Me muevo más deprisa, frotándome contra ella, esperando a que se desmorone del todo porque, joder, me muero por verlo. Me muero por sentirlo. Por sentirla.

Entonces se corre, y una palabra obscena sale de sus labios mientras se estremece y tiembla a mi alrededor. Me quedo quieto, con mi polla llenándola y el pulgar presionándole el clítoris hasta que sus temblores se ralentizan y se convierte en una mujer cálida y lánguida, flácida entre mis brazos, con palabras tontas y sexis que siguen saliendo de sus exuberantes labios en un susurro jadeante.

Joder, eso es lo que más me excita.

Sin control ni delicadeza, reanudo el ritmo y me muevo dentro de ella, concentrado en el orgasmo que se apodera de mí. Ya casi lo siento; el cosquilleo familiar comienza en la base de la columna y mis embestidas se vuelven erráticas. Empujo hondo, más hondo aún, hasta que me entierro tanto que temo no ser capaz de salir.

Solo entonces me corro. Mi cuerpo tiembla. Un fuerte «Joder» sale de lo más profundo de mi pecho mientras me corro dentro de ella. La sujeto con fuerza, entierro mi boca contra la suave y fragante piel de su hombro y la muerdo ahí, con eso me gano un gemido susurrado suyo por mis esfuerzos.

—Hostia —suspiro mientras me giro hacia ella y respiro contra su cuello.

Huele de maravilla. A arena, a océano y a flores. Perfumada y tan embriagadora que me temo que podría quedarme así toda la vida, inhalándola, sintiendo cómo me rodea.

—Hum. —Me da un empujón en el pecho; entonces, levanto la cabeza, la aparto de su hombro y me doy cuenta de que debe de estar bastante incómoda.

En plan «Dios mío, me arrepiento completamente de haber cometido la torpeza de haber hecho esto».

Maldita sea. Esta vez lo he conseguido.

Salgo de ella y retira las piernas de mis caderas. Nos quedamos en silencio mientras la pongo en pie, sin que mi mirada se cruce con la suya.

El momento ha pasado de erótico a incómodo en cuestión de minutos.

Observo por el rabillo del ojo cómo se agacha y recoge la ropa; yo hago lo mismo. Nos vestimos y, cuando tiro el condón usado en la papelera que hay cerca, me gano un bufido que suena sospechosamente a desaprobación procedente de ella.

Bueno, ¿qué demonios quiere de mí? Al menos he usado protección, ¿no? «Joder».

Me doy la vuelta y veo que está vestida del todo, aunque de forma bastante descuidada, con el pelo revuelto y los labios hinchados, y me entran ganas de besarla.

Sin embargo, por la expresión de su cara, no creo que esté de humor para besos dulces y para que le susurre «Ha sido jodidamente increíble».

—No deberíamos haber hecho esto —me suelta, y cierra los labios en cuanto le sale esa frase.

¡Ay! Me froto el pecho aún desnudo, ya que aún no me he abrochado la camisa. Vaya. Eso ha dolido mucho.

—Demasiado tarde —digo, porque ¿qué otra cosa puedo decir? Es demasiado tarde. Ya está hecho.

El mejor sexo de mi vida, y ella desborda arrepentimiento.

—Ha sido un error —continúa, sus palabras como puñales directos a mi corazón, que aún late desbocado.

—Ha estado muy mal para ti entonces, ¿eh? —Me abrocho rápidamente todos los botones de la camisa y me meto la corbata en el bolsillo delantero. Es imposible que no haya disfrutado de lo que acababa de pasar entre nosotros—. Por la forma en que gritabas mi nombre y no dejabas de suplicarme «por favor», nunca lo diría.

Me fulmina con la mirada. Estupendo. Volvemos a las andadas.

—Ahí lo tienes, retomando las características de cerdo que tan entrañables me resultan.

Me calzo los zapatos, sin preocuparme por los calcetines. Lo único que quiero es largarme cuanto antes. Mi subidón posclimático se está desvaneciendo muy deprisa. Demonios, casi ha desaparecido. Está a la defensiva, y eso no me gusta nada.

—Creo que, por una vez, estamos de acuerdo —le digo, y salgo de la cocina.

Marina me sigue, sus pies descalzos la llevan bastante rápido, ya que mis zancadas furiosas me conducen a la puerta principal en menos de cinco

segundos.

—¿Qué quieres decir?! —me grita.

Me giro y la fulmino con la mirada. De repente estoy furioso con ella. Y, sobre todo, furioso conmigo mismo. No soporto que me haga sentir tan mal, como si yo hubiera hecho algo malo. Como si nunca debiéramos habernos acostado. Quizá no esté muy desencaminada, pero es como si me lo estuviera restregando.

—Tienes razón. Ha sido un error. Nunca deberíamos haberlo hecho.

Dándole la espalda, quito el pestillo y abro la puerta, luego salgo de la panadería sin pronunciar una palabra más.

## 6

### Marina

Esta mañana he necesitado toda mi energía para levantarme de la cama. Apenas he dormido; mi mente estaba demasiado ocupada con lo que pasó anoche. Cada vez que me movía, tratando de obligarme a dormir, me dolía todo el cuerpo, pero no en un sentido negativo. Más bien en el sentido de «guau, ha sido increíble y me he corrido tan fuerte que casi me desmayo».

No se lo voy a admitir nunca a Gage.

Lo que fue un momento increíble se fue al traste muy rápido. Y fue por culpa mía.

El arrepentimiento me invade por la forma en que le hablé, por cómo calificué de error lo que pasó. Es decir, sí. En cierto modo me arrepiento de lo que ocurrió, pero solo porque nuestra «relación» —no tengo ni idea de cómo llamarla— es demasiado extraña. No le conozco; en realidad, no. Y lo que sé de él no me gusta. Cada vez que nos encontramos, saltan chispas, y suelen ser de enfado.

Pero anoche no. Esas chispas de ira se convirtieron en chispas sensuales llenas de química, que luego se transformaron en chispas totalmente orgásmicas. Dios, cómo me tocaba, su boca por todas partes, sus manos por todas partes, sus besos narcotizantes, su polla enorme moviéndose dentro de mí...

Me hormiguea el cuerpo solo de recordarlo.

Me obligo a levantarme y me doy una ducha rápida. Me enjabono con delicadeza, pues mi cuerpo aún está sensible. Cuando me rozo los pezones con las palmas, se endurecen al instante. Dios, ¿qué haría si él estuviera en la ducha conmigo? Sus manos grandes y enjabonadas deslizándose por toda mi piel, metiéndose entre mis piernas; sus seguros dedos tocándome en ese punto exacto donde tan desesperadamente deseo que me toque. Llevándome al orgasmo una y otra vez...

—¡Marina! ¡Son casi las siete! ¡Vas a llegar tarde! —grita mi madre desde el otro lado de la puerta de mi cuarto de baño, y se carga en un instante mi deliciosa fantasía con Gage en la ducha.

Necesito irme a vivir sola, pero vengo de una familia tradicional y no he visto la necesidad de luchar por ello. Hasta ahora.

Por fin llego a la panadería y encuentro que las calabazas que Gina había puesto hace unos días ya no están, en su lugar quedan manchas de humedad y un montón de pipas de calabaza. Entro a grandes zancadas y miro a mi alrededor, luego saludo a Eli, uno de los dos universitarios que trabajan para nosotros a tiempo parcial, en su puesto detrás de la caja registradora.

—¿Dónde está Gina? —pregunto al acercarme al mostrador.

—Está ahí detrás, en la cocina. Está trabajando en esa segunda tanda de cruasanes de chocolate para ti. —Eli sonrío y niega con la cabeza.

Me había olvidado por completo de los cruasanes. Creo que sigo envuelta una neblina inducida por Gage.

Al entrar en la cocina, encuentro a Gina de pie junto al horno, de espaldas a mí, mirando por la ventana de cristal para comprobar cómo suben los cruasanes.

—Oye, ¿qué ha pasado con las calabazas de fuera? —le pregunto.

—¡Oh! Me has asustado. —Se da la vuelta y su sonrisa es rápidamente sustituida por el ceño fruncido—. Cuando llegué esta mañana, estaban destrozadas. Espachurradas por toda la acera.

Frunzo el ceño al escucharla. Me quedé al menos una hora después de que Gage se marchara, fregando el suelo, fregando la pared contra la que me inmovilizó. Cuando estaba a punto de irme, me fijé en las marcas que había en el cristal de la puerta principal, donde también me había inmovilizado. Tuve que coger el Windex y limpiarla hasta sacarle brillo.

Tener sexo en la maldita panadería no fue lo más inteligente. Aún no puedo creer que lo hiciéramos. En serio, ¿en qué demonios estaba pensando? Debería ser mi enemigo, no el hombre que me ha proporcionado el orgasmo más intenso de mi vida.

Y, si alguna vez él se enterase de eso, me imagino la expresión de suficiencia de su irresistible rostro. Solo con verla, probablemente me darían ganas de darle un puñetazo.

—Anoche me quedé hasta muy tarde —digo por fin—. ¿A qué hora has llegado?

—Hacia las cuatro. He venido pronto; no podía dormir. —Gina abre la puerta del horno y mete la mano. Lleva una manopla de repostería. Y saca lentamente la bandeja del interior.

La bandeja está llena de cruasanes dorados con la forma perfecta, se me hace la boca agua por el fragante aroma.

Yo me fui pasadas las once, así que tuvo que haber ocurrido entre medianoche y las cuatro.

—Seguro que han sido unos chavales.

—Estoy segura. Ya he limpiado el desastre. No ha sido para tanto, pero me da reparo poner más calabazas. —Gina niega con la cabeza—. Imbéciles.

—Sí. —Sin poder resistirme, cojo un cruasán caliente de la bandeja, parto un trocito y me lo meto en la boca. Se me derrite en la lengua. Está caliente y tan delicioso que gimo—. Qué bueno, Gina.

Ella sonrío orgullosa.

—Gracias. ¿Sabes qué? Puedes comprobar las cámaras de seguridad. A ver si ves algo.

—Tienes razón. —Parto otro trozo y lo mastico. Siempre me olvido de las cámaras de seguridad. Son relativamente nuevas—. Creo que iré a mirarlo.

—Avísame si ves algo —me dice según salgo de la cocina camino de mi despacho.

Decido que es mejor que lo compruebe antes de seguir con la jornada, para quitármelo de encima, me conecto al sitio de la empresa de seguridad que utilizamos y veo la cámara exterior. Avanzo deprisa por la grabación, sin observar nada relevante hasta alrededor de las dos y media de la madrugada, cuando llegan dos personas de complexión delgada y con sudaderas con capucha que les tapa la cabeza y la cara; entonces, aplastan las calabazas contra la acera y empiezan a darles patadas y a saltar sobre ellas como si rebotasen en un trampolín.

Sí, unos chavales. Menudos imbéciles.

No se quedan mucho tiempo, así que paro de visualizar, sabiendo que no hay mucho que pueda hacer, ya que no se les ve la cara. Además, quizá podría acusarles de vandalismo, pero, vamos, ¿qué policía va a perseguir a unos niños que destrozan calabazas?

Si vuelve a ocurrir, entonces me pondré en contacto con la policía. Por ahora, lo dejaré estar.

Humm. Me pregunto si las cámaras nos grabaron a Gage y a mí anoche. Se me encienden las mejillas al pensar en vernos a los dos besándonos en la entrada principal, yo pegada contra la puerta...

Decido comprobar el resto de cámaras y voy haciendo rápidos clics en los canales, rebobinando y adelantando los últimos días; me sorprende al darme cuenta de que el negocio está aumentando a primera hora del almuerzo. Normalmente no salgo a ayudar detrás del mostrador hasta las doce y media, pero los clientes llegan incluso antes, y el local parece abarrotado hacia las once y media.

Sé por los cierres diarios que el negocio está aumentando, pero ver las pruebas de ello lo hace aún más real.

Genial. El negocio está remontando y estoy encantada. Pero ¿estamos Gage y yo en la grabación de la cámara o no?

Continuando mi búsqueda, se me acelera el corazón al no encontrar ninguna prueba de nosotros dos, cuando en realidad debería haberla. El sistema de cámaras costó un dineral cuando lo compramos, pero la cuota mensual de mantenimiento no está tan mal, y merece la pena el gasto. Aunque quizá debería replanteármelo. ¿Quién necesita realmente una cámara en la cocina? En realidad, las únicas personas que estamos ahí somos Gina, yo y nuestro puñado de empleados.

Sí, claro. Y también Gage y yo anoche...

Me quedo rígida en el asiento y me dirijo a la cámara de la cocina, con la cabeza martilleándome al retroceder hasta aproximadamente las diez de la noche de ayer. Empiezo a avanzar de nuevo, esta vez más despacio, hasta que se me escapa un grito ahogado.

Ahí está Gage, de espaldas a la cámara y aún vestido con su traje, sus grandes manos me sujetan los brazos, extendidos por encima de la cabeza, mientras me besa sin descanso.

La excitación me recorre, lenta como la miel, y apoyo el antebrazo en el borde del escritorio. Se me seca la boca mientras observo nuestra imagen. Me siento como una *voyeur*, incluso aunque sé que soy yo. Y Gage. Casi siento sus labios sobre los míos, nuestras lenguas tocándose, mi mano enterrada en su pelo...

—Tienes una llamada. —Gina asoma la cabeza por la puerta de mi despacho, yo doy un grito y hago clic para salir de la imagen de la cámara tan rápido que juro que me he torcido el dedo.

—Ostras, me has asustado. —Apoyo la mano contra el pecho y siento cómo me late de rápido el corazón.

Si mi tía llega a entrar, probablemente habría visto la grabación. ¿Cómo se lo iba a explicar?

Y ¿cómo demonios me deshago de lo que se ha grabado?

—No era mi intención. —Se queda en la puerta, limpiándose las manos en el delantal.

—¿Quién es? —pregunto, y respiro hondo, pasándome una mano temblorosa sobre el pelo mientras intento recuperar algo de compostura.

Ver el vídeo de Gage y yo juntos me ha puesto nerviosa. Y en realidad ni siquiera he llegado a ver nada.

Sin embargo, he visto lo suficiente para recordar lo bien que me hizo sentir.

—No lo sé. Lo he cogido por casualidad cuando salía al mostrador y no ha llegado a decir su nombre. Solo ha preguntado por ti. —Gina se marcha sin decir nada más y yo cojo el teléfono.

—Hola, soy Marina. —La persona al otro lado guarda silencio durante tanto tiempo que me pregunto si habrá colgado—. ¿Hola?

—Hey —dice en una exhalación. La voz es innegablemente familiar.

—¿Gage? —Aprieto los dedos alrededor del auricular, sobresaltada de que me haya llamado. Pensaba que me odiaría, después de lo que le hice—. Mm...

—Sí, sé que esto es incómodo. Oye, le he hablado a Archer de ti.

Me quedo estupefacta. ¿Por qué le iba a hablar a Archer de mí?

—¿Sí?

—Está dispuesto a reunirse contigo la semana que viene. Me ha dicho que le llames a su número directo en la oficina y que así podréis concertar una reunión. ¿Quieres el número? —pregunta Gage, y suena eficiente. Muy de negocios, como siempre.

Nada que ver con el hombre que anoche me abrazaba y me murmuraba palabras obscenas al oído mientras me penetraba tan profundamente que pensé que iba a partirme en dos.

—Sí, lo quiero. Déjame coger un bolígrafo. —Busco un bloc de notas y un bolígrafo y apunto el número que me dice; su voz grave me produce un cosquilleo que recorre mi piel, de repente demasiado caliente.

Solo con oírle hablar por teléfono, me muero. Esto es ridículo.

—¿Por qué eres tan amable conmigo? —pregunto, sujetando el teléfono con tanta fuerza que los nudillos deben de estar blancos—. Yo...

—¿Me trataste mal anoche? Sí, lo hiciste. —Hace una pausa, como si se debatiera entre decir algo o no, y yo le insto en silencio a que lo haga.

Me da igual lo que sea. Puede que me enfade, pero... lo dudo.

O que la ira enseguida se transforme en excitación, así que, oye, eso también vale, ¿no?

Este hombre me ha convertido en una mujer enferma y retorcida.

Quiero pedirle disculpas por haberme portado como una zorra anoche y haberle echado, pero no soy capaz de decir que lo siento. Y eso me hace sentir aún más zorra.

—Me entró pánico —digo en su lugar.

—¿Porque tuvimos sexo en la cocina de tu panadería?

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza sobre el escritorio, golpeándome la frente contra la gruesa pila de papeles.

—Sí —asiento débilmente.

—Lo sé. A mí también me entró pánico.

No parecía asustado. Había sido muy dulce, agresivo, sexi y amable. Nunca en mi vida había tenido sexo contra una pared. Nunca me habían tocado, besado, follado... Sí, definitivamente nunca me habían follado así, jamás. Jamás, jamás, jamás.

Por eso me sorprende que algo tan alocado, tan absoluta y terriblemente maravilloso, haya ocurrido con un hombre que no me gusta.

«Te gusta cuando tiene sus manos por todo tu cuerpo y su lengua en tu boca».

Levanto la cabeza, abro los ojos y frunzo el ceño para ahuyentar la desagradable vocecilla de mi cabeza y centrarme, en cambio, en el hombre con el que estoy hablando.

—Sé que te arrepientes de lo ocurrido y me siento mal por haberte presionado —explica—. Así que pensé en llamar a Archer y hacer esto por ti. Es lo menos que puedo hacer.

No me arrepiento de lo que pasó. Bueno, quizá un poco sí, pero ¿quién se arrepiente del buen sexo?

—En realidad, no me presionaste. Y gracias —susurro, pues me siento un poco en deuda porque, en realidad, este hombre podría mandarme a la mierda y pasar página, y yo no le culparía. Me lo merecería.

—De nada. —Hace una pausa, de nuevo como si estuviera considerando qué decir a continuación, y lo entiendo. Yo siento lo mismo—. Nos vemos.

Me agobio. No puedo dejar que se despida. Así no.

—¡Un momento! ¿No te, hummm..., debo una cena?

Se queda callado un momento, pero le oigo respirar.

—No me debes nada, Marina.

Me encanta cómo dice mi nombre; su voz profunda parece acariciar cada letra. Ostras, estoy colada por un hombre que no soporto.

—Es lo menos que puedo hacer —murmuro, devolviéndole sus palabras.

Quizá..., quizá podamos volver a vernos. Una vez más. No haría daño, ¿no? Y tengo que compensarle por lo horrible que fui. Por cómo le obligué a marcharse.

Tuvimos un sexo increíble, y luego casi nos enfadamos por ello. Como si nos arrepintiéramos o algo parecido. Es raro.

Estoy harta de sentir arrepentimiento. ¿No podíamos limitarnos a... disfrutar de esta conexión?

—Hablas en serio. —Parece incrédulo. No me sorprende.

—Un trato es un trato, ¿no? —Cojo el ratón y vuelvo a la página de la empresa de seguridad, contenta de no haberme salido de ella del todo.

La pantalla está justo donde la dejé, ahí estoy yo, presa de Gage contra la pared. Adelanto un poco la grabación, hasta la parte en la que veo que estamos desnudos. Mis piernas están enroscadas alrededor de su cintura, mis talones se le clavan en el culo perfecto y flexible mientras empuja profundamente dentro de mí.

Me quedo paralizada. Vernos tener sexo, con él al teléfono, es como una sobredosis de Gage.

—No me debes esto. No quiero que me eches en cara esta cena como sueles hacer —dice malhumorado—. Teniendo en cuenta que crees que siempre tengo segundas intenciones.

Dejo pasar el insulto, demasiado enamorada del sonido de su voz mientras le veo embestirme en la pantalla del ordenador. Me revuelvo en la silla, sintiéndome como una completa pervertida a las ocho de la mañana.

—No te lo echaré en cara —le garantizo, sin estar segura de poder cumplir esa promesa—. Supongo que todo depende de si me dices alguna estupidez. Como sueles hacer.

Ja. Parecemos niños pequeños peleándose en el patio.

Afortunadamente, también ignora mi indirecta.

—Mañana me voy a San Francisco. ¿Qué te parece esta noche?

—¿Esta noche? —Vuelvo a pulsar la pausa en la pantalla y salgo, después me aparto del ordenador para no distraerme—. Eso es algo precipitado. —Como si tuviera planes...

—Lo sé. Es eso o esperamos hasta principios de la semana que viene, cuando vuelva.

No puedo esperar tanto. Quiero verle, cosa que en cierto modo no me gusta. No debería querer decirle que sí. Pero mi cuerpo se muere de ganas de verle.

—De acuerdo. Esta noche —acepto secamente, y hago una mueca de dolor al oír mi tono, así que intento suavizarlo—. Suena... divertido.

Se ríe. El imbécil.

—Sí, parece entusiasmada. Mira, voy a intentar que Archer nos acompañe. Puede traer a su prometida.

—Espera, ¿qué? ¿Quieres que Archer venga a cenar con nosotros?

Vale, no había pensado en eso. Voy a tener que emplearme a fondo si eso ocurre. Puede que incluso tenga que presentarle mi propuesta, y aún no estoy preparada. Aún tengo que perfilar algunos detalles.

—Sí, Archer y su prometida. Créeme, ella te encantará. Archer también. No es una cena de negocios, Marina. Solo placer.

Solo placer. Esas son dos palabras que adquieren un significado diferente cuando se utilizan en referencia a Gage y a mí.

—De acuerdo. —Trago saliva con dificultad—. Salgamos a cenar con Archer y su prometida. —Cierro los ojos y doy un giro con la silla de mi escritorio.

Probablemente sea una muy mala idea.

Pero ahora no puedo echarme atrás, ¿no?

# 7

## Gage

—¿Quieres tener una cita doble con tu hermana y conmigo? —Archer se ríe entre dientes, con un sonido irritante que me retumba en el oído, y yo alejo el teléfono.

Ojalá pudiera decirle que lo olvide y colgar. Pero no puedo. Se lo he prometido a cierta persona, y ahora tengo que cumplir esa promesa. Además, quiero volver a verla. Si tengo suerte, tal vez la vea desnuda, en una cama, donde pueda tomarme mi tiempo y cartografiar todo su cuerpo con mis labios.

Sí. No puedo quitármela de la cabeza. La forma en que se aferraba a mí, el sabor de sus labios, los sonidos que hace cuando se corre...

He intentado llamar a su padre a primera hora de la mañana. No ha habido suerte. Ese hombre me odia a muerte o directamente le importo una mierda. Así que tengo que caerle bien a su hija, entonces puede que ella nos presente a los dos. Todos saldríamos ganando.

Porque, igual que me atrae Marina, también me atrae el hecho de que sea una Molina. La hija de Scott Knight. Estoy tan cerca de llegar a él que casi puedo saborearlo. ¿Eso me convierte en un gilipollas, el querer acercarme a ella para poder llegar a su padre?

«Sí».

Maldita sea. Eso es lo que pensaba. Y no me gusta sentirme así, como si la estuviera utilizando. Conocerla, besarla, tener sexo con ella... lo ha cambiado todo. La energía ha cambiado entre nosotros.

En realidad, nunca he llegado a creer del todo que fuera yo quien tenía la sartén por el mango cuando se trataba de Marina y de mí. Ha sido dura conmigo desde el mismo instante en que nos conocimos.

Y eso me gusta.

—Te puedo asegurar que quiero salir contigo y Ivy esta noche —acepto finalmente, sin añadir más, esperando las inevitables preguntas.

—¿Quién es la chica que hace que quieras una cita doble?

Ahí va la primera pregunta.

—No te rías de mí —empiezo a decir, pero él responde por mí, con tono petulante.

—Déjame adivinar. —Hace una pausa dramática. Se está divirtiendo demasiado con esto, y la conversación no ha hecho más que empezar—. Marina Knight.

No me molesto en responder durante unos segundos. No hace falta que responda. Sabe que me está enfadando. Cuando su risita se transforma en carcajada, me dispongo a colgar.

—¿Cómo lo has conseguido? —pregunta por fin cuando consigue controlar la risa.

Pregunta número dos.

—La convencí de lo buen tipo que soy y ahora quiere salir conmigo. —Mentiras, todo mentiras. Como si pudiera decirle la verdad...

«Me la follé contra la pared de su panadería. El sexo más intenso de mi vida. Me muero por repetir».

—No soy tonto.

Vaya, ahora me siento ofendido.

—¿Por qué te cuesta tanto creerlo?

—Hablaste mal de su familia. Para los Molina y los Knight, todo gira en torno a la familia. Si dices una mala palabra contra ellos, querrán acabar contigo y destrozarte. Todos y cada uno de ellos actúan así —explica Archer.

Recuerdo que su tía Gina me llamó «Niño Gato». Eso sonó bastante... mafioso. ¿Es esa la palabra?

—Haces que parezcan la mafia —murmuro, y echo un vistazo a mi oficina provisional.

Me estoy quedando en una casa que compré hace unos meses en St. Helena. Es bonita, pequeña y muy vieja. Necesita reformas importantes —es decir, una reforma total— y he estado recibiendo ofertas para el trabajo durante los últimos días. Su ubicación céntrica la convierte en el lugar ideal para quedarme mientras estoy en Napa.

—Se rumorea que podrían serlo, aunque lo dudo —dice Archer, con tono serio.

—Conectados con la mafia, venga ya —murmuro, más que dispuesto a cambiar de tema—. Oye, quiere hablar contigo. —Mentí un poco cuando llamé a Marina.

Le había dejado un mensaje a Archer cuando no conseguí hablar con él y me puse demasiado nervioso para esperar a que me respondiera, así que me arriesgué y la llamé de todos modos.

Sabía que podía hacer que él la viera, pero aún no he confirmado nada. Solo quería llamarla. Escuchar su voz. Imaginar la forma en que sonaba anoche cuando susurraba mi nombre mientras yo me hundía muy dentro de su cuerpo apretado y húmedo...

—¿Hablar conmigo de qué?

—De negocios. No me ha dicho exactamente de qué, pero dice que tiene una propuesta para ti y que tenía intención de llamarte, pero aún no lo ha hecho —le explico.

—Hum, me pregunto por qué no ha llamado. He hablado con ella alguna vez. Aunque nada importante. —Hace un ruido; puedo oír cómo se mueve en la silla, el inconfundible crujido alto y claro—. ¿Cuándo quieres tener esta cita doble trascendental?

—¿Esta noche? ¿Quizá? —Hago una mueca, esperando su respuesta.

—Tienes que estar de broma. ¿Esta noche? ¿Esperas que reorganicemos nuestros horarios por ti o qué? —Archer suena un poco enfadado, pero sobre todo divertido. Lo que más le gusta es echarme la bronca.

—Necesito caerle en gracia para que me presente a su padre —le explico. Bueno, en parte es eso.

También quiero volver a verla. Quiero hablar con ella, discutir un poco, hasta que le brillen los ojos de rabia y me sienta tan tentado que me incline y la bese.

—De verdad. —Archer suena dubitativo.

—Sí. De verdad. Ese tipo lleva meses ignorándome. Me muero por hablar con él. —Negociar con él. Proponerle a Scott Knight un trato que no pueda rechazar.

—Ah, así que ahí está el quid de la cuestión. —Archer hace un ruido seco—. No intentas meterte en sus bragas. Esperas meterte en el bolsillo trasero de su padre.

Me hace sentir como un mierda y me niego a ello. Además, ya me he metido en sus bragas.

«Sí, eres un gilipollas».

—No vas a hacerme sentir culpable por esto. —Eso ya lo hago bastante bien yo solo.

—Como quieras. Lo comprendo. Son solo negocios. —Archer suspira hondo—. Déjame hablar con Ivy, pero creo que podemos ir. No tengo grandes planes, y creo que ella tampoco.

—Gracias, hermano —le digo—. Te agradezco que hagas esto tan a última hora. —Lo digo en serio.

—Sin problema. Te he llamado tantas veces rogándote que me ayudes que he perdido la cuenta —bromea Archer, aunque en realidad habla en serio.

Él es el que normalmente necesita que le saquen del apuro, le rescaten, lo que sea. Nuestra amistad siempre ha tenido ese equilibrio. Archer es el que la caga; yo soy el que arregla las cosas. O el que le salva el culo.

Lo que haga falta primero.

Ahora mírame, corriendo a pedirle favores. Pero para eso están los amigos.

Desde que Archer empezó a salir con mi hermana, se ha reformado. Empezó antes incluso, cuando recibió el viejo Hotel Bancroft que le regaló su padre. Se sumergió en el trabajo, se lo tomó en serio y convirtió aquel viejo y cutre hotel en el próspero y exitoso Deseo, un hotel y *spa* de primera categoría.

Luego Ivy y él empezaron a verse en serio, y él se puso las pilas. Yo no lo había aprobado. Joder, me ocultaron su incipiente relación por miedo a que no me gustara. Quiero a Archer; es mi mejor amigo junto con Matt. Y, por supuesto, quiero a mi hermana pequeña, y la protegería pasara lo que pasara.

Pero ¿Archer e Ivy juntos? La idea aún me sorprende, y ya hace tiempo que son pareja. Maldita sea, él está tan enamorado que va a casarse con ella.

Es asombroso ver lo que el amor de una mujer buena puede hacer por un hombre.

No es que esté buscando algo así; por supuesto que no. Todavía no. Estoy demasiado ocupado para prestar atención a una mujer necesitada.

¿Follar con una, en concreto con una tan buena como Marina? Sí, me apunto.

Aquí vienen de nuevo mis tendencias gilipollas. Y se muestran de frente y con claridad.

—Dile a Ivy que no le haga muchas preguntas a Marina, ¿vale? —le pido.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es que... ella tendrá curiosidad y querrá saber más sobre la mujer con la que salgo. Y no es nada. No es nada serio, ni por mi parte, ni por parte de Marina. Estoy intentando hablar con su padre. Ella intenta hablar contigo. Nos estamos utilizando el uno al otro —le explico, esperando que sea verdad.

Si Ivy y Marina empiezan a hablar y se hacen amigas, sería horrible. No quiero herir los sentimientos de Marina, pero esto no tiene que ser nada serio para mí.

A pesar de lo increíble que ha sido el sexo entre nosotros, no puede ser importante. Solo nos estamos divirtiendo. Consiguiendo algo el uno del otro. Ella tiene que saber, o al menos suponer, que hablo con ella por la conexión con su padre. Esto me hace sentir como un gilipollas porque, maldita sea, me gusta. A pesar de que yo no le gusto, me siento atraído por ella sin poder evitarlo.

Porque sí, estoy bastante seguro de que para ella no es nada serio. Una noche de sexo. Esta noche, solo una cena. Una oportunidad para hablar con Archer y conocerle mejor. Joder, apenas si me tolera. La mayoría de las veces, me provoca lo suficiente como para que acabe haciendo el ridículo y diciendo alguna estupidez que la hace enfadar. Estar con ella no saca a relucir mis mejores cualidades...

Excepto cuando estoy dentro de ella y hago que se corra. Entonces todo está bien en el mundo. Todo es perfecto.

Sí. Iremos a cenar, los dos conseguiremos lo que queremos y habremos terminado. Así de simple.

Justo como a mí me gusta.

## Marina

—Cariño, pero ¿qué estás haciendo?

Asomo la cabeza por el vestidor al oír la voz horrorizada de mi madre. Está de pie en mitad de mi dormitorio, con los ojos desorbitados al ver el desastre. Mi ropa está esparcida por todas partes. Por el suelo, por la cama, tirada sobre la silla que hay en el rincón más cercano al armario.

Es una zona de guerra previa a una cita, y hasta ahora voy perdiendo la batalla.

—Busco algo que ponerme. —Me levanto del suelo, me pongo en pie y me limpio las manos en los muslos—. No tengo nada.

Sigue mirando la habitación. Seguro que ve todas las prendas que hay por todas partes.

—No estoy de acuerdo. No tenía ni idea de que acumularas tanta ropa en tu pequeño armario.

Es curioso que mi armario sea «diminuto». Es el de un dormitorio principal de tamaño estándar. El suyo avergüenza al mío. Es como una habitación entera, con una isla en el centro llena de cajones donde organiza sus sujetadores y ropa interior. En la pared hay iluminación que muestra sus hermosas colecciones de zapatos y bolsos. Mi padre hizo reconstruir el vestidor para ella hace unos doce años. Recuerdo que me quedé alucinada. Nunca había visto nada igual.

Luego tenía amigas en el instituto cuyas madres tenían armarios aún más grandes que los de mi madre. Eso sí que nos avergonzaba.

—Vale. No tengo nada que me guste —recalco, y levanto las manos—. Tengo que ir de compras.

—¿Para qué? ¿Adónde vas para que te preocupe tanto tu aspecto? Siempre vistes muy bien, cariño, excepto cuando trabajas, pero ¿qué podemos esperar? Ni que tuvieras que vestirte de gala para servir pasteles y café. —Sonríe, sin darse cuenta de que acaba de insultar lo que hago para ganarme la vida.

Lo hace todo el tiempo y es molesto. Incluso un poco hiriente, aunque intento decirme a mí misma que debo dejarlo pasar. Pero mi madre tiene cero respeto por mi trabajo o mi negocio, y no entiendo por qué. En realidad, estoy haciendo algo con mi vida, pero ella ni siquiera lo ve.

—Voy a salir esta noche.

—Ah, ¿sí? —Mi madre suena despreocupada, pero todo lo demás en su comportamiento se anima. Genial—. Y ¿con quién vas a salir? ¿Con alguien que conozcamos?

En realidad, no quiero decirle dónde voy ni con quién. Va a sacar conclusiones precipitadas cuando se entere de que salgo con un hombre y no es nada de eso.

—Nadie en especial. Y no, no creo que lo conozcas. —Me encojo de hombros y me acerco a la cómoda. Me arrodillo, abro el último cajón, rebusco entre mis vaqueros y saco finalmente mis favoritos. Son oscuros,

ajustados sin ser ceñidos, y hacen que mis piernas parezcan largas cuando en realidad no lo son—. No hay que darle mucha importancia.

—Cuando dices cosas así, cariño, deduzco que es importante. Lo que pasa es que no quieres que me haga ilusiones. —Junta las manos, y sus ojos azules, iguales a los míos, centellean de placer—. ¿Es guapo? ¿Cuánto hace que sales con él? ¿Cómo se llama?

Mírala. Da por sentado que he encontrado a alguien especial —esa es la forma en que ella, y no yo, ha elegido llamarlo desde hace mucho mucho tiempo, «alguien especial»—. La solterona de veintitrés años es la decepción de la familia. Es absurdo.

Mis amigos piensan que es ridículo que siga viviendo en casa, pero así es como se hace en una familia italiana tradicional. Habitualmente. Para mis padres soy la niña que necesita protección. Su única niña, ya que solo somos mi hermano mayor y yo. John está casado, tiene dos hijos y vive a sus anchas al otro lado del país, en Boston, de donde es su mujer. Se conocieron en la universidad, un romance perfecto que hizo infinitamente feliz a mi madre.

Así que ahora mis padres centran toda su atención —mucho de ella no deseada por mi parte— en mi inexistente vida amorosa.

Al darme cuenta de que sigue esperando una respuesta, suelto un largo suspiro y la fulmino con la mirada.

—Mamá, no es nadie. Te lo juro.

—Dime su nombre —exige.

—Gage Emerson. —Solo con pronunciar su nombre en voz alta siento un cosquilleo en la piel.

Me encanta su nombre. Me encantaba sobre todo cuando se lo susurraba al oído justo antes de que se corriese. Con fuerza.

Respiro hondo y me digo que tengo que calmarme. Esos no son los pensamientos que debería tener cuando estoy con mi madre en una habitación.

Ella frunce el ceño, se le forma una pequeña arruga entre las cejas.

—Humm, no reconozco ese nombre. No conozco a ningún Emerson que viva en la zona, pero debo confesar que lamentablemente estoy desconectada en lo que se refiere a los que tienen tu edad. Hace siglos que no voy al club de campo.

A veces suena tan anticuada, y ¿qué edad tiene? ¿Cincuenta y pocos? Mi madre se comporta y habla como si fuera mucho más mayor. Pero creció en

un mundo mucho más estricto que el mío. Mis abuelos no la dejaban hacer nada.

Me saca de mis casillas que le guste tanto insistir en que necesito un hombre en mi vida. Su decepción porque no he encontrado novio es el pensamiento anticuado que asoma en su fea cabeza.

—No es de por aquí —le digo, y arrojo los vaqueros al último hueco que queda en la cama.

—¿Oh? Y ¿cómo os habéis conocido?

—En un evento hace unas noches. ¿Recuerdas la cata de cerveza y vino de la que te hablé?

—Ah, sí. Entonces. —Sonríe—. ¿A qué se dedica?

«Es un tiburón que está husmeando en las propiedades de los Molina y quiere robárnoslas a cambio de nada para poder reformarlas y obtener grandes beneficios».

«Ah, sí, y también es un dios del sexo que me hizo gritar su nombre cuando me hizo correrme».

—Trabaja en el negocio inmobiliario —respondo finalmente mientras vuelvo al armario.

Se me revuelve el estómago y aprieto los labios. ¿Por qué vuelvo a salir con él? Sí, espero que me consiga una cita con Archer Bancroft para convencerle de que incorpore los postres de la panadería Cosecha de Otoño a los restaurantes de sus dos hoteles.

Espero que todo este tinglado funcione. Más que nada, espero poder disfrutar de mi cena esta noche y no acabar queriendo clavarle el tenedor en el pecho a Gage. Mientras mantenga la boca cerrada y luzca guapo, todo irá bien.

«Qué zorra eres».

Tal vez lo sea. Pero ese hombre me provoca como ninguno. Tanto en el buen sentido como en el malo.

Mi madre me sigue, asomada a la puerta abierta.

—¿Residencial o comercial?

Casi oigo como su cerebro calcula hasta qué punto merece la pena.

—No lo sé. Supongo que comercial.

—Qué bien. ¿Cuántos años tiene?

—Humm. —Trago saliva con dificultad.

No dispongo de toda la información pertinente acerca de Gage Emerson, aparte de su nombre, de que Archer y él son amigos y de que es un maldito

traidor que sabe usar muy bien las manos. Y la boca. Y la...

Guau, ¿no es elevada la opinión que tengo de él?

—Creo que tendrá unos treinta años. —Pongo una expresión de dolor, no cien por cien segura de que mi respuesta sea correcta. Parece que Google y yo necesitamos una segunda cita esta noche.

—Parece que no sabes mucho de tu joven.

Apenas consigo contenerme de poner los ojos en blanco.

—No es mío, mamá.

—Oh, algún día lo será. Si es listo y se da cuenta del buen partido que eres. —Parece tan segura de sí misma. Casi no soporto decepcionarla.

Así que no lo hago.

—Es muy inteligente. Creo que tiene bastante éxito en su trabajo. —Por su forma de vestir y su actitud arrogante, diría que debe de dársele bastante bien. Además, está toda la investigación que hice sobre él. No es que le cuente nada de eso a mi madre...—. También es guapo.

Demasiado guapo, más bien. Ese pelo oscuro con reflejos dorados, los ojos avellana intensos, la estructura ósea fuerte y la boca demasiado tentadora... No hay duda de que es guapísimo.

Por no hablar de ese cuerpo increíble y esa gran...

—Parece encantador. ¿Vendrá a recogerte? —pregunta mi madre, con una expresión más que esperanzada.

—He quedado con él en el restaurante —respondo, ignorando su decepción.

No puedo dejar que me moleste.

Si hiciera que Gage me recogiera en casa, le harían el tercer grado. Mi padre probablemente le haría rellenar un cuestionario para ver si es lo bastante bueno para salir conmigo o no, y estaríamos aquí durante horas. Al final, Gage huiría gritando de mi casa, para no volver nunca.

Además, no dudo ni por un instante de que Gage me está utilizando para acercarse a mi padre. Teniendo en cuenta que yo le estoy utilizando para acercarme a Archer, supongo que no tengo derecho a quejarme.

—No sé si eso me gusta —murmura mi madre, y mueve la cabeza de lado a lado.

Empiezo a rebuscar de nuevo entre mi ropa, apartando una percha tras otra.

—Vamos a ver si esto va a más antes de traerlo por aquí, ¿vale?

—De acuerdo —asiente con la cabeza, pero aún parece un poco desconsolada—. Lo comprendo. Bueno, te dejo que sigas buscando. Avísame si necesitas algo.

La veo salir de la habitación y salta un poco cuando cierra la puerta tras de sí.

La he decepcionado. De nuevo. Esta vez me pesa de corazón. Me hace sentir como una niña pequeña. ¿Cuándo voy a hacer algo bien a sus ojos?

Al salir del armario, cojo el móvil de la mesilla de noche y me sorprende al ver que tengo un mensaje de Gage. Nos dimos los teléfonos antes de colgar cuando me llamó a la panadería, pero no esperaba tener noticias tuyas.

¿Qué te parece si voy a recogerte esta noche? ¿En vez de quedar en el restaurante?

Frunzo el ceño. ¿Ha puesto micrófonos en mi habitación o qué? Es como si hubiera oído la conversación que acabamos de tener mi madre y yo.

Prefiero verte en el restaurante. Es más fácil.

Responde al instante.

No hay problema. De verdad.

El tío no se rinde. Por lo que sé, y apenas le conozco, siempre está decidido a conseguir lo que quiere. Eso es bastante molesto. Tengo que cortarlo de raíz.

Prefiero que no conozcas a mi familia. Y prefiero ir en mi propio coche.

Ahí va. Una sinceridad tan descarnada podría hacerle callar. Aunque inmediatamente me siento culpable por enviar un mensaje tan duro, aparto la emoción no deseada. Tengo que recordarme a mí misma que es un imbécil que solo quiere una cosa de mí.

Y no es sexo. Quiere ganar dinero a costa de mi familia.

Esta vez tarda un poco más en contestar.

He conocido a tu familia. A tu tía... ¿te acuerdas?

Suelto un suspiro. Es testarudo por deporte, ¿no? Creo que le gusta dar vueltas y vueltas.

Entonces quedamos en la panadería a las siete. Aunque

probablemente estaré sola. Gina se va pronto.

Debería hacer que Gina se quedara. Lo último que necesitamos es volver a estar a solas en la panadería. Podría intentar desnudarme sobre mi escritorio y hacer de las tuyas conmigo.

Que Dios me ayude, suena tentador.

Entonces, nos vemos en la panadería a las siete.

Y eso es todo. No intenta convencerme de que le deje venir a mi casa, ni nada de nada. Creo que le he ofendido.

Sé que no debería importarme. Sé que es irrelevante, pero...

Me siento mal.

## Marina

—Espero que tu niño bonito aparezca pronto. Estoy a punto de irme — murmura Gina mientras se limpia las manos con un trapo en el fregadero.

Acaba de terminar de hacer una nueva creación, pero le he dicho que quería que se quedara para cuando llegara Gage. Así podría utilizarla como escudo.

Se ha sorprendido, pero no me ha hecho darle demasiadas explicaciones, gracias a Dios. Solo ha asentido con la cabeza y me ha dicho que le apetecía experimentar y que, como era la noche de póquer de mi tío Joe, se quedaría después del trabajo y me haría compañía.

Así que la he visto hacer una tarta de chocolate y frambuesas que huele divino y tiene el mejor glaseado que he probado nunca. Mientras tanto, hemos estado hablando. Sobre la panadería, sobre nuestros planes individuales para el año siguiente, sobre lo que pensábamos que podíamos hacer para llevar la panadería a un nivel superior.

Ha sido divertido. Mi tía es experta en negocios, creativa, y tiene una lista interminable de ideas. Le he explicado por encima que iba a conocer a Archer. Le ha parecido una idea fabulosa, lo cual me ha complacido. Quiero que se involucre. Considero a Gina mi socia, y espero que ella piense lo mismo de mí.

Además, me ha ayudado a calmarme, pues estaba nerviosa de que Gage viniera a recogerme y llevarme a cenar. A medida que se acerca el momento de que Gage aparezca, me preocupan las situaciones potencialmente malas. Como cuando vayamos los dos solos en su coche al restaurante. Sí, eso podría dar miedo.

Aterrador y emocionante, si es que ambas emociones pueden coexistir.

Creo que, tratándose de Gage y de mí, por supuesto que pueden.

—¿Dónde está? —pregunta Gina, interrumpiendo mis pensamientos—. Son casi las siete y cuarto.

Olvido la irritación amenazadora, me miro el top negro brillante y me quito una pelusa. Al final me he decidido por un top que enseñe mucha piel

sin llegar a ser demasiado provocativo. Porque no quiero tentar a Gage ni darle un mensaje equivocado. Me niego a volver a acostarme con él esta noche.

Y si me hace esperar mucho más, lo más seguro es que no tengamos relaciones sexuales esta noche. Ni ninguna otra noche.

—¿Así que pasa de Niño Gato a Niño Bonito? —le pregunto, con el fin de cambiar de tema. Si seguimos hablando de cuánto se retrasa, solo conseguiré enfadarme más.

—Ah, sí. —Sonríe—. El Niño Gato es bastante guapo, así que hay que ponerle un apodo que le pegue, ¿sabes? Tiene esa cara tan bonita que seguro que te gusta mirar.

Siento que me arden las mejillas, pero no digo nada. Me encanta mirar esa cara tan bonita. Gina me conoce demasiado bien.

—¿Y a quién no? A mí tampoco me importa mirarla. —Su media sonrisa se transforma en una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Lo ha conocido ya tu madre?

—Dios, no —murmuro—. Se volvería loca y nos comprometería en cuestión de minutos.

Gina se ríe. Sabe que es verdad.

—Probablemente se pondría a elegir los diseños de la vajilla de tu boda y preparando los anuncios del bebé.

Me río con ella.

—Sabe que voy a salir a cenar con él, pero le he dicho que no es nada serio. Que solo son negocios.

—Negocios, ¿eh? Cuanto más lo pienso, más me cuesta creerlo. Ese hombre es encantador. Creo que podrías haber caído bajo su hechizo. —Gina levanta una ceja escéptica, pero la ignoro.

—De verdad, Gina. Esto no tiene nada que ver con su encanto. Se trata de hablar con Archer Bancroft sobre tus postres para sus hoteles. ¿Recuerdas? —Cuando asiente con la cabeza a regañadientes, continúo—: Es un buen amigo de Archer. Vamos a salir a cenar con él y su prometida. Espero presentarles mi idea en una o dos semanas, pero esta noche servirá para romper el hielo.

—Ah, qué idea tan maravillosa. De verdad. —Gina se quita el delantal sucio y lo tira al cesto de la ropa sucia, luego viene hacia mí y me envuelve en un fuerte abrazo—. Eres una mujer muy lista, Marina. Ojalá tus padres

podrían comprender cuánto te gusta la panadería. Me temo que van a venderla.

El corazón se me hunde hasta los pies, recordándome la otra razón por la que Gage ha aparecido en mi vida. Y es que planea arrebatármelo todo.

Ello hace que me pregunte por qué intento meterme en los hoteles de Archer cuando la panadería puede acabar desapareciendo.

—Ojalá entendieran también lo mucho que la panadería significa para ti.  
—Gina se encoge de hombros mientras deja de abrazarme.

—Quizá deberíamos hacer una presentación a la familia. Convencerlos a todos de que tú y yo necesitamos quedarnos con la panadería, conservarla.

Parece una hazaña imposible. La panadería está justo en medio del bloque de edificios que posee mi familia. Dudo mucho que vayan a vender todo lo que hay a su alrededor y que nos dejen este sitio.

—Podemos intentarlo, ¿no? —pregunto débilmente.

Me acaricia la mejilla y me da una palmadita en la cara.

—No suenes tan derrotada, mujer. Podemos darle la vuelta a esto. No creas que ya nos han vencido.

Es difícil no creerlo, teniendo en cuenta que tengo la impresión de que las dos estamos trabajando por un objetivo imposible.

—Sí, lo sé. —La campanilla que hay sobre la puerta principal tintinea, lo que indica que alguien ha entrado en el café—. Debería ir a ver quién es. —Probablemente sea Gage, y el corazón se me acelera solo de pensar que voy a verlo.

Estoy colada por él. Y eso no es conveniente.

—No hagas esperar a tu nuevo hombre —se burla Gina, y yo le saco la lengua.

Alguien se aclara la garganta, lo que llama mi atención y la de Gina. Las dos nos volvemos hacia la cocina y vemos a Gage en la puerta, con un aspecto francamente pecaminoso, vestido con vaqueros y un jersey gris marengo. Nos sonrío, pero noto aprensión en sus ojos.

Parece nervioso. Lo que encuentro entrañable. Además, su malestar alivia el mío.

—¡Bueno, mira quién se ha decidido por fin a aparecer! —declara Gina con su voz atronadora mientras se aparta de mí.

Se dirige a grandes zancadas hacia Gage, lo coge por los anchos hombros y tira de él para abrazarlo.

Parece asombrado y le da unas torpes palmaditas en la espalda.

—Me alegro de volver a verte, tía Gina.

—Yo también me alegro de verte. Se te ve muy bien con ropa informal.

—Le da unos golpecitos en el pecho, con los dedos.

Dios mío. Qué vergüenza. ¿Y las mejillas de Gage se están volviendo rosadas?

—Mírale, Marina. Tu Niño Bonito está superguapo esta noche. —Gina lo coge de la mano y lo conduce hacia mí.

—¿Niño Bonito? —Levanta una ceja y se detiene justo delante de mí. Sus labios carnosos se curvan en una sonrisa reservada y una oleada de recuerdos me inunda.

Recuerdos de cómo es sentir esos labios sobre los míos. De lo bueno que es con las manos. Del olor de su piel, de la forma en que su suave pelo se enrosca alrededor de mis dedos...

—He mejorado tu apodo. Me pareció que Niño Gato era un poco maleducado —explica Gina.

Su expresión se vuelve solemne, aunque los labios se le curvan.

—Te lo agradezco.

—Bueno, será mejor que os vayáis. Ya has hecho esperar bastante a Marina. —Nos empuja a los dos y nos saca a toda prisa de la cocina.

Cojo el bolso de donde lo dejé, debajo del mostrador, y me lo cuelgo del hombro mientras veo a Gina moverse por el café, comprobándolo todo antes de cerrar.

—Pasadlo bien esta noche, ¿vale?

—¿Necesitas ayuda? —pregunto, manteniendo la voz baja cuando la cojo por el codo antes de que pueda volver a escaparse de mí.

Me dedica una sonrisa.

—Yo me encargo, cariño. Ve a divertirte.

La suelto y pongo los ojos en blanco, luego me vuelvo hacia Gage. Me está observando; su mirada me recorre, lenta y abiertamente, y al instante la excitación me inunda la sangre y me calienta la piel. Mi tía pasa al olvido, la panadería, todo..., y solo estamos él y yo, de pie frente a la puerta, en el mismo sitio donde anoche me tenía atrapada contra el frío cristal mientras me besaba hasta dejarme sin sentido.

—Así que ¿soy tu Niño Bonito? —me pregunta; su voz es un murmullo ronco que me produce escalofríos.

—Si el zapato encaja —bromeo, complacida cuando me abre la puerta como debe hacer un caballero. Tiene modales. Eso es un punto a su favor.

—No tengo ningún problema con eso —me responde burlón, con un brillo en los ojos—. Anoche no te quejaste.

Le fulmino con la mirada e inclino la cabeza hacia mi tía, que afortunadamente sigue sin darse cuenta.

—Baja la voz —digo.

La expresión de su cara se vuelve seria.

—Lo siento. Se me había olvidado.

Comprendo. Creo que los dos nos olvidamos de nosotros mismos cuando estamos en presencia del otro. Sucede con facilidad, teniendo en cuenta la evidente química que crepita entre nosotros.

Va a ser una noche larga.

## Gage

Es tan jodidamente hermosa que no puedo resistirme. Esa larga melena rubia recogida en una coleta alta, mostrando la bonita e irresistible curva de su cuello. Ese cuello que lamí y mordisqueé anoche, haciéndola gemir de placer, sus manos sujetándome con fuerza...

Exhalo y la conduzco al exterior, donde mi coche está aparcado en la acera. Se detiene en seco cuando lo ve, y sus ojos, muy abiertos, se cruzan con los míos.

—¿Este es tu coche?

Asiento con la cabeza y pulso el mando para que se desbloqueen las puertas.

—Sí, este es mi pequeño. —Abro la puerta de mi nueva adquisición, un elegante Maserati Ghibli blanco perla, y, mientras la acomodo en el asiento, no puedo evitar que me guste lo bien que se la ve dentro de mi coche.

Me gusta su aspecto en todas partes, siempre que esté conmigo, si soy sincero.

«¿Qué cojones me pasa?».

Sí, he perdido la cabeza. Una noche con una mujer, y me he vuelto adicto. Creo que la deseo aún más porque se muestra tan condenadamente indiferente.

—¿Tu pequeño? —me pregunta con sequedad cuando me deslizo en el asiento del conductor y cojo el volante—. Es un Ghibli.

Vale, estoy jodidamente impresionado. A la mayoría de las mujeres le importan una mierda los coches. O son capaces de reconocer una marca, pero no el modelo.

—Así es. Me vuelven loco los coches. Me gusta coleccionarlos —admito, y arranco.

El motor ronronea con un rumor grave y sexi que parece vibrar por todo el interior.

Me pregunto si Marina me dejaría tirármela en el asiento trasero. Eso haría que esta cita fuera supermemorable.

—Me encantan los Maserati. Mi padre ha tenido unos cuantos. Antes coleccionaba coches —dice con voz melancólica—. No muchos, los últimos años, ya que la verdad es que no tiene tiempo. Ni dinero.

La culpa me invade ante la mención al dinero. Pero no puedo evitar que me afecte descubrir que tengo algo en común con Scott Knight.

—¿Cuántos coches tiene?

—Demasiados para que pueda contarlos. —Se ríe y niega con la cabeza, entonces el pelo roza el suave cuero italiano color crema—. Hizo construir un garaje para guardarlos todos. La mayoría son clásicos americanos de época mezclados con algunos vehículos italianos; en honor a la familia de mi madre.

—Bien. —Me incorporo al tráfico, cambio la marcha al reducir la velocidad y giro a la derecha—. Tengo un garaje lleno de los coches que he ido coleccionando a lo largo de los años. Empecé a coleccionarlos cuando tenía veintiún años.

—¿En serio? ¿Cuántos tienes?

Estoy un poco asombrado de que mantengamos una conversación normal como personas normales. Sin comentarios sarcásticos ni groseros. Y de que, de hecho, tengamos algo en común: es una de mis cosas favoritas de las que hablar, los coches rápidos y caros.

—Yo también tengo algunos guardados. Creo que... Sí, hasta ahora tengo cerca de cien coches en mi colección.

—Guau. Sé que mi padre tuvo más de cien en algún momento, pero me temo que ha vendido bastantes. —Se mordisquea el labio inferior, con cara de preocupación—. Le entristece desprenderse de ellos, pero no le quedó más remedio.

No puedo imaginarme tener que vender siquiera uno de mis coches porque los tiempos fueran difíciles. Lo haría en caso necesario, pero... me

costaría. Lo siento por su padre.

También me siento como un gilipollas. Quiero comprarle una propiedad a su padre a precio de ganga, para poder reformarla y obtener beneficios. Además, salgo con su hija con la esperanza de acercarme a él.

Aunque, en realidad, me gusta. Mucho. No estoy con ella solo para quedar con Scott Knight. Estoy con Marina porque quiero.

—Me encantaría ver alguna vez lo que queda de su colección. —Me gustaría.

No solo porque así tendría una cita con él, sino porque me interesa de verdad. ¿Y si tiene el coche de mis sueños en su garaje? No es que yo anhele un coche en particular, pero, oye, podría ocurrir.

—Sí. —Se revuelve en el asiento, con aspecto claramente incómodo—. Sabes que aún vivo en casa, ¿verdad?

Estoy sorprendido. No tenía ni idea.

—Ah, ¿sí? ¿Cuántos años tienes?

Me fulmina con la mirada. Oh-oh. Allá vamos, directo a «veamos-cómo-nos-descontrolamos-antes-de-empezar-a-llamarnos-por-el-nombre».

—Tengo veintitrés años. —Resopla, altiva como una princesa italiana—. ¿Cuántos años tienes tú?

—Veintiocho.

—¿Sí? —Al decirlo, parece sorprendida y, al mirarla, compruebo que también por su expresión lo parece—. Creía que eras mayor.

—¿Cuánto más mayor? —Mierda, ¿parezco viejo? Siento la tentación de mirarme en el espejo retrovisor, pero resisto el impulso.

—No lo sé. —Se encoge de hombros y mira por la ventanilla—. ¿Treinta y pocos?

—¿Te gustan los hombres mayores? —me burlo.

Se vuelve para mirarme de nuevo.

—Para nada. Suelo salir con hombres más de mi edad. —Su comentario es mordaz.

Ahora sí que me hace sentir como un viejo verde y lascivo.

—Ni siquiera tengo treinta años —murmuro, y niego con la cabeza.

Quizá deberíamos dejar de hablar. Nunca sé lo que le pasa por la cabeza a Marina. Nuestras bromas son bastante normales en este momento, pero podríamos entrar en modo discusión en un segundo. Y no quiero que nos peleemos antes de llegar al restaurante. Ivy se dará cuenta si hay tensión

entre nosotros y querrá saber qué pasa. Probablemente Archer también, aunque suele ser bastante ciego cuando se trata de cosas así.

Marina también se queda callada, con las manos entrelazadas en el regazo y la cabeza vuelta de lado, para poder mirar por la ventanilla y contemplar el paisaje. Así que permanezco en silencio, y de vez en cuando le echo una mirada furtiva al pelo. Me gustan sus múltiples tonos rubios y castaños mezclados. Ahora que la he visto desnuda, no me queda duda de que es rubia natural.

Pensar en ella desnuda envía mis pensamientos a otros derroteros, derroteros peligrosos, obscenos e innecesarios en los que no debería centrarme en este momento. Al imaginarnos juntos, me siento ansioso y vulnerable.

Hambriento. Más bien me muero de hambre. Por ella.

«Joder».

—¿Te puedo hacer una pregunta? —He de acabar con esta tensión y ponerme a hablar de otra cosa para no perder los papeles y echarme encima de ella.

Se vuelve para mirarme.

—Claro —dice con recelo.

—Eres rubia.

Una sonrisa se le dibuja en la comisura de los labios.

—Eso no es una pregunta.

—Creía que los italianos no solían ser rubios —continúo con desgana, y me siento como un imbécil. Intento entablar conversación y me siento como un idiota. Esta mujer me pone tan... nervioso. No puedo explicarlo.

—No soy cien por cien italiana, ¿sabes? Mi padre es lo que él llama un chucho —dice, con voz ligera.

Parece que le gusta hablar de su familia, y a mí también. Cualquier información que pueda conseguir sobre Scott Knight me servirá y la utilizaré más tarde.

Pero también me gusta saber más sobre ella. Siento curiosidad. Quiero saber. Cuando una mujer quiere contarme su vida, suelo evadirme. Muchas lo hacen: hablan sin parar de su pasado, de su familia, de sus amigos. Y, al cabo de un rato, lo que te cuentan empieza a sonar como un ruido monótono.

Eso no me pasa con esta mujer. Estas pinceladas de su vida personal las ofrece tan raramente que aprecio cada brizna que descubro. Lo cual es una

puta locura, la verdad. No debería estar tan colado por ella; quiero saber más, quiero saberlo todo de ella, y deseo besarla...

—Un chucho, ¿eh? —Ni siquiera sé qué decir a eso por miedo a acabar insultando a su padre sin querer y cabrearla.

Me ofrece una sonrisa reservada, que me hace vibrar el corazón —y la polla—. Esta mujer me enreda de tal manera que no sé si alguna vez podré liberarme de ella...

—Mi madre es siciliana. Hay muchos sicilianos rubios de ojos azules y verdes. Resulta que yo soy uno de ellos.

Y muy guapa. Es tan hermosa que solo mirarla duele.

No tenerla delante para mirarla también duele.

Lo que significa que, a la corta edad de veintiocho años, no me interesa ninguna otra mujer. Y ni siquiera me importa. Quiero deleitarme con la exclusividad.

Con el cerebro sobrecargado, conduzco en silencio el resto del trayecto hasta que llegamos al restaurante. Cojo las curvas a gran velocidad, disfrutando de la forma en que los neumáticos se pegan a la carretera y el chirrido de la goma sobre el asfalto me hace sonreír. Reduzco la marcha, el gemido del motor es como música para mis oídos, y, cuanto más rápido conduzco, más me meto en ese sonido.

—Estás loco —susurra mientras gano velocidad, hasta alcanzar más de ciento sesenta en una recta a pocos kilómetros del restaurante.

Bajo las ventanillas, dejo que el aire fresco de la noche me bañe la piel acalorada. Su pelo revolotea por todas partes, incluso estando sujeto en una coleta, y un largo mechón rubio me golpea en la cara, y tengo que apartarlo. La miro y veo que está agarrada al borde del asiento, con el cuerpo en tensión y una expresión de... ¿excitación?

¿En serio?

—Te gusta —digo, y mi tono es casi desafiante—. Estás literalmente sentada en el borde del asiento.

—Me gusta —admite en voz baja, y sus ojos desorbitados se encuentran con los míos. Exhala temblorosamente y me hace un gesto con la cabeza—. Ve más deprisa.

Piso el acelerador y gano velocidad. Me está observando; siento su mirada clavada en mí, y alargo la mano hacia ella, le aparto de la cara ese seductor pelo suyo alborotado por el viento. Antes de que retire la mano,

ella apoya la mejilla en mi palma, se gira y me da un beso húmedo y cálido en la palma con un rápido lametón.

Suelto una maldición.

Oh, joder. Se me pone dura al instante y aparto la mano de su mejilla, pero ella me rodea la muñeca con los dedos, me lleva la mano a la boca y se mete el dedo índice hasta el fondo, después recorre con sus labios húmedos y exuberantes mi dedo y luego lo suelta, sin apartar los ojos de los míos.

Al levantar el pie del acelerador, trago saliva. Va a acabar conmigo. Aparto mi mirada de la suya y fijo la atención en la carretera. Está oscuro, parece que estamos prácticamente solos, y siento la tentación. La enorme tentación de parar, besarla hasta que acabe jadeando mi nombre y follármela en el asiento trasero como había imaginado al principio.

La miro de reojo, le veo las mejillas sonrojadas, los labios entreabiertos. Reconozco esa mirada de anoche. Está excitada.

Por supuesto que sí. Yo también.

Reduzco la marcha y me detengo. Aparco el coche y me inclino sobre la consola central justo en el momento en que ella se acerca a mí. Nos atacamos, los labios buscándose, las manos vagando, aferrándonos, luchando por acercar nuestros cuerpos, pero nos cuesta porque el sitio es incómodo.

—Te deseo —susurra contra mi boca antes de chuparme el labio inferior apresándolo entre los suyos—. Por favor.

—¿En serio? —Estoy en estado de *shock*.

Ayer se comportó como si acostarse conmigo hubiera sido el mayor error de su vida. Pero aquí está, entre mis manos mientras acaricio con ellas sus pechos, con la respiración entrecortada al tiempo que apoya sus manos sobre las mías y me hace apretarle las tetas.

Joder, qué buena está.

—En serio. —Con la voz cargada de diversión, se aparta de mi contacto y se echa sobre la puerta del acompañante.

Lentamente, se lleva la mano al dobladillo del top, se lo sube y luego se lo quita, arrojándolo al asiento trasero. Su sujetador es negro, de satén liso, y se me hace la boca agua cuando se lleva la mano a la espalda, lo desabrocha y se lo arranca, de modo que cae al suelo desde las puntas de los dedos.

No puedo formar palabra. Se deshace de cada prenda de ropa hasta quedarse desnuda y se acerca a mí como poseída. Yo me siento como un

hombre hechizado, obsesionado por el tacto de su suave piel bajo mis palmas, por su sabor. Se sube encima de mí y presiona toda esa delicia caliente y húmeda contra mi polla cubierta por los vaqueros y empieza a frotarse contra mí como si intentara correrse.

Mierda. A lo mejor está intentando correrse sola.

Pero no. También quiere que participe. Sus ágiles dedos me desabrochan la bragueta, mete la mano en los calzoncillos y rodea con dedos seguros mi polla. Como estoy a punto de estallar, le aparto la mano de un manotazo y saco la cartera con el preservativo que hay dentro.

Antes metí más preservativos en la guantera. No soy idiota.

—Me vuelves loca —me susurra, y me lo arrebató de los dedos.

Abre el envoltorio, enrolla el condón en mi polla, se pone encima de mí y va hundiéndose lentamente hasta que estoy completamente dentro de ella.

Pasa un coche, y las brillantes luces blancas parpadean sobre ella, con lo que me ofrece una visión de sus senos oscilantes, de sus caderas, que suben y bajan despacio. La sujetó ahí y la estabilizo, la ralentizo, pues temo estropearlo si me corro demasiado deprisa.

Porque, joder, estoy a punto de explotar. Continúo completamente vestido, salvo por mis vaqueros desabrochados, y ella está deliciosamente desnuda. Esa piel suave y perfumada me envuelve, sus pechos en mi cara, sus pezones burlándose de mis labios. Me meto uno en la boca y empiezo a chuparlo, a lamerlo, provocándola hasta que echa la cabeza hacia atrás y empieza a cabalgarme sin descanso. Me aparto un poco de ella; quiero ver. Está preciosa, así, tan abandonada, tan perdida mientras corre hacia ese momento delicioso; quiero grabar este momento para siempre en mi cerebro.

—¡Qué bien! —exclama, e inclina la cabeza hacia abajo para apoyar la frente en la mía.

Levanto la barbilla, acerco su boca a la mía, y ella me devora. El beso es caliente, húmedo. Profundo. Le cojo el extremo de la coleta, tiro con fuerza y ella gime.

Maldita sea. Le gusta eso también. Si no nos odiáramos tanto, diría que está hecha para mí.

—Más fuerte, Gage —me anima, agarrándose los hombros con las manos—. Haz que me corra.

Ah, joder. No puedo resistirme. Aumento el ritmo, embistiendo con fuerza y la penetro una y otra vez hasta que grita mi nombre, su cuerpo se

estremece y le salen sollozos de los labios mientras se derrumba contra mí.

La estrecho entre los brazos, trazo círculos en su espalda con las yemas de los dedos y la hago estremecerse. Me sujeta por la nuca con la fuerza de un tornillo de banco y entierra la cara en mi cuello. Sus labios cálidos me besan dulcemente y la abrazo con más fuerza; nuestros corazones están acelerados en total sincronía.

—Aún no te has corrido —susurra contra mi garganta, y me lame con la lengua.

Me tiembla la polla, que es más que consciente de ello.

—Lo sé.

Levanta la cabeza y me rodea el cuello con los brazos, con expresión soñolienta y llena de satisfacción.

—Deja que te compense —murmura mientras empieza a apretarse lentamente contra mí.

Le rodeo la cintura con las manos y la guío, con la mirada fija en el punto donde nuestros cuerpos se encuentran. Se mueve sobre mí lenta y segura, con pequeños gemidos de placer que se le escapan, y no puedo apartar los ojos. Me fascina su forma de moverse, las palabras que dice, la forma en que me mira.

¿Qué estoy haciendo? ¿Qué me está haciendo? Me siento perdido..., gloriosa y deliciosamente perdido en mi necesidad de tenerla.

Solo a ella.

Estoy más cerca del precipicio, incapaz de contenerme, cuando ella mete la mano entre nosotros y me toca la polla, y luego se toca el clítoris. La visión de sus finos dedos tocando ahí abajo me lleva al límite, me hace jadear y mis caderas se mueven contra ella. Sonríe animándome, murmura mi nombre, y yo la sujeto de la coleta y atraigo su cara hacia la mía para ahogarme en su beso.

Joder. Estoy perdido. Todo por culpa de esta mujer.

## Marina

Entro en el edificio con la cabeza bien alta, fingiendo que lo tengo todo bajo control, aunque por dentro soy una masa confusa de nervios de punta y llena de inseguridades que crecen rápidamente. Me aparto el pelo de la cara y miro a Gage cuando se detiene a mi lado, alto y dominante, y recibe muchas miradas de admiración de mujeres que están esperando sentadas en el vestíbulo.

Me descubre mirándole y me dedica una sonrisa deslumbrante, lo que hace que el corazón se me acelere. Recuerdo el aspecto que tenía hace solo unos minutos, perdido y fascinado conmigo mientras me elevaba sobre él, desnuda y ávida y enloquecida de deseo. Cabalgando su enorme polla directamente hasta el olvido.

No sé qué me ha dado. Verle conducir ese coche potente y escandalosamente caro, su gran mano cambiando las marchas, sus muslos flexionándose al pisar los pedales, me ha producido un vértigo sexual. Así, sin más, lo deseaba. Sentía que si no lo tenía en ese mismo momento me moría. Nunca había reaccionado así ante un hombre.

Jamás.

—¿Estoy bien? —susurro, y me inclino hacia él mientras me engancha otro mechón por detrás de la oreja.

Me he retocado los labios con pintalabios cuando estaba en el coche y me he puesto la ropa lo mejor que había podido. Él apenas ha hecho nada; solo se ha vuelto a abrochar los vaqueros, se ha recolocado el jersey y listo para salir.

Hombres. A veces son asquerosamente fáciles.

—¿La verdad? —Sonríe y me dan ganas de darle una bofetada por ser tan exageradamente guapo.

Me siento como un adefesio mientras que él está increíble. Tiene el pelo un poco revuelto —por culpa de mis dedos ansiosos, debo añadir—, pero le queda bien.

Todo le sienta bien.

—Por supuesto, dime la verdad —murmuro, irritada.

Genial, debo de estar hecha un desastre para que sienta la necesidad de decirme la «verdad». Me pregunto si tendré tiempo de ir corriendo al baño a recomponerme antes de sentarnos con Archer y su prometida.

Espero de verdad que me caiga bien ella. Estoy más nerviosa por conocerla que por hablar con Archer. Las mujeres ejercen una influencia muy fuerte sobre su pareja y sus decisiones. Sé que Archer es un respetado hombre de negocios, pero, por lo que tengo entendido, está tan colado por esta nueva mujer con la que tiene una relación estable que estoy segura de que escucha su opinión.

¿Y si ella me odia? Podría decirle a Archer cómo se siente y, bum, se acabó mi oportunidad.

Gage me coge del codo y me acerca más hacia sí, con su boca junto a mi oreja y su aliento cálido acariciándome la piel, lo que me hace estremecer, entonces susurrar:

—Pareces... recién follada. Y estás preciosa.

Me aparto para encontrarme con su mirada, completamente muda.

Sonríe.

—Te sienta muy bien. Te sugiero que lo hagas lo más a menudo posible.

Sonrío y, siguiendo mi instinto primero, le doy un golpe en el brazo. Sonríe, se inclina una vez más y me besa en la mejilla. Sus labios se demoran, cálidos y suaves y tan reconfortantes que me derribo.

—Puedo hacer que tengas ese aspecto toda la noche si quieres.

—Basta. —Le alejo de mí de un empujón, y noto las miradas extrañas que estamos recibiendo de las personas que esperan mesa. Estupendo.

No quiero que llamemos la atención. ¿Y si alguien nos reconoce y mi padre se entera de que he salido con Gage? Por lo que me ha contado, ha intentado ponerse en contacto con mi padre numerosas veces desde el día que nos conocimos. Y sé que también ha intentado hablar con él antes de nuestro encuentro.

Básicamente me estoy relacionando con el enemigo. Mi padre se pondría furioso, aunque no he hablado con él de Gage. Estoy demasiado asustada. Ya es bastante malo que le dijera a mi madre su nombre. No me di cuenta en ese momento, ya que estaba demasiado ocupada buscando algo que ponerme y no pensaba con claridad. Después de la noche que pasamos juntos, se me fue un poco la cabeza, ¿y ahora? ¿Después del incidente en el coche?

Estoy tocada. Hundida.

—Como sé lo mucho que te ha gustado conseguir ese aspecto, quería hacerte una oferta —me dice Gage por encima del hombro mientras se aleja de mí, se acerca al mostrador y le pregunta a la camarera si ya han llegado los demás.

Me hace un gesto con la cabeza para que le siga, y yo, como una buena novia, le dejo que me coja de la mano y me encanta cómo entrelaza mis dedos con los suyos mientras me guía a través del restaurante.

No puedo creer que me haya metido en este papel tan fácilmente. No debería querer. No debería permitirlo. No soy su novia, y él no es mi novio. Ni siquiera tenemos una relación de verdad.

Estamos en uno de los restaurantes más caros y alabados del valle de Napa. Gage y Archer tienen un gusto exquisito, hay que reconocerlo. El lugar está lleno de gente guapa, todos vestidos a la perfección. No veo más que un mar de trajes y vestidos finamente cortados. Todos parecen recién salidos del trabajo.

Yo tengo aspecto de estar lista para salir de marcha e ir de clubs. O, lo que es peor, tengo cara de recién follada, según Gage. ¿Se dará cuenta la gente de que acabamos de tener sexo salvaje y loco en su coche?

Dios, espero que no.

Me tiemblan los dedos y siento que me aprieta la mano. Se detiene y se vuelve a mirarme, con el rostro lleno de preocupación.

—¿Estás bien?

No debería dejar que me conmueva que sea tan dulce. Pero me afecta. Me derrito ante la preocupación que veo reflejada en sus ojos.

—Un poco nerviosa —admito.

—Archer no muerde. Te irá bien. —Me besa en los labios, aquí mismo, en medio del maldito restaurante, y quiero tanto desaparecer como gritar de alegría porque este hombre..., este hombre atractivo que está aquí mismo, es mío.

Pero no lo es. En realidad, no. Estamos... Humm. No sé lo que estamos haciendo. Quiere la propiedad de mi familia. Probablemente caería a mis pies agradecido si le presentara a mi padre, cosa que no deseo hacer. Ayudarle a acercarse tanto a lo que quiere sería una idiotez por mi parte. Sería el fin de la panadería.

Además, quiero una oportunidad para hacer crecer mi negocio. En lugar de alejarlo, estoy siendo egoísta al pasar tiempo con él. Además, estamos

ganando algo el uno del otro mientras tenemos sexo salvaje y apasionado, una ventaja totalmente inesperada en este trato que hemos hecho.

Es tan extraño, tan distinto a todo lo que he hecho antes. No hay palabras para lo que estoy experimentando con Gage.

Necesito ir paso a paso; vivirlo día a día.

—¿Y la prometida de Archer? —Ignoro la mirada penetrante que nos lanza la camarera cuando descubre que ya no la seguimos.

¿Cómo es tan grande este absurdo restaurante?

—Ah, sí. Humm. Es estupenda. —Sonríe y se inquieta, y me suelta la mano para pasarse la suya por su despeinado pelo oscuro—. Tengo que confesarte una cosa.

El miedo me invade el estómago.

—¿Qué pasa?

—¿Señor? ¿Señorita? Su mesa está por aquí —indica la camarera, con voz hostil por no obedecer su orden.

No le hacemos caso.

—Dime —le pido a Gage ya que aún no ha contestado.

Se encoge de hombros, alarga la mano y me pasa el dedo índice por la mejilla.

—Es mi hermana.

Frunzo el ceño.

—¿Quién? ¿Te refieres a la prometida de Archer?

—Sí. —Hace un gesto de dolor—. Mi mejor amigo va a casarse con mi hermana pequeña.

—Oh. —Me ofende un poco de que no me lo dijera al principio.

¿Por qué mantenerlo en secreto? No lo entiendo.

A veces, la verdad es que no entiendo a Gage.

—¡Señor Emerson! —La camarera prácticamente nos grita—. ¡Por favor, sígame!

La seguimos a toda prisa. Estoy en alerta tras la confesión de mi acompañante. La camarera nos lleva a la parte trasera del restaurante, donde están los salones privados, y exhalo un suspiro lento y purificador, intentando calmar mis nervios y mi agitación.

Pensaba que tener sexo con Gage en su coche me quitaría la ansiedad, pero no, no podía estar más equivocada. Me siento más nerviosa y más excitada que nunca. Él no ayuda con lo amable que es. Una podría pensar

que me gustaría cómo se comporta y que querría que siguiera siendo amable, después de todas las peleas y discusiones que hemos tenido.

Pero lo que necesito es distancia. Necesito centrarme y pensar qué quiero decirle exactamente a Archer. Ahora que sé que está con la hermana de Gage, que Archer es el mejor amigo de Gage, eso da un nuevo giro a su relación. Da un nuevo giro a toda la situación que está a punto de tener lugar cuando nos sentemos con ellos. Sabía que Archer y él eran buenos amigos, pero supongo que no me había dado cuenta de que era su mejor amigo. Son prácticamente familia.

—Por aquí. —La camarera se detiene ante una puerta abierta que conduce a un pequeño comedor cuyo interior está decorado con fríos tonos verdes y azules.

Gage me deja entrar primero y los veo sentados a la mesa. Sonrío nerviosa a Archer y a su prometida, la dichosa hermana de Gage.

Que Dios me ayude; espero no hacer el ridículo delante de ella. Quiero caerle bien.

«No importa si le caes bien o no. No buscas una relación con Gage. Estás teniendo sexo sucio e increíble con él. Nada más».

Ojalá pudiera creer eso.

Además, tengo que centrarme en lo que realmente quiero de esta cena: la oportunidad de dar a conocer la panadería y los postres de mi tía en su hotel. Eso es lo que importa esta noche.

Gage apoya su mano en la parte baja de mi espalda. Su simple contacto hace que mi corazón empiece a martillar. Observo impotente cómo Archer se levanta y se acerca a nosotros, con una cálida sonrisa en su atractivo rostro cuando se detiene frente a mí. Lleva traje, como todo el mundo en este restaurante excepto Gage y yo, y resulta intimidante a pesar de su expresión amistosa.

—Marina, me alegro de verte. —Se inclina y me da el beso de rigor en la mejilla—. Estás radiante esta noche.

Oh, Dios. Me quiero morir. Está tan cerca de la verdad que es vergonzoso. ¿Sabe que Gage me ha hecho suya? ¿Puede saberlo? ¿Llevo un letrero luminoso en la frente que grita «recién follada»?

La risita por lo bajo de Gage tampoco ayuda. Si no se anda cuidado, acabará con un codazo en las costillas.

—Gracias —digo con voz temblorosa, y me aclaro la garganta—. Me alegro de que hayas podido quedar a cenar esta noche con nosotros, Archer.

Sé que Gage te ha avisado en el último momento.

—Cualquier cosa por Gage. —Le dedica una rápida sonrisa de suficiencia—. A lo mejor pienso que es un gilipollas de marca mayor, pero, teniendo en cuenta que va a ser mi cuñado en menos de un año, supongo que tengo que empezar a considerarlo parte de mi familia.

—Venga, deja de ser tan maleducado. —Su prometida también se acerca hasta nosotros, con expresión franca. Amistosa. Curiosa—. Soy Ivy. La hermana de Gage. Tú debes de ser Marina. —Me extiende la mano.

—Un placer conocerte —le ofrezco débilmente, abrumada cuando me coge la mano y me la estrecha.

No quiero meter la pata, y lo haré si no tengo cuidado. Apenas puedo mantener la compostura delante de estas dos personas.

Necesito relajarme.

Ivy lleva un vestido rojo envolvente, elegante y sencillo, y yo vuelvo a sentirme como una idiota en vaqueros. Culpo a mi trabajo en la panadería por mi falta de ropa elegante. La tengo, pero ya no me molesto mucho en ponérmela. Siempre voy en vaqueros.

Aunque a Gage no parece importarle que los lleve...

Nos sentamos todos a la mesa; Archer e Ivy vuelven a los sitios que ocupaban, y Gage y yo nos sentamos frente a ellos. La mesa es pequeña, el ambiente íntimo, y mantengo la mirada fija en lo que tengo delante, intentando calmar mi acelerado corazón.

Gage posa su mano en mi espalda y sube para hacerme cosquillas en la sensible piel de la nuca. Desvío los ojos hacia él, dirigiéndole una mirada que espero que sepa interpretar: una que dice «deja de tocarme».

Parece que no lo pilla. Cabrón despistado. En cambio, me sonrío, como si disfrutara de mi ligera incomodidad, y yo le hago una mueca, con la respiración entrecortada en la garganta cuando se ríe de mí.

—¿Por qué estás tan alterada? —me pregunta después de que el camarero salga de la sala con nuestros pedidos de bebidas—. Pareces disgustada.

—No estoy disgustada. —Miro hacia Archer e Ivy, que discuten sobre qué pedir para cenar. Dios, qué monos son—. Me siento lamentablemente mal vestida en comparación con los demás en este absurdo restaurante.

Su sonrisa se vuelve sibilina, se inclina hacia mí y baja la voz:

—Cariño, cuando estábamos en mi coche hace unos minutos..., eso sí que era ir lamentablemente mal vestida. —Sus palabras hacen que me ardan las mejillas, y él se ríe, negando con la cabeza—. En un momento eres la

cosa más desnuda y sexi que he visto nunca, y ahora te ruborizas como una tierna colegiala.

—No existe eso de la cosa «más desnuda», Gage —digo irritada, y me gano una sonrisa más grande por mi esfuerzo—. O estás desnuda o no lo estás.

—Bueno. Estabas muy desnuda. —Me besa en la mejilla. Otra vez. Es como si no pudiera dejar de tocarme; no es que yo proteste por ello—. ¿Y ahora mismo? Estás increíble.

Siento que mis mejillas se enrojecen aún más, lo cual es muy tonto por mi parte. Tres simples palabras y mi corazón empieza a martillar. Me toca el codo, la espalda, me acomoda el pelo detrás de la oreja, y quiero que me toque más. Creo que él también se da cuenta. Su sonrisa cómplice —que debería molestarme un montón— me produce un escalofrío.

—¿No crees que debería llevar un vestido? —¿Por qué actúo como una novia sonriente y cohibida? Tengo que dejar de hacerlo.

Me recorre con la mirada, absorbiéndome por completo, y mi piel se calienta como si me hubiera tocado físicamente.

—Creo que estás perfecta —dice cuando por fin sus ojos se encuentran con los míos, sus ojos oscuros y serios y tan intensos que apenas puedo apartar la mirada.

Oh, Dios mío. ¿Qué está pasando entre nosotros? No..., no sé qué me sucede cuando estoy con él. Actúa como si de verdad estuviera interesado en mí, y yo... no creo que eso sea posible. Sexualmente, somos compatibles. Pero dos personas pueden tener relaciones sexuales y que la cosa no vaya más allá, ¿no? No es que yo haya pasado por nada de eso, pero sé que la gente lo hace todo el tiempo.

¿Por qué me mira así y me dice cosas tan deliciosamente maravillosas? ¿Qué demonios estamos haciendo? Se supone que lo que hay entre nosotros es temporal.

Sin embargo, todo parece demasiado real. Pero no debería. En absoluto.

Alguien se aclara la garganta, y aparto la mirada de Gage para encontrarme con que Archer está observándonos con expresión divertida. Ivy también nos estudia con el ceño fruncido por la confusión.

No me extraña. Yo también estoy confusa.

—Así que, Marina, he oído que has estado saliendo con Gage —dice Archer, y levanta una ceja.

Me revolvería en mi asiento. ¿Tan evidente es lo de Gage y yo? Claro que lo es. Estamos pendientes el uno del otro como si estuviéramos juntos. No puede quitarme las manos de encima. Acabamos de echar un polvo en su coche, en el arcén de la carretera, por el amor de Dios. Las feromonas o lo que sea que fluye entre nosotros probablemente se salgan de lo normal.

Y, si es su mejor amigo, como ha dicho Gage, seguro que Archer lo sabe todo acerca del pasado romántico de Gage. ¿Quizá yo no soy el tipo de mujer con la que suele estar Gage y también está confundido por eso?

—¿Conocías a Ivy? —me pregunta Archer antes de estudiar a su prometida con un amor descarado en los ojos.

Ya sabe la respuesta a esta pregunta. ¿Está intentando Archer que esta velada se vuelva más incómoda? ¿Qué debería responder yo?

«Hola, Ivy. Sé que no nos han presentado antes y todo eso, pero conozco a tu hermano desde hace unos días y estamos teniendo el sexo más salvaje de mi vida. Encantada de conocerte».

—Es la primera vez que nos vemos. Hace poco que conozco a Gage, así que... —Le sonrío y ella me devuelve una cálida sonrisa—. No tenía ni idea de que Gage tuviera una hermana, así que es un placer conocerte.

—No tenía ni idea de que Gage estuviera saliendo con alguien, así que el sentimiento es mutuo. —Su sonrisa se desvanece mientras su mirada se vuelve evaluadora—. No creo haber oído a mi hermano hablar de ti antes. ¿Cómo os conocisteis?

—Humm... —Se me corta la voz y me siento tonta.

Le busqué aquella noche. «Quería conocer al hombre que intenta comprar la propiedad de mi familia». Pero no puedo decirle eso a Ivy. Parecería una zorra fría e insensible.

—Tengo mucha curiosidad. Gage nunca me deja conocer a ninguna de las mujeres con las que sale. —Ivy es tan decidida como su hermano. Da miedo.

¿Y ha habido muchas mujeres? Tiene que haberlas habido. Es agradable, sexi, rico e influyente. ¿A qué mujer no le parecería un buen partido?

«¿A ti, tal vez?».

—Fue en aquella cata de vinos y cervezas a la que fui en lugar de Archer —responde Gage por mí.

—Eso fue hace solo unas noches —dice Ivy, frunciendo el ceño.

Gage se encoge de hombros.

—Ya. Eso es lo que he dicho. Nos conocimos y la invité a salir. Y aquí estamos. —Le lanza una mirada mordaz a Archer, que se limita a devolverle la sonrisa, y yo no sé qué pensar.

Hay una corriente subterránea que fluye entre los tres, mensajes tácitos, y yo soy la que está de más. Sabía que esto ocurriría. No tengo ni idea de lo que está pasando, pero no me gusta. Ojalá pudiéramos volver al coche, donde solo existimos los dos. Envueltos en nuestra pequeña burbuja, acariciándonos, besándonos...

Perdiéndonos el uno en el otro.

# 10

## Gage

—No sé si quiero ir a tu panadería —dice Ivy riéndose, y ello hace que la fulmine con la mirada.

Con un gesto de la mano, me rechaza con toda tranquilidad, cosa que lleva haciendo desde que éramos niños.

Pero, maldita sea, no quiero que ofenda a Marina, que ya está bastante sensible con los asuntos de su familia.

Parece que se ríen, que lo pasan bien juntas. Archer se echa hacia atrás en la silla, con una expresión arrogante en la cara. Como si lo tuviera todo planeado y supiera que ya estoy perdido en lo que se refiere a esta mujer.

Sin embargo, no voy a admitir que tiene razón.

—¡Créeme, a veces siento lo mismo! Dios, las cosas que puede crear mi tía. Sus magdalenas para el desayuno están para morirse. Si no me contuviera, acabaría engordando hasta reventar. —Marina se ríe.

El sonido de su risa me enciende por dentro, y me arriesgo a mirarla.

Es preciosa. Sus ojos brillan y sonrío con franqueza. Mi hermana parece feliz. Esto era exactamente lo que quería evitar: han congeniado y se comportan como si fueran amigas de toda la vida.

Menuda noche. De hecho, nos estamos llevando bien y hemos entablado una conversación en la que no había peligro de que acabáramos insultándonos o en la que yo pudiera decir una tontería suprema.

He tenido un pequeño desliz. Bueno, unos cuantos, si contamos la metedura de pata más reciente: cuando le he confesado que Ivy es mi hermana. Creo que eso ha dejado a Marina un poco alucinada.

Ahora nos estamos llevando bien. Todo va de maravilla. Aún no me puedo creer la forma en que se me ha echado encima en el coche. Ha sido la experiencia más sensual de mi vida. Nunca había hecho nada tan salvaje, nunca había hecho que una mujer se abalanzara sobre mí después de excitarse al verme conducir mi maldito coche.

Apenas la conozco y, sin embargo, siento que esta mujer que está aquí sentada a mi lado está hecha para mí.

Marina se ha tomado un par de copas de vino y el alcohol la ha relajado. Puede que el sexo de antes también haya influido, no lo sé. Está bastante tranquila, y eso me gusta.

Me gusta ella.

El olor de su pelo me vuelve loco. Me llega cada vez que gira la cabeza, balanceando la coleta. Me encanta el sonido de su risa. No la he oído muy a menudo, pero pienso cambiar eso. También me encanta su sonrisa. Es muy expresiva. Todo ese misterio de rubia fría de la primera noche que la conocí parece haberse evaporado. En su lugar hay una mujer abierta y sonriente. Llena de risas y conversación fácil, muy sensual con ese fino top negro brillante muy bajo por delante, ofreciéndome una generosa vista de su escote.

En esos pechos he puesto mis manos no hace ni una hora. He tenido sus pezones en la boca. Aún puedo oír sus gemidos desgarrados cuando los chupaba profundamente. Recuerdo su cuerpo desnudo, con el que me rodeaba mientras me cabalgaba con fuerza.

Sí. Joder. Esta mujer... me está volviendo loco.

Ivy se ha mostrado recelosa al principio. Normalmente no llevo mujeres cuando quedo con ella, y se ha quedado desconcertada cuando se ha enterado de que acabábamos de conocernos. Sabe que hace mucho tiempo que no voy en serio con una mujer. Si es que alguna vez lo he hecho.

—Sin duda, deberíamos hacerlo —dice Marina asintiendo con la cabeza con entusiasmo.

Sus palabras me devuelven al aquí y ahora.

—¿Hacer qué? —le pregunto, y dejo de mirar a mi hermana para pasar a mirar a Marina.

Esta se vuelve para observarme, con esos ojos azules brillantes clavados en mi cara, y hace que me arda la sangre. Por ella.

—Oh, tu hermana me ha sugerido que vayamos pronto de compras juntas. Le estaba contando que hace siglos que no salgo de compras, y se ha ofrecido a acompañarme a San Francisco a pasar el día. Suena divertido, ¿no crees?

La realidad asoma su fea cabeza en mi mente y frunzo el ceño. Las dos se están acercando demasiado cuando esto... que hay entre Marina y yo no va a ninguna parte. Porque eso es lo que siempre pasa. Sí, me gusta esta mujer más que ninguna otra con la que he estado, pero me conozco. Esto no durará. Nunca dura.

—No estás siempre de compras, ¿eh? Creía que eso es lo que hacen todas las mujeres —comento.

—Dios mío —murmura Ivy mientras Archer gime a pleno pulmón.

Marina me mira fijamente, con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos.

—No me puedo creer que acabes de decir eso. ¿En serio? —pregunta.

Ya estoy otra vez, diciendo lo peor que se puede decir y ofendiendo a Marina. Creía que lo tenía bajo control porque esta noche nos hemos llevado muy bien, pero supongo que no. Juro que es como si mi cerebro se apagara cuando estoy cerca de ella, y suelto las mayores estupideces sin pensar en absoluto.

—Era una broma —le digo sin demasiada convicción.

—Sí, seguro —murmura, con los ojos encendidos de ira mientras me mira como si sus ojos me lanzaran dagas.

Si las miradas mataran...

Joder, no sé si está realmente enfadada o no.

Archer se levanta.

—Eh, Gage, ven conmigo un momento. Quiero enseñarte una cosa.

—¿Qué quieres enseñarme? —Ahora estoy confuso. Quizá soy yo quien ha bebido demasiado vino. O quizá solo estoy embriagado de Marina...

—Vamos fuera —dice con una gran sonrisa en la cara, pero parece muy falsa.

Le sigo fuera sin decir palabra. La parte delantera del restaurante continúa abarrotada de gente que está esperando mesa. Acabamos rodeando el lateral del edificio, el aire fresco de la noche me baña cuando una brisa sopla sobre nosotros, para alivio de mi cuerpo y mi cerebro acalorados.

—¿Qué demonios está pasando ahí dentro? —pregunta Archer.

Encogiéndome de hombros, miro a mi alrededor, para asegurarme de que nadie nos presta atención.

—¿A qué te refieres?

—Estoy perdido. Pareces cautivado por Marina, y yo creía que ella no te interesaba. Marina e Ivy parecen caerse bien. Lo cual es estupendo, me alegra ver que las dos se llevan tan bien y tan rápido, pero pensé... Pensé que esta cena se había organizado para que Marina me contase una propuesta que tiene —dice Archer, y se pasa una mano por el pelo.

—Creo que está nerviosa. Por eso aún no te ha dicho nada —supongo.

Maldita sea, yo le dije a Marina que no comentara nada, y aquí está Archer preguntando por qué no lo hace. Me estoy inventando excusas, y no vamos a llamarle la atención en la mesa. Sería de muy mala educación.

«¿Desde cuándo te importa si eres grosero con Marina o no?».

Me irrita que ella ni siquiera me haya dicho de qué quiere hablar con Archer. No sé más que él. ¿Acaso Marina no confía lo suficiente en mí?

«Claro que no, gilipollas. ¿Es que ya no te acuerdas? Ni siquiera te conoce».

—Bueno. Hasta ahora casi ni me ha dirigido la palabra, pero no pasa nada. Quizá no quiera hablar del tema delante de tu hermana, lo cual entiendo perfectamente. —Archer hace una pausa, estudiándome—. Y luego estás tú.

—¿Yo qué? —Me pongo a la defensiva de inmediato.

—Si esto es, y cito textualmente, «una proposición de negocios», y solo la estás utilizando, cito de nuevo, «para conseguir lo que quieres», entonces estás haciendo un trabajo condenadamente bueno interpretando el papel de cita atenta y con los ojos saltones.

—¿«Ojos saltones»? Bonita descripción —murmuro entre dientes.

Se nos nota. No pensé que importara delante de Archer e Ivy, pero ¿en qué demonios estaba pensando? No ayudaba el hecho de que acabáramos de acostarnos justo antes de entrar en el restaurante. Yo aún tenía un resplandor poscoital, joder.

—¡Es verdad! Cada vez que la miras, pareces un cachorro enamorado. Creo que te gusta —dice Archer.

—No —respondo demasiado rápido.

Me recorre una oleada de preocupación. ¿Me gusta? No debería gustarme.

«Te gusta, imbécil».

—Me siento atraído por ella —digo finalmente—. ¿Cómo no iba a estarlo? Es preciosa.

Archer niega con la cabeza.

—Entonces, será mejor que seas sincero con ella acerca del negocio inmobiliario que quieres hacer con su padre.

—Ni hablar. Me odiaría por ello.

Me llamó buitre carroñero o algo así la primera vez que nos vimos, cuando descubrió quién soy. Si se entera de que quiero comprar la

propiedad que los Molina tienen en la calle principal de St. Helena — incluida la misma panadería que ella regenta—, me odiará de por vida.

Mierda. Probablemente ya lo sospeche. Tiene que sospecharlo. Marina no es tonta. Es lista y guapa y...

—Te odiará más si le ocultas la verdad.

Asimilo las palabras de Archer, en silencio. ¿Desde cuándo se le da tan bien dar consejos? Eso siempre ha sido cosa mía. Ahora soy yo quien actúa como un idiota, y él es el estable, seguro y lleno de lógica.

—Siempre podrías volver a alquilarle la propiedad —sugiere cuando no digo nada—. Hazle un trato y déjala dirigir la panadería que parece que significa tanto para ella.

—¿Cómo sabes lo que significa para ella? —pregunto incrédulo.

—¿No estabas escuchando lo que decía? Hablaba de llevar la panadería, de su tía y de los increíbles pasteles que hace. Los he probado, y también Ivy, que estaba totalmente absorta en la conversación, y le ofrecía a Marina todo tipo de estrategias de *marketing* para probar. —Archer niega con la cabeza—. ¿Estabas distraído o qué?

Miro a Marina y solo puedo pensar en la próxima vez que pueda desnudarla. Supongo que... la estaba dejando sola como un imbécil ensimismado.

—Cuando entremos, le preguntaré de qué quería hablar conmigo. Ya no estoy de humor para tonterías. Tengo demasiada curiosidad —añade finalmente Archer, y empieza a caminar de vuelta a la parte delantera del edificio.

Camino con él, los dos, codo con codo, hacia la entrada del restaurante

—Vamos —le digo—. Deja que lo haga ella. Creo que solo necesita armarse de valor.

—Se lo está pasando bien con Ivy, y probablemente haya bebido un poco de más. Creo que es hora de que Marina se decida y me diga qué quiere.

Archer abre la puerta de un tirón y yo lo sigo, extrañado por su cambio de humor.

La paciencia nunca ha sido su fuerte. Yo, en cambio, no tengo ningún problema en estar al acecho, calculando cada uno de mis movimientos. Tanto en los negocios como en los asuntos personales, Archer se inquieta demasiado.

—Dale tiempo, joder —murmuro, y me gano una dura mirada de él.

—¿Por qué eres tan protector con ella? Solo la conoces desde hace unos días. ¿Qué pasa?

Me preocupo por ella. Es lo más estúpido del mundo, pero me importa. Me gusta. Mucho. Cuanto más pienso en la sugerencia de arrendamiento de Archer, más creo que podría ser la solución al problema que se cierne sobre nosotros.

—Yo... —empiezo a decir.

—Te gusta —vuelve a decir Archer, y no parece sorprendido—. Mucho. Lo entiendo, tío. A veces, cuando ocurre, tarda un tiempo, como nos pasó a Ivy y a mí. Otras veces, sucede tan rápido que solo lo sabes.

—¿Solo sé qué?

—Sabes que estás enamorado de ella.

Me río.

—No estoy enamorado de ella —digo con rotundidad—. La conozco solo desde hace una semana.

—Entonces sientes algo por ella. —Archer hace una mueca—. Dios, escúchame. Me he convertido en Oprah.

—La culpa la tiene Ivy —digo con una sonrisa, aunque en el fondo se me forma un nudo en el estómago y la cabeza me da vueltas.

Me gusta. Me gusta Marina. Mucho. No estoy enamorado de ella. No...

... ¿aún?

Destierro ese pensamiento.

—Sé sincero con ella. —Archer me clava el dedo en el pecho, lo que me hace estremecer—. Si quieres un consejo, dile la verdad. Sé sincero. Cuéntale lo del negocio inmobiliario. Dile que quieres que te ayude a hablar con su padre.

—Más o menos ya lo he hecho —digo, y me froto el pecho en el punto donde me ha pinchado. Joder, me ha dolido.

Pero tiene razón. No tengo por qué quitarle la panadería. De hecho, no quiero hacerlo. Si significa tanto para ella, seguro que podríamos llegar a un acuerdo. Podría alquilarles el local a ella y a su tía, y podrían mantener abierta Cosecha de Otoño. Mantener el negocio en la familia.

Es una idea estupenda.

—Estupendo. Vas por buen camino. —Archer exhala sonoramente—. Es que... me gusta veros juntos. No te burles de mí, pero pareces muy feliz con ella. Siempre estás tan metido en tu trabajo. Es agradable verte relajado y divertirse.

Me paso la mano por la nuca, meditando sus palabras.

—No lo dirás por la absurda apuesta que hicimos, ¿verdad?

Pone los ojos en blanco.

—Ya he perdido y lo sabes. ¿Por qué iba a querer sabotearte? No me interesa. Eso es algo entre tú y Matt.

—Hace siglos que no le veo.

Matt está ocupado arreglando su nueva bodega para su gran inauguración.

—Ivy pasa mucho tiempo con él últimamente, desde que trabaja en los interiores. Pregúntale cómo le va. —Archer sonrío.

Volvemos al comedor privado.

—¿A qué viene esa sonrisa? —le pregunto.

Archer se encoge de hombros.

—Ivy cree que la asistente de Matt está coladita por él. Él la ignora. Creo que eso hace que ella lo desee más.

—¿Qué tía iba a estar colada por Matt DeLuca? —pregunto indignado.

Solo la mayoría de la población femenina de California, por no hablar de todos los Estados Unidos. En su día, fue el pítcher estrella de los Giants de San Francisco. Hasta que no le quedó más remedio que retirarse anticipadamente por una grave lesión de rodilla. Gracias a Dios, por las inversiones acertadas y los patrocinios, el tío está bañándose en oro, de lo condenadamente rico que es.

Aunque, hay otra razón por la que no busco una relación seria. No quiero que Matt gane esta estúpida apuesta. Pero ¿es esa razón suficiente para no querer ir más en serio con Marina? ¿Para poder ganarle a Matt una apuesta millonaria?

Mierda. ¿Realmente estoy considerando si Marina vale más de un millón de dólares?

«Eres...».

Archer ha perdido ya la apuesta. Yo estoy a punto también sin darme cuenta. Así que ¿eso convierte a Matt en el ganador?

A menos que él también se enamore en las próximas semanas o, a más tardar, meses. Lo que sea. Entonces, tendríamos que considerarlo un empate.

—Deberías pedirle a Ivy que haga de casamentera —sugiero como quien no quiere la cosa; sé que Archer se dará cuenta de a qué me refiero.

—Buena idea. —Archer asiente con la cabeza mientras nos detenemos ante la puerta abierta del comedor—. Hablaré con Ivy. Ella puede hacer algo de magia y conectarlos.

—Y entonces me libraré —termino, haciendo sonreír a Archer.

Entramos en el comedor privado riendo entre dientes. Ivy y Marina se callan mientras volvemos a sentarnos.

—¿Estáis bien? —pregunta Ivy de forma mordaz.

Deslizo el brazo por el respaldo de la silla de Marina y le acaricio el hombro con la punta de los dedos.

—Estamos muy bien. ¿Cómo estáis vosotras?

Marina se vuelve para mirarme, con expresión confusa.

—Creía que estabais discutiendo o algo así.

—Solo intentaba aclarar las cosas —dice Archer. Lo miro con dureza. Ojalá se callara de una puta vez—. Así que, Marina, ¿por qué no hablamos de eso que querías comentar conmigo?

Se mueve en la silla, baja la mirada un momento y respira hondo, como si quisiera armarse de valor, luego levanta la cabeza y cruza su mirada con la de Archer.

—¿Quieres hablar de ello ahora?

—Ahora es tan buen momento como cualquier otro —dice, y se encoge de hombros.

—De acuerdo. —Ella apoya las manos en la mesa y, con nerviosismo, empieza a tamborilear con los dedos en el mantel azul pálido—. Como te decía antes, mi tía Gina hace unos pasteles increíbles.

—Son increíbles —coincide Archer—. Puedo dar fe de ello personalmente.

Ella sonríe.

—Gracias. Se lo trasladaré. Quería saber si te interesaría tener sus pasteles en los restaurantes de tus hoteles.

Archer la estudia; no dice una palabra. Está pensando; prácticamente puedo ver las ruedas girando en su cerebro, pero su silencio incomoda a Marina.

—Me gusta esa idea —dice al fin con un pequeño movimiento de cabeza.

—¡¿Sí?! —Marina suena tan esperanzada que casi puedo sentir la emoción que vibra en ella.

—Sí, de acuerdo. Podemos llamar a los pasteles «postres refinados» o algo parecido. Nuestros complejos hoteleros tienen una cualidad casi...

hedonista. —Archer sonríe—. Gage y tú deberíais quedaros en uno alguna vez.

«Muy gracioso, cabrón».

—Gina es un genio creativo. Sus postres y magdalenas no solo tienen un sabor increíble, sino que son preciosos. Como pequeñas obras de arte comestible.

—Humm. —Archer se da golpecitos con el dedo en los labios fruncidos, luego se mete la mano en el bolsillo y saca el móvil; busca su agenda—. ¿Puedes reunirte conmigo el lunes? Preséntame una propuesta por escrito, con lo que quieres ofrecer exactamente, y consultaré con los responsables de mis restaurantes para ver si están de acuerdo.

Marina se queda con la boca abierta. Parece totalmente sorprendida.

—¿Hablas en serio? —pregunta sin aliento.

—Por supuesto. Le estaba contando a Ivy que quería pasarme pronto por tu panadería para comprar una tarta. Soy muy goloso y Ivy también. De vez en cuando nos damos un capricho. Y tu tía es increíble. —Archer sonríe—. Sería un honor poder presentarla en el restaurante. Habrá que resolver algunos problemas, pero sé que podremos hacerlo realidad si las dos tenéis paciencia.

Marina se levanta de la silla y va hacia Archer, le rodea con los brazos y le abraza tan fuerte que temo que su escote vaya a estrangularle. Me niego a ponerme celoso. Está tan contenta que no puedo envidiarla ni a ella ni a su felicidad. La risa de Ivy indica que siente lo mismo.

—Gracias, gracias —dice Marina, y se aparta de él de un salto. La sonrisa de su cara lo dice todo—. Haremos que funcione. Te lo prometo. No te arrepentirás.

—Sé que no me arrepentiré —afirma Archer, sonriéndole a su vez antes de dirigir su mirada en mi dirección—. Espero que todo os vaya bien a ti y a la panadería. En todo caso, tu tía podría venir a trabajar para mí si Cosecha de Otoño acaba cerrando.

Este maldito gilipollas. No puedo creer que le haya dicho eso.

—Espero que podamos hacer que funcione, pero te agradezco que le ofrezcas un trabajo a Gina. Sé que ella también lo agradecería. —Marina sonríe, aunque parte de la luz se ha atenuado—. Gracias, Archer. —La emoción ha abandonado su voz. Parece decepcionada y baja la mirada hacia la mesa.

Maldito sea mi amigo por ponerla en la cima del mundo y luego derribarla con unas cuantas palabras escogidas.

—¿Por qué le dices eso? —Ivy le da una fuerte palmada en el brazo—. Le das buenas noticias solo para derrumbarla con cosas malas.

—Yo también contrataría a Marina. —Archer le dedica una sonrisa, que Marina le devuelve, pero no llega a iluminarle los ojos de ella.

Imbécil. Gracias a Dios que mi hermana ha dicho algo. Es tan torpe como yo; dice lo que no debe en el momento que no debe.

Oír su oferta me hace querer ayudarla a conservar la panadería ahora más que nunca. Si me hago con esos edificios, no me cabe la menor duda de que haré suya esa panadería. Puede luchar contra mí todo lo que quiera, pero no aceptaré un no por respuesta.

Quiero hacer lo correcto por ella. Es lo menos que puedo hacer.

## Gage

—Estoy nervioso. —Golpeo con los dedos el volante y asiento con la cabeza a la música que emite la radio.

Marina se acerca y me agarra la mano, y la aprieta rápidamente antes de soltarla.

—No te preocupes. Le vas a caer bien. Tal vez.

Ja. Qué sincera es. Ese «él» al que se refiere se trata de su padre. El hombre al que llevo meses intentando ver para hacerle una oferta que espero no pueda rechazar. Scott Knight me ha evitado. Sí, ya sé que ha estado mucho tiempo fuera de la ciudad, pero lo menos que podría haber hecho es responder a mis llamadas.

Ahora no tiene elección. Esta noche voy a cenar con Marina en su casa y conoceré a los padres. Un gran paso para mí, un paso que casi nunca doy, pero llevamos viéndonos más de un mes. Con suerte, Scott y yo podremos seguir hablando del acuerdo inmobiliario. Tal vez.

Es curioso que, una vez que he conocido a su hija, ese trato ya no es tan importante para mí.

—Estoy bastante segura de que tu padre me odia —digo, porque es verdad.

El tipo debe de despreciarme. Me ha evitado porque no quiere hacer el trato. Ahora probablemente odie el hecho de que yo esté con su hija. Su única hija. Dios, yo me odiaría si fuera él.

¿Podría ser más ridículo? Estoy muy nervioso y actúo como un idiota.

Ella no dice ni una palabra en respuesta a mi tonta afirmación. Solo se mueve en el asiento del copiloto de mi coche con esa expresión de felicidad en la cara. La que dice «Acabo de echar un polvo», lo cual es cierto, ya que nos hemos acostado justo antes de salir.

Frunzo el ceño. Espero que sus padres no se den cuenta de que tengo ese aspecto. Podrían querer matarme por tocar a su hija.

—Deja de fruncir el ceño. —Se inclina sobre la consola central y me da un suave beso en los labios... mientras conduzco. Menos mal que la carretera está bastante vacía, porque me desvió un poco cuando esa dulce boca roza la mía—. Te preocupas demasiado.

Ja. No me preocupo lo suficiente. He dejado de lado casi todo lo demás y me limito a disfrutar del tiempo que paso con Marina. Cuando no estamos trabajando, estamos juntos. Y últimamente no estoy trabajando mucho, lo que significa...

—Gira aquí —me dice señalando con el dedo, y rompe el hilo de mis pensamientos.

Piso el freno para reducir la velocidad y giro a la derecha por un largo camino bordeado de árboles. Parece extenderse a lo largo de kilómetros, y se me revuelve el estómago ante la idea de encontrarme cara a cara con Scott Knight. No he ido a conocer a la familia de una mujer que fuera mi novia desde no sé cuándo. ¿Nunca?

Este hecho debería hacerme sentir como un perdedor de veintiocho años, pero, joder, aún no he encontrado a la mujer adecuada. Aunque parezca una locura, en el poco tiempo que hace que nos conocemos, empiezo a pensar que es ella. Ella es la elegida. Marina.

Mierda. Sé que a mis amigos les encanta esto. Archer no me hace demasiados reproches porque está perdidamente enamorado de mi hermana. Matt, en cambio, se regodea en mi miseria amorosa. También me extiende la mano en sentido figurado cada vez que puede, exigiendo que le paguemos el millón de dólares de la apuesta.

«Capullo».

—¿Cuánto dura esta maldita entrada? —murmuro, y me gano con ello una pequeña carcajada de Marina.

Justo cuando pregunto, los espesos árboles desaparecen y revelan un camino de entrada circular y una casa algo modesta con un patio espectacularmente ajardinado. Me imaginaba que Marina se había criado en una mansión enorme, como la hija soltera que llevaba la casa.

Supongo que me equivoqué.

Aparco el Maserati delante del garaje para cuatro coches —la única señal de exceso que veo—, y me sorprendo cuando Marina se inclina y me da otro beso. Este es más largo, sus labios se demoran en los míos, su mano se enrosca en mi nuca y me estrecha. Exhalo un áspero sonido de placer y separo sus labios con la lengua, luego me dejo hundir un rato en su boca

deliciosa y seductora. Me olvido por completo de mi preocupación y del hecho de que me estoy besando con Marina delante de la casa de sus padres.

«¡Te estás liando con Marina delante de la casa de sus padres, gilipollas! ¿Qué coño pasa? ¿Tienes dieciséis años y no puedes controlarte?».

Vaya. Eso ha sido como una dosis helada de realidad.

Me separo y le paso el pulgar por el labio inferior, le sonrío mientras me mira. No creo que le guste que haya puesto fin a nuestra sesión de besos.

—No deberíamos estar haciendo esto —susurro.

Marina hace un mohín.

—¿Por qué no? No puedo resistirme a ti. Ya lo sabes.

Su simple confesión me hace sonreír, pero no me dejo llevar demasiado por ella.

—Estamos en tu casa. Tus padres están dentro esperándome y quiero causarles una buena impresión. No ser el tipo al que pillan besando y acariciando a su hija en el coche.

—No me estabas acariciando —corrige.

Sonrío.

—Todavía no.

Marina pone los ojos en blanco.

—No importa. Y no te preocupes por mi padre. Le echaré un vistazo a tu precioso coche y quedará prendado. —Sonriendo, se inclina para darme otro beso, pero la esquivo en el último momento, lo que hace que vuelva a poner mala cara—. Vamos.

—Sí, eso es. Vamos. —Abro la puerta y salgo, luego rodeo la parte delantera del coche para abrirle la puerta—. Vamos a que conozca a tus padres.

La cojo de la mano y la saco del coche. Espero que no se dé cuenta de que tengo la palma sudada. Me dedica una dulce sonrisa y me lleva hasta la puerta principal, con las caderas contoneándose de forma seductora al caminar y con el culo perfecto que le marcan los vaqueros que lleva.

Sí, estoy colado por ella. Y ella lo sabe. Jamás pensé que una mujer fuera a tenerme tan totalmente cogido por las pelotas, pero esta me tiene. A mí tampoco me importa. De hecho, me gusta saber que es mía. Saber que soy suyo.

A Archer le divierte mi capitulación en la vida de pareja. Mi hermana cree que es lo más bonito que ha visto nunca, y eso es una cita exacta. Matt

se ríe cada vez que hablo con él, y me pregunta si ya me han dominado del todo. Sabe lo reacio que era a dejarme atrapar por una mujer.

Ya estoy entrando en la llamada trampa y empiezo a pensar en serio que no quiero salir de ella nunca.

Marina no se molesta en llamar al timbre, sino que pasamos directamente y encontramos el salón vacío. Es una estancia amplia y abierta, llena de muebles cómodos que han visto días mejores y montones de fotos familiares en todas las superficies planas disponibles. En mesas, estanterías, colgadas en las paredes, estoy rodeado de Molinas y Knights, y todos ellos me miran, lo que hace que quiera retorcerme donde estoy.

Sí, creo que he perdido la maldita cabeza. Esto es lo que los nervios pueden hacerle a un hombre.

—¡Papá!

Marina me suelta la mano y veo cómo corre hacia su padre, que acaba de entrar en el salón. Prácticamente se lanza sobre él y le da un fuerte abrazo, que él le devuelve. Sé que están muy unidos. Se queja de que no le ha visto mucho últimamente porque ha estado fuera de la ciudad, trabajando todo el tiempo.

Él está peleando. Intentando vender propiedades y coches y cualquier otra cosa de la que pueda deshacerse para ganar algo de liquidez. Lo sé por amigos míos y por conocidos del negocio. Todos hablan de ello. En esta temporada Knight va mucho a San Francisco para negociar. Sin embargo, sigue aferrado a esa propiedad que yo quiero.

Y creo que, si lo trabajo bien, puedo conseguirla.

«Eres un completo gilipollas. Marina va a pensar que la estás utilizando para llegar a su padre».

Eso fue verdad, antes. Ahora ya no. Esta mujer me importa. Joder, me estoy enamorando de ella. No sé muy bien qué hacer...

Es una mierda.

—Me alegro de verte, cariño. —Su padre le da a su hija un beso en la mejilla y le sonrío—. Se te ve feliz.

Me quedo de pie, sin saber qué hacer. ¿Acercarme a ellos? ¿Aclararme la garganta? ¿Gritar que su hija parece feliz porque yo he puesto esa sonrisa en su cara y el brillo en sus mejillas?

Vale. Eso no puede hacerse.

—Quiero que conozcas a Gage. ¿Recuerdas que te hablé de él? —Se retira del abrazo de su padre y lo conduce hasta donde yo estoy—. Gage,

este es mi padre, Scott.

—Encantado de conocerte. —Le ofrezco la mano y él la coge, un poco a regañadientes.

O quizá estoy exagerando. El tipo me pone de los nervios solo con mirarlo.

Es alto, tiene la cabeza llena de pelo entrecano, y sus ojos son de un azul pálido y helado. Me mira como si también quisiera colgarme por los huevos.

—Gage. Creo que has estado intentando ponerte en contacto conmigo.

—Hoy no hablemos de negocios —empieza a decir Marina, pero la interrumpo.

—Lo he intentado. Sé que es un hombre ocupado, pero, cuando tenga ocasión, hay algo que me gustaría discutir con usted.

—Llama a mi despacho. Podemos organizar una reunión —ofrece con despreocupación.

—Llevo meses intentándolo —le digo, pues necesito que sepa que no estoy de humor para juegos.

Marina me lanza una mirada horrorizada.

—Gage —susurra, tratando de hacerme callar.

—No te enfades con él. Tiene razón. —La sonrisa de Scott es franca. Demasiado franca—. He evitado sus llamadas. Creo que me va a pedir algo a lo que aún no estoy dispuesto a renunciar.

Marina se queda con la boca abierta.

—¿Cómo...?

—Igual que tú —dice Scott, sonriéndole—. Todo el mundo lo sabe. Esta ciudad es grande, pero tiene un aire de pueblo pequeño, igual que los cotilleos. Y, cuando llega un forastero a la ciudad, deseoso de comprar todos los bienes inmuebles de primera que pueda, da a todo el mundo algo de qué hablar.

No sé si este tío simplemente me tolera o me odia a muerte o... no le importa que esté aquí y que salga con su hija. Su única hija, a la que sé que protege mucho.

Aunque no puedo culparle. Yo también me siento bastante protector con ella. Algo que sin duda tenemos en común.

—Ah, ¿es este tu chico? —Maribella Knight entra en el salón, con una leve sonrisa curvándole los labios.

De ella ha heredado Marina su aspecto. Maribella es una mujer hermosa; sus rasgos son tan parecidos a los de su hija, que casi sé qué aspecto tendrá Marina cuando envejezca.

—Sí. Este es Gage. —Marina sonrío nerviosa. Así como la relación con su padre es muy sólida, la que comparte con su madre es un poco más frágil —. Gage, esta es mi madre, Maribella.

—Lámame Mari. —Extiende la mano hacia mí, su mirada no es tan cálida como su voz.

Le cojo la mano y se la estrecho y noto lo flácida que está en mi agarre.

—Un placer —le digo con sinceridad.

—Estoy segura. —La sonrisa que me ofrece es quebradiza, y su mirada se estrecha un poco.

Sí. No creo que le caiga muy bien a la madre de Marina.

## Marina

Sabía que a mi madre no le gustaría mucho Gage. No creo que le gustara ningún hombre que yo trajera a casa. Tiene ciertas expectativas que me temo que ningún hombre podría cumplir.

Así que finjo que su frío desdén no me molesta. Durante toda la tarde y hasta la cena, no ha mostrado interés por él. En cambio, parece que Gage sí se lleva bien con papá. Eso sí que me sorprende. Me imaginaba que mi padre lo odiaría nada más verlo, teniendo en cuenta que Gage no quiere otra cosa que comprarle todas las propiedades que pueda.

No obstante, tienen cosas en común. Los dos son hábiles hombres de negocios. El único problema de mi padre es que acumuló demasiadas posesiones y demasiado rápido. Le ha costado recuperarse de la crisis económica.

Y a los dos les encantan los coches. De hecho, desde que llegamos su conversación ha girado, sobre todo, en torno a estos. Gage incluso ha llevado a papá fuera a ver su Maserati, lo que fue amor a primera vista. Al principio me pareció bonito. Al cabo de un rato, me aburrí.

Por último, espero que ambos se preocupen por mí. Sé que mi padre me quiere porque, en fin, es mi padre. Pero ¿y Gage? Nunca me ha dicho esas palabras, y no se puede decir que yo crea que lo haría. Ni siquiera ha

admitido nunca que se preocupa por mí, pero ¿qué puedo esperar? No llevamos tanto tiempo juntos.

Pero mi madre me dijo algo hace años, y nunca he olvidado sus palabras.

«A veces, cuando lo sabes, simplemente lo sabes».

Eso es lo que siento por Gage. Me da mucho miedo y me dan ganas de pegarle un puñetazo, porque, cuando se trata de Gage, mi modo habitual de actuar es algo cercano a la violencia, pero, en realidad, estoy emocionada. Nerviosa.

Me estoy enamorando.

Por fin conseguí separarles a él y a mi padre, y nos fuimos mucho después de cenar. Mi madre me lanzó una mirada que decía que esperaba que volviera enseguida. Papá le dijo a Gage que se pasara por la oficina un día o que, como mínimo, le llamara.

Qué extraño. Pensé que mi padre le odiaría. Pensé que yo misma odiaría a Gage, pero mírame. Quizá no sea tan malo dejar la panadería. Si Gage comprara el bloque de edificios, mi familia estaría en mejor situación económica. Sé que ese es el objetivo de mi padre desde hace tiempo. Quizá sea yo la egoísta, por querer aferrarme a un negocio que solo supone una sangría para mi familia.

—Estás muy callada.

Levanto la vista y veo que Gage me dedica una rápida sonrisa antes de volver a centrar su atención en la carretera. Son casi las diez y tiene las ventanillas bajadas, para que entre el aire fresco del otoño. Las carreteras están prácticamente desiertas, el cielo nocturno parece terciopelo oscuro salpicado de estrellas centelleantes que brillan desde lo alto, y hacía tiempo que no me sentía tan contenta. Si es que alguna vez lo he estado.

—Me alegro de que mi padre y tú os hayáis entendido tan bien —le digo.

—Si quieres que te sea sincero, te diré que estoy sorprendido —admite.

Entre risas, niego con la cabeza.

—Yo también. Pensé que lo mismo podría odiarte... que quererte.

—Lo sé. —Gage se ríe—. Pero es un buen tipo. Me cae bien.

—Tú también lo eres. Un buen tipo —digo en voz baja, y me como a Gage con los ojos, con la excitación calentándome la sangre.

No hace falta mucho para que lo desee. Y verlo al volante de uno de sus potentes coches siempre me hace querer saltar encima de él.

Cuando se trata de Gage, soy increíblemente débil. Pero no me importa, porque, cuando estoy con él, me siento fuerte. Como si pudiera hacer

cualquier cosa.

—Archer llamó ayer. —Me lanza una mirada rápida—. Dijo que quedasteis el otro día.

—Sí. —Asiento—. Quería concretar los detalles.

—Es increíble. Me alegro por ti. ¿Por qué no me lo habías contado? — Parece un poco incrédulo.

Deja que Gage vaya directo al grano. No se puede decir que lo culpe por ello. Merece saber lo que está pasando.

—Temía gafarlo.

—¿Incluso por contármelo a mí? —Parece herido. Qué tonto.

Inclinándome sobre la consola, le doy un beso en la mejilla y apoyo la mano en su muslo musculoso para apretárselo.

—Especialmente a ti. Me darás esperanzas y me animarás tanto que creeré que no puedo equivocarme. Pero ¿y si no funcionara?

—Nunca dejaría que no funcionara. —Su expresión se vuelve tensa y los labios se le afinan—. Antes me pelearía con Archer que permitir que eso ocurriera.

—Precisamente por eso no te lo he dicho —digo riéndome—. No se trata de que discutas con Archer. Se trata de que Archer y yo tomemos una decisión de negocios. No puedo tenerte mirando con el ceño fruncido entre bastidores, dispuesto a acabar con cualquiera que se atreva a desafiarme.

—¿Por qué no? No puedo evitarlo cuando me sale el instinto protector contigo.

Es tan dulce que casi me entran ganas de llorar. O de acostarme con él. Preferiría lo segundo.

—Me encanta que seas tan protector conmigo —murmuro, y le deslizo la mano por el muslo. Dios, me encanta su cuerpo. Está tan duro... por todas partes—. Nunca antes había tenido a alguien que me defendiera.

—Bueno, soy todo tuyo. No lo olvides. —Se estremece y grita cuando le acaricio la incipiente erección—. Joder, Marina. Voy conduciendo.

—Ya lo sé. Y yo te estoy tocando. No me importa.

Le desabrocho el botón de la bragueta de los vaqueros y meto la mano dentro, y me encuentro con un algodón fino y cálido tensado sobre su polla dura y gruesa. Mis bragas se humedecen con solo tocarlo y suelto un suspiro tembloroso.

—No te atrevas a hacer lo que creo que va a hacer —me advierte, pero su voz es débil.

Le encantan mis caricias.

Casi tanto como a mí las tuyas.

—Podría hacerte una paja mientras conduces. —Me acerco más a él, pegando la boca a su oreja, y se la aprieto—. O una mamada. ¿Recuerdas cuando te la hice la semana pasada?

Fue divertido. Él conducía un coche potente y estaba tan sexi y tenía un aspecto tan dominante que no pude resistirme. Lo siguiente fue que estaba tumbada en el asiento delantero del Maserati, con la cabeza en su regazo y su erección en mi boca. Tuvo que aparcar para que yo pudiera acabar sin que se estrellara.

Excitada. Me excita tanto... Cuando estoy con él, me siento como una adolescente ebria en busca de diversión. Creo que a él le pasa lo mismo.

Al menos estamos juntos en esto.

—Cariño, me encanta que me pongas la boca encima, pero estoy intentando que lleguemos a casa de una pieza para poder ponerte la boca encima. —Ahoga un gemido cuando le acaricio lentamente—. Joder, te juro que te gusta verme agonizar.

Me encanta. Me encanta torturarlo. Solo porque sé que me desea tanto. Es una sensación embriagadora, ejercer tanto poder sobre Gage. Y él también tiene poder sobre mí, no se puede negar. Creo que formamos un gran equipo.

Solo puedo esperar que mi familia sienta lo mismo. Y que al final puedan perdonarle —en concreto, mi madre— cuando compre nuestras propiedades en el centro de St. Helena y las revenda. Ese es su plan. Ni siquiera tiene que decírmelo. Lo sé de sobra.

Y al final creo que acepto su plan. Si tengo que renunciar a la panadería, que así sea. Me agobia pensar en ello, pero tengo que comportarme como una adulta. Archer y yo hemos hablado con toda tranquilidad de la posibilidad de que trabaje con él, y sé que su oferta va en serio. Me ha mencionado la posibilidad de ocupar un puesto directivo en uno de sus restaurantes. No sé si yo lo aceptaría, pero es una opción, una que agradezco que Archer me haya ofrecido.

—Pronto estaremos en casa, ¿vale? —Acomoda su mano sobre la mía, y me la aprieta.

Yo, a mi vez, le doy otro apretón a su polla. Su gemido desgarrado me produce un pequeño estremecimiento que me impulsa a seguir.

—Y entonces podrás hacerme lo que quieras —consigue decir.

—¿De verdad? ¿Lo que yo quiera? —Levanto las cejas.

Hay tantas cosas que aún no hemos hecho que me encantaría probar. Me siento tan cómoda con él que sé que, sea lo que sea lo que le sugiera, estará dispuesto.

—Claro, lo que quieras. Pero tienes que quitarme la mano de la polla. Siento que voy a explotar —dice apretando los dientes.

Me echo a reír.

—¡Apenas si te he tocado!

—Ya, pero eso es lo único que hace falta, Marina. ¿No te has dado cuenta ya? —Se vuelve para mirarme, y el brillo acalorado de sus ojos es tan intenso que me roba el aliento.

Y hace que mi corazón se expanda. Rebasa tanto los límites que me encanta.

Sobre todo, porque yo siento exactamente lo mismo.

# 12

## Gage

He esperado este momento durante lo que parece una vida. He acosado a este hombre hasta tal punto que estoy seguro de que estaba harto de oír y ver mi nombre. Ahora que ha llegado el momento y estoy sentado frente a él en mi despacho de San Francisco, y a pesar de estar en mi terreno, estoy tan nervioso que juro que voy a vomitar.

También soy un cobarde de la cabeza a los pies. ¿Mi mayor miedo? Que, por lo que sea, acabe jodiéndolo y lo eche todo a perder.

Incluida Marina.

—Le gustas a mi hija —dice Scott Knight, con la mirada afilada cuando se cruza con la mía.

No retrocedo. Solo mantengo una expresión neutra y espero que no se dé cuenta de que estoy sudando bajo el traje.

—Pero que a ella le gustes no significa que tengas que gustarme a mí también.

Por Dios, qué manera de minar mi confianza.

—Sin embargo, te concedo el beneficio de la duda. Marina no toma malas decisiones. Es una mujer inteligente. Me gusta pensar que yo he tenido algo que ver en eso. —Scott gira la cabeza hacia la ventana, aparentemente absorto—. Dicho esto, creo que es hora de que hablemos de la compra de la propiedad del centro.

Por fin, joder. Prácticamente me desplomo en la silla. El alivio que está a punto de consumirme es fuerte, pero también tendría que ser idiota para creer que todo va viento en popa. Esto podría ser un truco.

Ya me han engañado antes.

Pero no. Sin vacilar, se lanza a los detalles. Costes y arrendamientos actuales y escrituras y los pormenores relativos al contrato preliminar que ha encargado redactar a su abogado. Con fotos y con la historia de los edificios y esta única cuestión: «No pienso derribarlo todo para volver a construir ahí, ¿verdad?».

Claro que no, respondo, y, solo con ver la expresión de su cara, me doy cuenta de que mi respuesta le complace.

Hojeo todos los documentos a medida que los empuja hacia mí. Como sé que mi abogado los va a revisar, no los leo con demasiada atención más allá del precio de venta. Asiento con la cabeza en todos los puntos adecuados y hago las preguntas apropiadas cuando se me pide. Pero todo el tiempo me pregunto: ¿por qué? ¿Por qué ahora? ¿Por qué yo?

Llega un punto en que no puedo contenerme. Tengo que saberlo.

—¿Por qué quieres vendérmelo ahora? —pregunto después de que me entregue una gruesa pila de papeles (el contrato que ha redactado su abogado). Yo responderé con un contrato que habrá redactado mi abogado, pero de momento no hace falta mencionarlo—. Después de todo este tiempo, ¿por qué yo?

Scott me mira como si estuviera loco.

—¿Por qué tú no? Primero, me bombardeas con llamadas y mensajes durante meses, prácticamente hasta el punto de acosarme. Mi plan era ignorarte. Aún no estaba preparado para vender. —Tragando con fuerza, apoyo los antebrazos en el borde de mi escritorio, permaneciendo lo más neutral posible—. Entonces empiezas a salir con mi hija y me pregunto. —Su mirada que todo lo ve se posa de nuevo en mí, y me doy cuenta de que está intentando comprenderme—. ¿La estás utilizando para llegar a mí? Dime la verdad.

Maldita sea. No puedo confesarle que esa era mi intención original. Ya no lo es. Para ser sincero conmigo mismo, he de reconocer que estoy medio enamorado de ella. Más que medio enamorado, diría yo. Pero es difícil asumirlo y admitirlo, sobre todo, delante de su padre.

Ni siquiera le he dicho a Marina lo que siento. Todavía no.

—¿Cambiaría eso tu precio si te dijera que la estaba utilizando? —pregunto, fingiendo ser el astuto e implacable hombre de negocios que solía ser.

Nos miramos el uno al otro desde cada lado de mi mesa, sin movernos ninguno de los dos hasta que por fin niega con la cabeza.

—Eres un mentiroso. Lo llevas escrito en la cara —responde.

—¿A qué te refieres?

—Veo que estás enamorado de Marina. —Abro la boca para protestar, pero él entrecierra los ojos y me silencia con una sola mirada que me recuerda inquietantemente a Marina—. No te molestes en negarlo. Sé que

pasáis la mayor parte del tiempo juntos. —Últimamente ha estado fuera, así que me sorprende que lo sepa—. Controlo todo en lo que concierne a mi hija. —Otra mirada mordaz del hombre que creo que podría ser mi suegro algún día. No entiendo cómo puedo llegar a pensar así—. El hecho de que ella te diera una oportunidad, a pesar de saber lo que querías, me demuestra que, por lo que fuera, supo ver lo que hay debajo.

De acuerdo. Es perspicaz, mi Marina. Inteligente, fuerte, hermosa y endiabladamente atractiva.

—Quiero darle la panadería —suelto, y cierro los labios en cuanto me salen las palabras. Aún no quería admitirlo.

—Creo que es una buena idea. —Scott ni siquiera se inmuta ante mi confesión. Como si supiera que lo tenía pensado hace mucho tiempo.

Extraño. Pero perceptivo. Como su hija.

—Quiero que la panadería siga siendo de tu familia. Quiero regalársela, aunque probablemente va a alucinar si se la ofrezco como regalo —digo, murmurando las últimas palabras.

—Mi hija es muy orgullosa. A veces eso constituye una insensatez, y a veces, no. —Scott sonrío—. Estoy seguro de que agradecerá mucho tu generoso regalo.

—También es desconfiada —añado, moviendo la cabeza—. Es bastante probable que piense que hay condiciones.

—¿Y las hay?

—Ninguna en absoluto. —A Marina le encanta la panadería. Forma parte de ella y de su tía, y no soporto ver que la pierden—. Significa demasiado para ella, y no puedo dejar que se le escape de las manos.

—Esa es exactamente la razón por la que estoy dispuesto a venderte mi propiedad. Aunque no puedo negar que también hay razones económicas. —La mueca del rostro de Scott Knight es inconfundible—. Hemos sufrido estos últimos años. La economía ha afectado tanto a los negocios familiares que nos ha costado muchísimo recuperarnos. He conservado la panadería y los edificios que la rodean específicamente por Marina y mi cuñada todo el tiempo que he podido. Sé que las dos la adoran. No podía soportar la idea de quitársela. —Con esa confesión, acaba de ganar puntos—. Sin embargo, ahora que me has confirmado que quieres que se queden con la panadería, sé que mi decisión de vendértela es acertada —dice.

Supongo que yo también acabo de ganar puntos.

—Quiero cuidar de ella; eso es todo —digo, asombrado de haber admitido semejante cosa ante el padre de Marina.

Pero es verdad. Quiero darle lo que quiere, lo que necesita. Hay algo en ella que me hace querer dárselo todo.

—Es algo admirable —dice con cuidado.

Maldita sea. No pretendía desviar la conversación en esta dirección, pero supongo que no he podido evitarlo. Marina se ha ido filtrando poco a poco en mi mundo, y no puedo imaginarla fuera de él.

—Te agradecería que no le dijeras a Marina nada de que le voy a dar la panadería —digo, porque, joder, quiero ser yo quien se lo diga—. Quiero que sea una sorpresa.

—Por supuesto. Lo comprendo perfectamente. —La sonrisa de su cara es pequeña, pero ahí está—. Le va a encantar.

Esperemos que sí.

## Marina

—Hoy te he echado de menos. —Me acurruco más contra Gage, y me siento como una novia pegajosa y tonta, pero por una vez no me importa.

Le he echado de menos. No soporto cuando se va a la ciudad por negocios. Odio más aún que pase varios días seguidos fuera, aunque eso no ha ocurrido a menudo. Me encanta tenerlo cerca.

Como en este momento, en que estamos los dos desnudos en la cama tras una sesión extremadamente sudorosa de sexo de reencuentro. A pesar de que hemos estado separados menos de veinticuatro horas, para mí sigue considerándose sexo de reencuentro.

Suspirando, giro la cabeza y le beso el torso. Siento su corazón aún palpitante bajo mis labios. Me vuelvo tan loca por este hombre...; es absurdo.

Absurdamente aterrador.

—Yo también te he echado de menos —me dice, con su voz grave.

Me recorre el brazo con los dedos y su tacto me tranquiliza. También me excita. Cierro los ojos y me pierdo en el momento. Estar con Gage me ayuda a olvidar todos mis problemas. Mi enfadada madre, mi negocio en quiebra..., todo se desvanece hasta que lo único en lo que puedo centrarme es en Gage y en lo bien que me hace sentir.

—¿Qué tal San Francisco? —No nos molestamos en atender los preliminares cuando aparecí en su puerta hace menos de una hora.

Me cogió de la mano, me metió dentro y procedió a quitarme la ropa y a besar cada centímetro de mi piel desnuda.

—Ha estado... bien.

Humm. Levanto la mirada y veo que tiene los ojos cerrados y el ceño fruncido. Me pregunto si me estará ocultando algo.

—¿Con quién te has reunido?

—Inversores. Nadie importante —responde rápidamente. Inclinando la cabeza, me besa la frente. Sus labios se demoran; ello me hace volver a cerrar los ojos—. No quiero hablar de negocios.

Está claro que oculta algo. Pero ¿qué? No lo entiendo. Quizá ha tenido un mal día y no quiere recordarlo. A lo mejor está negociando en secreto con alguien y no confía en mí lo suficiente como para contarme lo que pasa.

Ay. Eso duele mucho más de lo que estaría dispuesta a admitir. Sé que no llevamos mucho tiempo viéndonos, pero he intimado con Gage más que con ningún otro ser humano del planeta. No creía que esto fuera posible. Cuando supe de él por primera vez, le odié nada más verle, y ni siquiera le conocía.

Ahora me estoy enamorando de él. Da miedo.

—Deberías venir conmigo alguna vez. —Como no digo nada, continúa —: A San Francisco. Podemos quedarnos unas noches en el apartamento que tengo allí.

—¿Y qué? ¿No salir nunca de la cama? —me burlo.

Se ríe entre dientes y vuelve a besarme la frente.

—Podría sacarte a pasear.

—Quizá no quiera salir. —Inclino la cabeza hacia atrás para ver su atractivo rostro—. Quizá me gusta tenerte solo para mí.

Inclinándose, me besa, un beso suave y húmedo.

—A mí también me gusta tenerte para mí solo.

—¿Ves? No tenemos que ir a ninguna parte. Ni siquiera tenemos que salir de la cama. Podríamos quedarnos aquí para siempre —digo.

Se mueve tan deprisa que me echo a reír. Está sobre mí, sus caderas pegadas a las mías, su creciente erección rozándome el vientre. Así, sin más, me desea.

Y así, sin más, yo también le deseo.

—¿No lo habíamos hecho ya? —murmuro antes de que me bese profundamente.

Nuestras lenguas se enredan, mi cerebro se vacía y dejo de pensar. De hablar.

Solo puedo sentir.

Siento su boca en la mía, ya familiar pero deliciosa. El deslizamiento aterciopelado de su lengua, la forma en que sus manos me recorren el cuerpo, el embiste de su polla contra mi vientre, que me recuerda que me desea. Otra vez.

Es una sensación embriagadora y estimulante saber qué poder ejerzo sobre Gage Emerson. Siempre me desea.

Y yo a él.

—Probablemente estés cansada —susurra contra mis labios, con una gran mano sobre mi pecho y el pulgar jugueteando con mi pezón.

Me arqueo en su palma.

—Aún es pronto.

—Y estés dolorida —continúa, y se incorpora para ponerse de rodillas entre mis piernas abiertas. Agarra la base de su erección y roza la cabeza contra mi sexo, lo que me hace gemir—. Antes he perdido el control contigo.

Me ha penetrado con fuerza. Mi orgasmo ha sido intenso. Pero, como soy codiciosa, deseo otro.

Ahora.

—Me ha gustado —murmuro, y alargo la mano para tocarlo. Le paso las manos por el torso y bajo por su vientre hasta que le toco la polla y le hago gemir—. Coge un condón, Gage.

No pierde el tiempo, coge uno de los que guarda en la mesilla de noche y lo abre. Observo fascinada cómo se lo pone, me encanta cómo se mueve, cómo se maneja. Es un hombre hermoso y atractivo, y el corazón se me llena literalmente de felicidad al saber que es mi hombre.

Todo mío.

—Quiero que esto dure —susurra, y suena un poco desesperado mientras me agarra por las caderas y nos da la vuelta para que ahora sea yo la que esté encima de él—. Dame un espectáculo, nena.

Sonriendo, desciendo sobre él, hasta que está completamente dentro de mí. Me pone las manos en la cintura, me sujeta y sus ojos brillan con una emoción desconocida que me acelera el corazón.

Me mira como si no pudiera saciarse de mí. Y eso da miedo. Es emocionante.

Aterrador.

Lentamente, empiezo a moverme para intentar prolongarlo, pero ya estoy ansiosa. Me coge el culo, se incorpora para llevarse un pezón a la boca y chuparlo, y yo gimo y echo la cabeza hacia atrás mientras deslizo las manos por su pelo y lo atraigo hacia mí.

—Qué guapa eres —susurra contra mi piel—. Tan condenadamente hermosa que no me creo que seas mía.

Yo siento lo mismo. Exactamente igual. Tal vez mis padres no aprueben que estemos juntos. Sé que la forma en que nos conocimos fue un poco inusual. No me caía muy bien. Creo que yo tampoco le caía bien a él.

Pero la conexión entre nosotros no se puede negar. Estamos tan unidos que no creo que quiera que termine nunca. Y nunca me había pasado. Creo que a Gage tampoco.

Se reclina contra las almohadas, con una sonrisa de satisfacción en la cara, totalmente arrogante, mientras observa cómo lo cabalgo. Aumento el ritmo, me recojo el pelo con las manos y las mantengo ahí, y me siento erguida para que él disfrute de ese espectáculo que quería ver. Saco pecho, me suelto el pelo y me estremezco cuando los mechones se deslizan por mis tetas y me hacen cosquillas en los pezones duros y aún húmedos. Me muevo hacia delante, introduzco su polla más hondo en mi cuerpo y el gemido agónico que sale de él me hace reír.

—Eres perversa —murmura y desliza una mano entre nuestros cuerpos para poder acariciarme el clítoris con el dedo índice.

Es mi turno de jadear.

—Tú también.

—Quiero ver cómo te corres. —Me acaricia con más fuerza y me muevo más deprisa, con todo el cuerpo hormigueando por mi inminente orgasmo—. Alcánzalo, nena.

Lo curioso es que no tengo que alcanzarlo. Él lo hace tan fácil. Su tacto seguro, la forma en que me habla, la forma en que me mira... Todo ello me lleva directamente al límite y al éxtasis orgásmico.

—Sí, eso es —dice mientras empiezo a temblar, y se me escapa un pequeño gemido—. Córrete para mí, Marina.

Lo hago. Todo mi cuerpo se detiene encima del suyo mientras mi clímax se apodera de mí. Gimo su nombre, estiro la mano para agarrarle con fuerza

por los hombros; entonces, él también se corre y susurra mi nombre contra mi pelo mientras me derrumbo sobre él, ambos temblando abrazados.

—Joder, Marina —murmura segundos, tal vez minutos después, sus manos agarrando mi trasero una vez más, acercándose. Como si no quisiera soltarme nunca.

—Lo sé —susurro, y aprieto los labios contra su cuello y saboreo su deliciosa piel salada—. Yo me siento igual.

Dios. Sería muy fácil enamorarse de este hombre.

De hecho, creo que ya casi lo estoy.

## Marina

Muchas cosas pueden cambiar en unas semanas; si me apuras incluso en un mes. Estaba soltera y sola, y me dejaba la piel día tras día con poca recompensa más allá de cultivar una relación con mi tía, que aprecio mucho, pero, aun así... Veía cómo el negocio que amo empezaba a hundirse lentamente y eso me corroía el alma. La decepción de mi familia —mi padre, siempre de viaje y demasiado ocupado, y mi madre, sobreprotectora — era cada vez más difícil de soportar.

No tenía amigos. Muchos de ellos se habían mudado. O no tenía tiempo para quedar con los pocos que mantenía.

La vida era penosa. Me aferré al hecho de que Gage Emerson intentaba comprar a mi familia y arruinarnos la vida. Fui a aquel estúpido evento más con la esperanza de hablar con él que de hacer negocios, que había sido mi intención original. Tal vez le diría uno o tres insultos y me marcharía, satisfecha de haberle hecho saber al tipo que intentaba quitarme el legado de mi familia que iba tras él.

Bien. Al menos hemos acertado en lo de insultar.

Ahora todo ha cambiado. Tengo una amiga, con la que paso mucho tiempo. Ivy Emerson y yo cumplimos lo del viaje de compras a San Francisco al ir la semana pasada. Me ayudó a probarme un montón de ropa, cosas que nunca habría mirado dos veces. Acabé comprando algunas, porque no quería salirme del presupuesto que me había autoimpuesto. Ella me ayudó con eso.

Me ayuda en muchas cosas.

Archer y yo cerramos el trato, y los postres de la tía Gina están en los restaurantes de su hotel. Mi tía está encantada. Archer la ha cogido completamente bajo su protección. Tendré suerte si la mantengo conmigo en la panadería, con lo mimada que la tiene. Creo que Archer quiere robármela.

Mi padre sigue viajando mucho por negocios. Mi madre sigue siendo sobreprotectora. No puedo cambiarlos; solo tengo que aprender a vivir con

ellos.

Y luego está Gage.

Aún no puedo definir del todo lo que pasa entre nosotros, pero, desde luego, estamos... liados. No me canso de él. Parece que él tampoco se cansa de mí.

Toda mi vida ha cambiado a mejor. Gran parte de ello se lo debo a Gage, el mismo hombre al que creía mi enemigo. Me presentó a mi nueva amiga. Me ha ayudado a cerrar un trato comercial con Archer, su mejor amigo. Y me ha hecho...

Enamorarme perdidamente de él.

Solo de pensarlo me dan ganas tanto de saltar de alegría como de vomitar.

Sobre todo, ahora, con el dolor de cabeza que tengo. No sé qué lo ha provocado, pero he tenido que irme de la panadería para tomarme un pequeño descanso. No podía más.

—Así que vas a salir con él esta noche. Otra vez.

Estupendo. Hablando ahora de ser capaz de negociar.

Me doy la vuelta y veo a mi madre de pie en la puerta, con los brazos cruzados y una expresión de disgusto en la cara. Ha aceptado a regañadientes que salga con Gage. Solo últimamente se ha pronunciado y ha expresado su opinión. Creo que teme que me esté enamorando de él.

Demasiado tarde.

—Sí. —Imito su postura corporal, pues me siento a la defensiva.

Desde que mi padre pasa tanto tiempo fuera haciendo Dios sabe qué, se ha vuelto aún más entrometida. Soy consciente de que sigo viviendo en su casa, pero tengo la friolera de veintitrés años. De todas formas, apenas estoy allí. Paso bastantes noches en la casa que Gage tiene aquí, en St. Helena. A veces me quedo allí, incluso cuando él vuelve a su apartamento de San Francisco para hacer negocios. Con suerte, algún día, no muy lejano, iré con él.

Pero, con las obligaciones que tengo en la panadería, no puedo escaparme. Antes de que Gage entrara en mi vida, no tenía motivos para marcharme.

Ahora quiero estar donde esté Gage. Parecerá una tontería, pero es la verdad.

—¿Sabes por qué estuvo en San Francisco la semana pasada? —Deja caer los brazos a los lados y entra en mi habitación a grandes zancadas, con

una expresión de feroz determinación—. ¿Lo sabes? ¿Te habló tu nuevo novio de la reunión que tuvo con tu padre?

—Espera. ¿Qué? —Parpadeo. No estoy segura de haberla oído bien—. ¿Papá y Gage han quedado?

¿Y Gage nunca me lo ha dicho? Sabía que se llevaban bien y que habían hablado de concertar una cita para seguir hablando, pero Gage no me ha comentado que habían hablado en San Francisco.

Asiente con la cabeza. La satisfacción en su rostro es dolorosa de presenciar. Es casi como si quisiera hacerme daño con esta noticia.

—Está ocurriendo, Marina. Gage Emerson va a comprar todo el bloque de edificios que la Corporación Molina posee en la calle principal. Pasarán a ser de su propiedad dentro de los próximos sesenta días, siempre que todo el papeleo se tramite a tiempo y no se topen con ningún obstáculo.

Sesenta días. No puedo creer que Gage no me lo haya dicho. No entiendo por qué me lo ha ocultado. ¿Cuál ha sido su motivo? ¿Tenía miedo de que me asustara? Me molesta más el que lo haya mantenido en secreto. Por fin me había hecho a la idea de la posibilidad de perder la panadería. Esta revelación me desconcierta.

—Lo más probable es que cierre la panadería, ya que es el único negocio del bloque que sigue siendo de nuestra propiedad. A menos que tú y él lleguéis a un acuerdo de alquiler... Estoy segura de que estaría dispuesto a trabajar contigo —dice con sorna.

—¿Por qué le odias tanto? —pregunto, con voz tranquila.

Por dentro estoy derrumbándome, devastada por la traición de Gage. ¿Cuándo iba a contármelo exactamente? ¿Nunca? ¿Justo antes de cerrar mi panadería? No tiene sentido.

Que mi madre intente hundirme tampoco tiene sentido.

—No le odio. Lo que pasa es que me disgusta lo que nos ha hecho.

—Mamá. —Voy hacia ella, le cojo las manos y se las aprieto—. Teníamos que vender. Papá y tú os preocupáis por vuestra jubilación y por el hecho de que todos en la familia acabemos sin nada cuando todos contábamos con las propiedades para obtener ingresos. De esta manera tendréis dinero en efectivo disponible y no tendréis que preocuparos tanto.

—Te ha robado tu futuro —dice amargamente, y se aparta de mí—. ¡Ese hombre con el que sales y pasas la noche te lo ha robado todo! ¿Es que no lo entiendes? Eres nuestra única hija, no tienes más perspectivas reales que

el propio hombre que te está arruinando la vida, ¡y actúas como si estuvieras tomando la decisión correcta! ¿Qué demonios te pasa?

Parpadeo, sorprendida por su arrebató. Mi madre no tiene arrebatos. Siempre está calmada y tranquila, y es muy muy sensata. Cuando yo era más joven, siempre acudía a ella en busca de consejo. Es estupenda cuando se encuentra bajo presión, salvo cuando se trata de mí y de las decisiones que tomo.

—No me está robando —le digo—. ¿No ves cómo os va a ayudar esto? Yo estaré bien. No necesito la panadería.

Pero en realidad sí la necesito. ¿Qué voy a hacer sin ella? Gina ya tiene trabajo. Archer intenta cortejarla en secreto. Se comporta como una sucia rata, pero ¿puedo reprochárselo? No. Y, al menos, me lo dice a la cara.

Gage se guarda sus secretos y finge que todo va bien. Yo también lo hago, pero está claro que no todo va bien. No sé qué va a ser de mí cuando pierda la panadería. No tiene sentido negarlo ahora.

Cosecha de Otoño está acabada.

—Tenías que saberlo —dice mi madre con firmeza, y se sienta en el borde de mi cama—. No soporto que te lo haya ocultado. Tienes que planear algo.

—¿Qué? —Me siento en la cama junto a ella, con la mente al límite intentando procesarlo todo.

—Rompe con él. Sigue trabajando en la panadería hasta que cierre. Luego vete a Italia a visitar a tus primos —sugiere esperanzada—. Puedes pasar allí unas buenas vacaciones de tres meses. Disfruta del entorno. Conoce a gente nueva.

Me invade el miedo. El viaje a Italia es el que hacen todas las chicas solteras italianas con la esperanza de encontrar marido. O bien acaban quedándose allí el resto de su vida con su nuevo marido, o bien se lo traen a casa. He visto a varias primas hacer esto mismo. Solo una regresó, con un italiano machista e irritante que se negaba a hablar inglés y la mangoneaba todo el tiempo.

Al final se divorció de él. No se puede decir que nadie la culpaba por ello, aunque su madre actuaba como si pensara que su hija iba a ir al infierno.

A veces, detesto de verdad formar parte de una familia tan tradicional.

—No voy a ir a Italia —le digo con vehemencia. Tiene que saber que esa sugerencia no la considero ni en broma.

—Vale. Rompe con él. Busca otra cosa que hacer. Ve a trabajar con Gina al hotel. Tienes que hacer algo. A menos que no tengas ningún problema en vivir aquí con nosotros el resto de tu vida, soltera e infeliz.

—¿Es que vives en la Edad de Piedra? Pero ¿qué te pasa? —Me levanto y la miro con desprecio—. Actúas como si el hecho de que esté soltera y sin trabajo fuera el final de mi vida.

Se queda mirándome fijamente, sin decir nada.

No tiene por qué hacerlo. Caigo en la cuenta de lo que he dicho. Y poco a poco me voy percatando de que, en efecto, estar soltera y sin trabajo es el final.

Para mí.

Una vez más, se demuestra que la vida puede cambiar en un instante. He pasado de lo malo a lo fabuloso y, de ahí, a lo absolutamente terrible.

Todo en cuestión de unas cuatro semanas.

## Gage

—Me encanta Cosecha de Otoño. —Ivy suspira, y se desplaza por las fotos de la panadería que acabo de subir al portátil desde mi teléfono—. Pero sin duda podemos arreglarla para ella. Ya casi he terminado con el trabajo de Matt y tengo algo pendiente justo después, pero puedo hacer esto en los ratos libre. La panadería y el café ya tienen buena base, así que no será demasiado difícil. Puedo montar algo rápido.

—No quiero un trabajo chapucero, Ivy —le advierto, y recorro las fotos de esa panadería que es tan importante para Marina que no me la puedo imaginar trabajando en otro sitio.

La panadería que ahora poseo; el edificio que voy a regalarle.

Justo antes de pedirle que se case conmigo.

—Aún no me creo que estés haciendo esto. —Ivy me sonrío y niega lentamente con la cabeza—. Nunca pensé que te vería caer, Gage. Con lo tonto que te ponías con el hecho de que Archer y yo estuviéramos juntos. Y ahora mírate...

—Oye, intentaba protegerte. Sé cómo es Archer. Cómo era —corrijo cuando me lanza una mirada dura.

—Y yo sé cómo eras tú: un adicto al trabajo que solo encontraba placer con los múltiples coches que comprabas.

Dios mío. Me hace parecer un completo perdedor.

—Muchas gracias —murmuro.

Me da un codazo.

—Solo te lo digo porque soy tu hermana y puedo ser totalmente sincera.

—Haciendo una pausa, Ivy me contempla—. ¿Puedo decirte una cosa más?

—¿Podré soportarla? —pregunto con recelo.

—Oh, sí. —Sonríe y sus ojos se vuelven brillantes. Últimamente está muy sentimental; no sé qué le pasa—. Marina es perfecta para ti. Y tú eres perfecto para ella. Me encanta veros juntos. Estoy tan emocionada. Y tan agradecida de que me caiga bien...

—¿Sí? —Se me forma un dolor en el pecho, y tengo que agarrar a mi hermana y tirar de ella para abrazarla—. Gracias, Ivy. Significa mucho para mí contar con tu aprobación.

—De nada. —Se aparta de mí y me apoya la mano en la cabeza. Sus ojos se llenan de lágrimas—. Me alegro mucho de llevarme bien con Marina. Va a ser una cuñada estupenda.

—¿Por qué lloras? —Con el pulgar le limpio una lágrima que le resbalaba por la mejilla.

Empiezo a preocuparme. Mi hermana no suele llorar. No tiene motivos para llorar. Archer la hace demasiado feliz como para que pueda estar triste por nada.

—No te preocupes. —Agita una mano y sorbe ruidosamente—. Lo que me pasa es que estoy embarazada.

—¿Cómo?! —La miro fijamente, invadido por... todo tipo de emociones abrumadoras: alegría, conmoción y un montón de pensamientos asesinos porque, joder, ¿Archer ha dejado embarazada a mi hermana? Lo mato.

—Deja de poner esa cara como si fueras a matar a Archer. —Extiende el brazo y me coge las manos, y las estrecha con fuerza entre las suyas—. Esto es algo bueno. Vamos a tener un bebé. —Sorbe y las lágrimas empiezan a correrle libremente por las mejillas—. Soy tan feliz...

—Viéndote y oyéndote, no me pareces nada feliz. Cielo santo, Ivy, ¡ni siquiera estás casada aún! A mamá le va a dar un síncope.

Ivy se echa a reír, con cara de estar histérica. Se le llena la cara de lágrimas mientras ríe.

—Hablas igual que cuando éramos niños.

—Pues es la verdad. Va a flipar. Lleva meses planificando tu boda.

En realidad, lo más probable es que lleve años, pero ni se me ocurre decirlo. Nuestra madre ha estado viviendo para este momento, y ahora Ivy ¿va a recorrer el camino al altar con una barriga enorme?

Sí. Eso va a salir estupendamente bien.

—Vamos a adelantar la fecha de la boda unos meses. Mamá ya lo sabe. Papá también —dice.

—¿Y Archer?

Ivy pone los ojos en blanco.

—¡Claro que lo sabe! ¿Crees que dejaría al padre de mi bebé ser el último en enterarse? Para nada.

—No, dejas ese honor al tío de tu bebé. —Le aliso el pelo para apartárselo de los ojos.

Me siento sobreprotector con mi hermana pequeña..., que va a tener un bebé. Santo cielo, esto es una locura.

—No hemos tenido ocasión de hablar, además has estado muy ocupado. —Me coge del brazo y me da un apretón—. No se lo comentes a Marina. Quiero decírselo yo, pero no podía si tú no lo sabías aún.

La abrazo de nuevo porque no puedo resistirme y le beso la frente.

—Me alegro mucho por ti, Ivy. Incluso me alegro por ese cabrón con el que te vas a casar. Espero que sepas dónde te metes.

—Sí, lo sé. —Sonríe mientras se retira de mi abrazo—. No me arrepiento. Soy la mujer más afortunada del mundo.

Espero que algún día pueda hacer a Marina la mitad de feliz de lo que Archer hace a mi hermana.

\* \* \*

Dejo la casa de Archer e Ivy para volver a St. Helena y a la panadería. Llevaba semanas planeando esta sorpresa para Marina, en medio de la adquisición de las propiedades que su familia me vendió. También se lo oculté, a pesar de que Archer me insistía incesantemente en que estaba cometiendo un grave error.

Pero no fue porque intentara hacerle daño o cerrar la panadería sin su conocimiento. Este es mi regalo para ella, asegurarme de que la panadería sigue perteneciéndole a su familia, como debe ser. Ya he iniciado el proceso y se está redactando el papeleo. Tengo previsto entregarle las escrituras de la panadería.

Ahora he de averiguar cómo hacerle este anuncio sorpresa sin asustarla por completo. No puedo darle demasiada importancia. También tengo que decírselo a Gina. Ivy lo sabe porque está deseando ayudar a rediseñar el interior. Sus servicios son gratuitos; es un regalo tanto para mí como para Marina.

A Marina le va a encantar. A Gina también. A Archer, no tanto, porque intenta robarle Gina a Marina cada vez que puede.

Es un imbécil codicioso, aunque me puedo identificar.

Al entrar en la panadería, el familiar y delicioso aroma del pan al hornearse golpea mis sentidos y hace que me ruja el estómago a pesar de no tener verdadera hambre. Saludo a Eli, que está en el mostrador, y me dirijo a la cocina, donde encuentro a Gina quitándose el delantal y colgándolo en una percha de la pared.

—Vaya vaya, mira a quién nos ha traído el gato. —Hace una mueca y niega con la cabeza—. ¿Qué tal, Chico Guapo?

Gracias a Dios que me han ascendido de Niño Bonito a Chico Guapo. Sigue llamando a Archer Niño Gato, porque se lo merece.

—Estoy genial —contesto—. ¿Dónde está Marina?

—No está. Hoy se ha ido a casa más pronto porque decía que no se encontraba bien.

Frunzo el ceño. No me ha dicho nada.

—¿Está bien?

Estoy muy sensible (supongo que por la gran noticia de mi hermana) y me pregunto: ¿cómo sería eso con Marina? Eso de dejarla embarazada y de ver cómo le va cambiando el cuerpo y mi bebé le va llenando el vientre.

Ese extraño dolor parece estrangularme de nuevo el corazón, y me froto el pecho distraídamente, preguntándome qué me pasa.

«Estás enamorado, idiota. Esa mujer ocupa constantemente tus pensamientos y harías cualquier cosa por ella».

—Voy a llamarla —digo, y observo cómo Gina coge el bolso del armario donde lo guarda y su jersey—. ¿Te importa si voy un rato a su despacho para hablar desde allí?

Voy a coger unos cuantos folletos viejos que sé que tiene guardados en su estantería y se los voy a dar a un especialista en *marketing* con el que he trabajado en el pasado. Tengo previsto crear nuevos materiales y un nuevo logotipo.

Ah, sí, tengo muchos planes. Y todos ellos van a volver loca a Marina. Harán que me quiera mucho más.

Deambulo por su despacho, busco en su pequeña estantería y arranco primero una y luego otras cuantas piezas publicitarias antiguas que encuentro. Dos folletos, un par de postales... Todo servirá para enseñárselo al diseñador gráfico.

Sentado detrás de su escritorio, la llamo al móvil, pero no tengo respuesta. Le envío un mensaje preguntándole si se encuentra bien, pero tampoco recibo respuesta. Cojo los folletos y los apilo de forma ordenada sobre el escritorio. Entonces, el borde de la cartulina roza el ratón y el monitor del ordenador se ilumina, aparece en pantalla el sitio web de una empresa de seguridad. La reconozco: es la que tiene contratada Marina en la panadería.

Entrecierro los ojos, miro la imagen en blanco y negro, que está un poco borrosa, y me doy cuenta de que es un hombre, inclinado sobre... ¿una mujer? Veo que la imagen está en pausa; se trata de una filmación real tomada dentro de la panadería, y, cuando le doy al *Play*, queda muy claro qué estoy viendo.

Ese soy yo. Y Marina. Y se nos ve teniendo sexo en la cocina, la noche en que follamos por primera vez.

Me paso una mano por el pelo y miro a mi alrededor como si alguien fuera a acercarse en cualquier momento y descubrir lo que estoy mirando. Estoy completamente alucinado. No me puedo creer que Marina haya guardado esto en su ordenador para... ¿Para qué? ¿Para disfrutar viéndolo? Ocurrió hace más de un mes. Hemos tenido mucho sexo desde entonces. Mejor sexo, infinitamente más satisfactorio. Cada vez que estamos juntos, es mejor. Somos afortunados.

Y ahora estoy... conmocionado al vernos en la pantalla de su ordenador, yo, empujando dentro de ella; su cabeza, echada hacia atrás; con sus largas piernas rodeando mi cuerpo mientras me agarra los hombros con las manos. No hay sonido, pero no necesito oírlo para recordarlo. Está jadeando palabras sensuales y alentadoras, y yo estoy deslizándome tan profundamente dentro de ella que gimo su nombre, a punto de ceder al impulso y dejar que mi orgasmo se apodere de mí.

Joder. Es excitante vernos así, juntos. Quizá pueda entender por qué ha guardado este vídeo, pero, aun así... Debería haberme dejado verlo. O, como mínimo, habérmelo contado. Hago una pausa y la pillo en un ángulo

buenísimo. La expresión de su cara me dice que está muy cerca del orgasmo.

Me gusta mucho ver esa expresión en su cara, pero en vivo y en directo. No en un vídeo que descubro por casualidad guardado en su ordenador. ¿Por qué lo habrá guardado? ¿Esperaba utilizarlo contra mí si yo le hacía daño? Ya he salido antes con mujeres vengativas. Mujeres que querían pillarme antes de que yo las pillara a ellas, siempre a la defensiva, cuando, en cambio, yo nunca tuve esa actitud con ellas.

—¿Qué haces?

Levanto la vista y veo a Marina dentro de su despacho, con los ojos inyectados en sangre y la expresión tensa. Tiene un aspecto terrible.

Tan, tan triste.

Me aparto de su escritorio y voy hacia ella, pero me esquivo en el último momento.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás bien? —pregunto, con la preocupación consumiéndome. Está muy rara—. Gina me ha dicho que te habías ido a casa porque no te encontrabas bien.

—Estoy bien. De verdad. —Se pasa una mano por la cabeza y se revuelve el pelo en vez de arreglárselo. Me mira como si no supiera qué hacer conmigo—. Me dolía la cabeza. Así que me fui a casa. También tuve una conversación interesante con mi madre. Déjame decirte que esa conversación no me ha ayudado con el dolor de cabeza. Más bien diría que, después de lo que me ha dicho, incluso he empeorado. Necesitaba salir de allí, así que he vuelto.

Mi corazón da un brinco. Mierda.

—¿De qué habéis hablado? —pregunto, temiendo su respuesta.

—Oh, ya sabes. Le preocupa que acabe convirtiéndome en una vieja amargada, soltera y sin trabajo. —Una delicada ceja se levanta y sé exactamente a qué se refiere.

Mierda. No quería que se enterara así.

—Marina —empiezo a decir, y ella levanta la mano para silenciarme.

—No quiero oír tus excusas —dice en voz baja, con cara inexpresiva y ojos apagados—. Dime la verdad. ¿Cuándo ibas a decírmelo, eh, Gage? ¿Cuándo?

Lo sabe. Le pedí a su padre que lo mantuviera en secreto para poder ser yo quien le dijera que no va a perder la panadería y he retenido la información demasiado tiempo. Ahora está enfadada.

—No es lo que crees... —empiezo a decir, pero ella me interrumpe.

—Entonces, ¿qué se supone que debo pensar? No entiendo cómo puedes haberme ocultado algo tan increíblemente importante. ¿Quién eres? ¿Por qué haces esto? El cierre de la panadería lo cambia todo, ¡toda mi vida! Me voy a quedar sin nada, sin trabajo, sin nada... Todo por tu culpa. —Se abalanza sobre mí, me golpea el pecho con tanta fuerza que doy un paso atrás, sorprendido por la fuerza de su empujón—. Eres malo.

Espera. Su madre no le ha dicho lo de la panadería. Esto es aún peor. Cree que intento acabar con ella.

—Marina...

—Cállate. Eres un mentiroso. Ocultar información es igual de malo que mentir. No me puedo creer que me hagas esto. Creía que me querías... —Aprieta los labios, cierra los ojos y niega lentamente con la cabeza.

—Deja que me explique. No es lo que piensas —empiezo a decir, pero ella abre los ojos y me fulmina con la mirada.

—No te molestes en intentar explicarlo, Gage. Ya has conseguido lo que querías. Sabía que querías comprar estos edificios desde el principio, así que no sé por qué estoy tan sorprendida o dolida. Supongo que me he dejado llevar.

Maldita sea. Ni siquiera me está escuchando.

—¿Y tu secreto? —exclamo con voz ronca.

Sus ojos se abren de par en par, con lágrimas brillando en ellos. Joder, solo de verlas me duele el pecho.

—¿Qué secreto?

Me cruzo de brazos y apoyo el cuerpo en el borde de su escritorio. Si ni siquiera quiere escucharme, tengo que sacarle la verdad sobre el vídeo de seguridad. Es muy raro que nunca me haya hablado de ello.

—Creo que ya sabes de a qué me refiero.

## Marina

No tengo ni idea de a qué se refiere. No soy yo la que guarda secretos en esta relación. Es él quien lo hace.

Y vaya si su secreto es una pasada, un secreto que va a cambiar mi vida para siempre.

Actúa como si no fuera para tanto.

—No sigas jugando —murmuro, y dejo que la ira me invada.

Está apoyado en mi escritorio, con los brazos cruzados, los bíceps tensos contra la camisa de manga larga, pero ignoro cómo mi cuerpo responde al suyo. Siempre me hace sentir así. Hambrienta, desesperada, necesitada. Todo por él.

Estoy demasiado enfadada. El sexo salvaje con Gage es increíble —nos hemos dado el gusto unas cuantas veces porque estamos así de enfermos y somos retorcidos—, pero no así. No con este tipo de horrible traición.

Se ha pasado.

—He visto lo que guardas en el ordenador. —Agita la mano hacia el monitor—. No tenía ni idea de que habíamos hecho un vídeo porno, Marina. Ojalá me lo hubieras dicho. ¿Piensas venderlo ahora que sabes lo imbécil que soy?, ¿distribuirlo para que circule por internet?, ¿y quizá ganar unos cuantos millones de visitas en YouTube?

Con la boca abierta, rodeo el escritorio y miro fijamente la pantalla, con el vídeo en pausa. Ahí estamos, en blanco y negro. Veo mis piernas desnudas rodeándole, su cuerpo suspendido sobre el mío, mis brazos alrededor de su cuello. Minimizo la pantalla, levanto la vista y lo encuentro estudiándome, con una expresión francamente mortal.

—¿Por qué tienes esto en tu ordenador? —pregunta con una voz que asusta—. No tiene sentido que lo conserves tanto tiempo, a menos que lo hayas hecho a propósito para poder utilizarlo contra mí.

Estoy en estado de *shock*. ¿De verdad piensa tan mal de mí? ¿Con qué clase de mujeres ha salido en el pasado?

—Yo... La mañana siguiente al encuentro en la cocina, unos adolescentes destrozaron las calabazas que teníamos en la puerta principal. —Voy a contarle toda la historia, aunque ello me destroce—. Así que comprobé los vídeos de la noche previa y vi a los chicos, pero no conseguí identificarlos.

—Vale... —dice despacio, probablemente preguntándose por qué le estoy contando todo esto.

Pero mi historia tiene sentido.

—Entonces hice clic, comprobé todas las cámaras que tenemos y vi esto, a nosotros. —Cerrando los ojos, respiro hondo, buscando fuerzas. No puedo creer que sea yo quien tenga que dar explicaciones cuando es él quien ha guardado el peor secreto de todos. Abro los ojos y continúo—: Me... Me gustó verlo. Estaba tan confusa después de lo que pasó entre nosotros. ¿Cómo podía odiar a alguien y desearlo al mismo tiempo? Me volviste loca. Conservar este vídeo era mi forma de... aferrarme a algo que tiene valor sentimental para mí, ¿entiendes?

—¿Un vídeo de nosotros follando en tu cocina tiene valor sentimental? —Se ríe y niega con la cabeza—. Qué grande.

—Me niego a que me hagas sentir culpable. Lo tenía en el ordenador porque iba a borrarlo. —No sé por qué lo he conservado tanto tiempo. Antes lo había vuelto a poner, para borrarlo, cuando llamó mi madre. Me alejé del ordenador, hablé un poco con ella, sentí que me entraba dolor de cabeza y me fui, y me olvidé por completo del tema—. Me di cuenta de que probablemente no era inteligente tener un vídeo nuestro. ¿Y si caía en malas manos?

—No me digas. No es una de tus jugadas más brillantes, Marina. —Resopla y niega con la cabeza.

Ah, ahí está el viejo Gage. Me entran ganas de abofetearlo por decir cosas tan horribles e hirientes. Me levanto y golpeo el borde del escritorio con las manos.

—No intentes hacer como si todo esto tuviera que ver con lo que te he hecho. Es poca cosa, comparado con lo que tú has hecho, y lo sabes. Fuiste tú quien compró a mi padre la Corporación Molina. ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Cuánto tiempo ibas a esperar para decírmelo? Merecía saberlo, Gage.

Me mira fijamente, con sus ojos verdes fríos. Duros.

—¿De verdad crees que te ocultaría esto a propósito para poder hacerte daño, Marina? ¿Después de todo lo que hemos pasado, todo lo que hemos

vivido este último mes? No me conoces en absoluto, ¿verdad?

Me encojo de hombros, intentando no darle importancia. Ya no tengo ni idea de lo que es verdad y lo que no. Me da igual lo hecho polvo que parezca. Por mucho que me cueste darme cuenta, no creo que pueda confiar en él.

—No lo sé. Solo ha pasado un mes. ¿Qué podía esperar de ti?

Es el turno de Gage de abalanzarse sobre mí, rodeando el escritorio hasta colocarse frente a mí, con las manos agarrándome los brazos, sacudiéndome como si tratara de hacerme entrar en razón con ello.

—Estoy enamorado de ti, joder. Quería demostrarte lo que sentía dándote la maldita escritura de este lugar. Iba a dártela como sorpresa, Ivy iba a redecorar el café. Iba a preparar una campaña de publicidad y todo. Cualquier cosa que quisieras para este lugar, te la habría dado.

Lo miro boquiabierto; el *shock* me deja completamente inmóvil. ¿Iba a darme la escritura? ¿De regalo? ¿Y a hacer que su hermana redecorara el café? No puedo... Dios mío. Qué idiota soy.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? Deberías habérmelo dicho. A mi madre le encantó ser la primera en darme la noticia.

Todavía estoy muy enfadada con él. No sé si volveré a sentir lo mismo por él. Solo sus palabras casi me destruyen.

¿Ahora que sé que planeó todo esto? No sé qué pensar. Ni qué hacer. Ni cómo reaccionar.

—Sí, ya lo sé. La he cagado. Archer me dijo que debía decírtelo. También Ivy. Pero quería que fuera una sorpresa. Era una jugada arriesgada, y mira. Ahora sí que lo he estropeado. —Se ríe, una risa casi histérica, y quiero ir hacia él. Consolarle. Decirle que todo va a ir bien.

Pero no puedo. Sigue pareciéndome una traición, igual que a él le parece una traición que yo conservase el vídeo de nuestro primer encuentro sexual. Ahora habla de sus planes en pasado. Como si yo hubiera arruinado mis posibilidades de estar con él. De trabajar con él. Le quiero.

—Estás enfadada conmigo, ¿verdad? —No es una pregunta. Suena tan derrotado que se me rompe el corazón por él. Por mí.

Mi ira se evapora lentamente y se vuelve más hacia mi madre, lo cual sé que no tiene sentido. Es mi madre. No estaré enfadada con ella para siempre.

Gage agacha la cabeza y cierra los ojos mientras respira hondo.

—Lo siento mucho, Marina. No debería haberlo hecho así. Me equivoqué. Sé que no puedes confiar en mí, pero ahora empiezo a preguntarme si yo tampoco puedo confiar en ti.

—¿Quieres decir por el vídeo? —le pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro. No me lo puedo creer. ¿Tan enfadado está por el vídeo?

—Sí. —Asiente con la cabeza y abre los ojos para mirarme fijamente—. Deberías habérmelo dicho.

—Lo mismo te digo —respondo de forma automática.

Estamos uno frente al otro, los dos en silencio, como si esperáramos que el otro diga algo, lo que fuera.

Pero ninguno de los dos dice nada.

Al final se da la vuelta y se va sin decir ni una palabra más. Sale a grandes zancadas de mi despacho como si yo nunca hubiera existido y se marcha de mi vida.

Solo después de que se haya ido me derrumbo en la silla y apoyo la cabeza en el escritorio mientras sollozo sobre la pila de facturas atrasadas que aún me persiguen.

## Gage

—Sigues adelante con ello. —Archer parece incrédulo.

—Sí —murmuro, viendo cómo la empresa que contraté vuelve a pintar las paredes del café—. Ella ha renunciado a este lugar, pero yo no lo haré.

Dos semanas después de nuestra gran discusión, colgó el cartel de CERRADO en la puerta y cerró Cosecha de Otoño para siempre. Me quedé de piedra. Marina no cede. No tengo ni idea de lo que le ha pasado, y, como se niega a verme, supongo que nunca lo averiguaré.

Por suerte, sigue hablando con Ivy, quien me mantiene informado. Dice que Marina se está planteando volver a estudiar para sacar un máster. Pero esta vez le gustaría viajar a otro lugar. Quizá ir a una universidad de la Costa Oeste. Empezar de nuevo con una nueva vida. Sé a qué se refiere en realidad. Prefiere volver a empezar.

Sin mí.

Me he hecho cargo del negocio por completo. Joder, es mío, así que puedo hacer con él lo que quiera, ¿no? Hice instalar nuevos

electrodomésticos, incluido un horno nuevo, y consulté a Gina cuál debía comprar.

Cuando colgué con ella, me llamó Listillo y, sin respirar, tonto del culo. Se ve que alcancé la cima de la aprobación y que, al mismo tiempo, toqué fondo en la decepción con la tía Gina.

—Va a tener un aspecto condenadamente asombroso —dice Archer, y echa un vistazo a la sala, que todavía está en obras—. Ivy me ha mantenido informado.

—¿Cómo se encuentra? —Los dos somos un par de hombres sobreprotectores que velan por ella y sé que lo odia. Pero también le gusta, las dos cosas al mismo tiempo.

—Se siente un poco mejor. Ya no está tan mareada. Las náuseas matutinas son las que la están afectando tanto. Además, está muy cansada.

—Lo sé. Intentó que la dejara venir para esto, pero le dije que de ninguna manera. No quería que inhalara los vapores —le digo.

—Buena decisión. —Archer exhala ruidosamente antes de volverse hacia mí—. ¿Has hablado con ella?

—¿Con quién? ¿Con Ivy?

—No, imbécil. Con Marina. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—No hemos vuelto a hablar desde que nos separamos. —Me encojo de hombros, actuando como si no fuera gran cosa, pero desde que no la tengo en mi vida siento como si me faltara una parte de mí.

No lo soporto, joder.

—¿En serio? Y yo que pensaba que el testarudo era yo. —Niega con la cabeza; parece dispuesto a soltar un gran discurso, y yo me preparo—. Mira, tienes que ir a verla y decirle que lo sientes. Ivy queda mucho con ella y dice que está triste.

—Ella nunca me dice eso. Ivy actúa como si Marina estuviera bien.

—Sí, bueno, creo que intenta evitar que te preocupes o que te sientas mal. Marina no está bien. Está destrozada y planea irse a la universidad al otro lado del país para escapar de su madre. Te echa de menos. Se supone que no debes saberlo. —Archer me señala.

Pongo cara inexpresiva.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Buena respuesta. Es que... no soporto veros sufrir. Ella cometió un error y tú también.

Nunca le conté exactamente lo que había pasado, solo que Marina también me ocultó algo muy importante. Ninguno de los dos actuó bien en esta situación. Quizá exageré, pero antes había estado con algunas mujeres locas que probablemente habrían utilizado un vídeo sexual contra mí para conseguir lo que quisieran. Ello significa que he salido con mujeres bastante horribles, mujeres que no eran dignas ni de limpiar el váter de Marina, y mucho menos de estar en la misma liga que ella.

—No puedes seguir así —continúa Archer al ver que no digo nada—. Esto os está matando a los dos. Eres un desastre sin ella. ¿Te estás volcando en tu trabajo, arreglando su panadería como una especie de homenaje a ella? ¿Qué demonios estás haciendo?

—Quiero hacer esto. Por ella, tanto si lo aprecia como si no.

—Claro —exclama Archer—. Estás loco.

Asiento lentamente con la cabeza, a sabiendas de que parezco un loco, pero no voy a cambiar de opinión.

—Esta panadería pertenece a Marina. Es suya y no hay más que hablar. Y, si ella no la quiere, entonces pienso dársela a Gina. Debe continuar siendo de la familia Molina y Knight. Les pertenece.

Una sonrisa se dibuja en el rostro de Archer.

—Tienes corazón, ¿verdad?

—Cállate. —Le empujo en el hombro—. No se lo digas a nadie. No quiero que se sepa.

La echo de menos. Mi cuerpo, mi mente, mi corazón... Todo me duele sin Marina en mi vida. Sin embargo, me niego a ir a verla. No hasta que tenga algo que mostrarle. Algo que le demuestre mi amor y le haga saber sin lugar a duda que haré cualquier cosa, cualquier cosa de verdad, por ella.

Como renovar su negocio. Desde la cocina hasta la fachada del local, pasando por los nuevos sistemas informáticos y de pedidos que se van a instalar en los próximos días, todo es de última generación. De primera.

Mi mujer se merece lo mejor.

—También eres un ñoño. Sigues pensando en entregarle la panadería, ¿verdad?

—Siempre que Ivy siga queriendo traer a Marina a la gran reapertura, entonces sí. Lo haré. —Nadie puede decir que no me he volcado con esto, ¿verdad?

—Ella va a conseguirlo. Ivy me lo ha dicho. Marina está encantada de que Ivy esté embarazada —me informa Archer

—No lo dudo —murmuro, sin saber qué pensar. ¿Por qué me cuenta cosas como esta? Solo hace que la eche más de menos.

Y, maldita sea, la echo de menos. Solo han pasado unas semanas, pero parecen años. Echo de menos su voz, su sonrisa, la forma en que me grita cuando la hago enfadar. Los gemiditos susurrantes que se le escapan cuando la hago correrse. Echo de menos su olor, la forma en que le gusta prepararme la cena, cómo se acurruca contra mi espalda cuando dormimos juntos.

Echo de menos todo de ella. Quiero que vuelva a mi vida.

Espero como un loco ser capaz de conseguirlo en las próximas dos semanas.

De una vez por todas.

## Marina

*Dos semanas después*

—No quiero ir —gimo, escondiendo la cabeza bajo las almohadas

Es demasiado pronto para que tenga que enfrentarme a esto. Desde que Ivy se ha quedado embarazada, está hecha una furia. Se ha convertido en una pequeña tirana que no tiene ningún problema en obligar a la gente a hacer cosas que normalmente nunca harían.

—Mala suerte. —Ivy me quita la sábana de un tirón, lo que me hace chillar. Maldita sea, el aire es frío. Casi tan frío e insensible como ella—. Vamos a ir a un *spa* todo el día y nos va a encantar, aunque nos mate.

Que me obligue a ir a un *spa* demuestra lo ridícula que soy. Soy el bebé más grande del mundo. Desde que cerré la panadería y el café, me he convertido en una reclusa total, casi siempre estoy en pijama y no voy a ver a nadie. Prefiero revolcarme en mi miseria

—No quiero que me pulan y me mimen —gimo mientras me deslizo fuera de la cama, arrastrando los pies hacia mi cuarto de baño.

Ivy ya está vestida y tiene un aspecto adorable. Su creciente barriguita de bebé es tan mona que todo el mundo quiere tocarla, lo cual la vuelve loca. No le gusta mucho que la toquen completos desconocidos y que le pregunten cuándo va a nacer el bebé. Incluso la he visto fingir que no tiene ni idea de lo que hablan.

Eso siempre les asusta.

Me meto a la fuerza en la ducha y me animo bastante cuando estoy bajo el chorro de agua caliente durante diez minutos. Salgo del baño poco más de veinte minutos después, y el olor a café me llama.

Joder. Debería pedirle a Ivy que se viniera a vivir conmigo.

Sorbemos café y hablamos. Ivy me cuenta que Archer quiere llevarla a Hawái antes de que nazca el bebé y que ella en realidad no quiere ir. Le digo que está loca, que ahora tienen que disfrutar de todo el tiempo que puedan pasar a solas antes de que llegue el bebé y les cambie totalmente la vida.

Ivy está de acuerdo.

Por fin estamos en la carretera, en el coche de Ivy, listas para dirigirnos al *spa*, cuando se vuelve hacia St. Helena, con una expresión neutra en el rostro.

—¿Adónde vas? —le pregunto, con voz tranquila y pensamientos agitados.

Echo de menos a Gage. Mi madre está encantada de que hayamos terminado y quiere hablar de lo imbécil que es, pero le he dicho que cualquier conversación sobre Gage está prohibida. Papá me deja en paz porque sabe que tengo el corazón roto, y mi madre le dio la misma charla que yo le di a ella.

No se habla de Gage en casa. Nunca.

Pero quiero hablar de Gage. De lo feliz que me hizo. De lo apasionados que éramos juntos, tanto en la cama como fuera de ella. Me hacía pensar, me hacía querer conseguir cosas. Cualquier cosa. Me hizo fuerte.

Y ahora me siento débil y sola sin él.

—Necesitaba recoger algo antes —dice vagamente, agitando la mano.

Hum. No me gusta adónde va esto. Pero mantengo la calma y me fijo en los coloridos racimos de globos que cuelgan delante de... la panadería.

Una multitud espera fuera y veo mi conocido caballete de pizarra, con las palabras *GRAN REAPERTURA* escritas en negrita en la parte delantera.

No puede ser. No tenía ni idea de que iban a reabrir la panadería. Pues sí que se ha movido rápido Gage.

Y eso no me deja un sabor amargo en la boca.

Ivy pasa por delante de la panadería muy despacio y se detiene casi por completo para que pueda verlo todo. Dios, es evidente.

—Me pregunto qué estará pasando ahí dentro —pregunta inocentemente.

No sé cómo puede mantener la cara seria.

—Vaya, no sé, Ivy. Quizá deberíamos entrar a ver qué pasa.

—¡Perfecto! —Da una palmada y aparca el coche.

Prácticamente me lleva de la mano al café, y yo voy arrastrando los pies. No quiero entrar. No quiero ver a los nuevos dueños, aunque tengo mis sospechas de que el único dueño será Gage.

Todavía no. No quiero lidiar con esto, lidiar con él.

No solo el exterior del café y la panadería está a rebosar de gente que hace cola para pasar, sino que el interior también está abarrotado. Como por

arte de magia, la decidida mujer embarazada consigue que entremos y enseguida me sorprenden todos los cambios.

Se ha repintado todo el interior, y Gage ha encargado mesas y sillas nuevas, lo que le da al local un aspecto más limpio y sencillo. Se ha instalado una nueva vitrina, así como nuevos mostradores, y no puedo evitar quedarme boquiabierta mirándolo todo, demasiado aturdida para estudiar nada de ello durante demasiado tiempo por miedo a que desaparezca.

—La cocina también está renovada —me dice Ivy cerca del oído, así que puedo oírla. El parloteo de la multitud es absolutamente ensordecedor—. Deberías ir a verla. Tiene electrodomésticos de última generación. Tu tía está en el séptimo cielo.

—Espera un momento. ¿Gina trabaja aquí?

—¿Cómo crees que iban a poder celebrar la jornada de puertas abiertas si no tuvieran a nadie que hornease los dulces? Sí, sigue trabajando aquí. Y le encanta cada minuto que pasa aquí, a pesar de que Archer quiere llevársela. No es que pueda hablar de ello. —Cierra los labios con fuerza y hace el signo universal de echar la llave y tirarla—. Archer me matará si se entera de que te he dicho que está desesperado por llevarse a Gina.

Sí, claro. Como si Archer fuera a ponerle la mano encima a Ivy.

—Llévame a la cocina —le digo, pues necesito que vaya conmigo para no tener que enfrentarme sola a ninguno de mis miedos, como Gage.

Me acompaña hasta allí y, cuanto más nos acercamos a la puerta batiente, más me apoyo en ella. El corazón me va a mil por hora, siento los pies como si tuvieran pesas de plomo y me detengo a mirar a Ivy justo antes de cruzar la puerta.

—No hay planeado ningún día de *spa*, ¿verdad?

—Es este. —Extiende los brazos, con una sonrisa tonta en la cara por un momento y luego la sonrisa empieza a desvanecerse lentamente—. No hay nada que odie más que ver que mis dos personas favoritas en todo el mundo, además del hombre con el que me voy a casar, son tan desgraciadas la una sin la otra.

Dejo caer la cabeza y respiro hondo. Yo también odio que seamos tan desgraciados.

—Tenéis que hablar y escucharos. Él nunca quiso hacerte daño, Marina. Espero que por fin te hayas dado cuenta.

Asiento con la cabeza despacio. No quiero que ella me vea. Me siento débil y parpadeo para contener las lágrimas que amenazan con derramarse.

Ivy se acerca para susurrarme al oído:

—Deja que te mime. Está tan enamorado de ti que da asco. Haría cualquier cosa para hacerte feliz.

Con un suave empujón, me empuja a través de la puerta batiente y pierdo el equilibrio, por lo que casi me caigo de bruces dentro de la cocina.

Mi mirada se abre de par en par mientras lo asimilo todo. La distribución es la misma, pero los electrodomésticos son nuevos. Grandes, preciosos, de acero inoxidable, y todos de primera calidad.

Eso ha tenido que costar un dineral.

—¿Te gusta?

Me doy la vuelta con un grito ahogado y veo a Gage de pie delante de mí, vestido con una camiseta de Cosecha de Otoño, muy parecida a la que yo solía llevar, y unos vaqueros. Tiene un aspecto encantador, cansado, feliz, triste y preocupado.

Me identifico con él en todo, excepto en lo de «encantador». No me siento muy encantadora.

—Es precioso, Gage —susurro, braceando cuando se acerca a mí.

—Lo he hecho por ti. —Me coge las manos y las estrecha entre las suyas—. Lo he hecho todo por ti. La reforma completa, la gran reapertura, todo el nuevo material publicitario, todo por mi mujer. El periódico local también va a escribir sobre ti. Te vas a hacer famosa.

Solo me he quedado con algunas palabras escogidas que mencionó en ese bonito discurso. Dios, le he echado tanto de menos. Tenerlo delante de mí, tan guapo, pero con un aspecto tan inseguro, hace que mi corazón se hinche de emoción desbordante por él.

—¿Tu mujer?

Asiento muy despacio con la cabeza y sus dedos se estrechan en torno a los míos.

—Eres mía. Lo sé, estemos juntos o separados. Creo que tú también lo sabes. —Respira hondo y exhala lentamente—. Me he sentido desgraciado cuando me has faltado. Te necesito, Marina. Te necesito a mi lado, trabajando conmigo, riendo conmigo. Amándome. —Sus ojos brillan mientras se acerca, y contengo la respiración, esperando a que diga algo más—. Dime que sigues sintiendo lo mismo.

## Gage

Espero con una expectación casi insoportable lo que ella tenga que decir. Que Ivy la haya traído aquí para ver la panadería y a mí es una buena señal. Si me odiara, no habría venido.

En este momento, estoy buscando cualquier tipo de señal positiva, de lo desesperado que estoy.

—Lo que has hecho aquí es muy hermoso. —Me sonrío, con los ojos brillantes de lágrimas no derramadas—. Gracias. No me lo merezco.

Ah, ahí es donde se equivoca. Se merece todo esto y más. Mucho más.

—Sé que hemos pasado por nuestros altibajos. Los dos hemos tomado decisiones tontas. Pero jamás me he arrepentido de haberte conocido. De discutir contigo. De tener sexo salvaje contigo. —Bajo la voz—: De enamorarme de ti.

Sus labios se separan, una exhalación temblorosa la abandona, y yo la atraigo hacia mí y deslizo mis brazos alrededor de su cintura para aplastarla contra mí. No quiero soltarla nunca.

—Oh, Gage. —Aprieta la cara contra mi pecho y empieza a llorar, y me siento impotente ante sus lágrimas.

—No llores —susurro contra su pelo mientras lo acaricio con los dedos—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Solloza en mi camisa.

Sonrío a pesar de sus lágrimas. Lo que acaba de decir es algo bueno. Algo muy muy bueno.

—Quiero que te cases conmigo —le susurro cerca del oído.

Sale de mi abrazo, pero no dejo que se aleje demasiado.

—¿Qué has dicho?

—Quiero que te cases conmigo. Viviremos aquí, en St. Helena, en la casa que estoy reformando, y conservaremos la de San Francisco para todos los coches. Aquí no caben. Solo tendremos un garaje para un coche —digo, y me gano una sonrisa.

—Solo si prometes construir un garaje para que podamos guardar aquí algunos de tus coches. Me gustaría probarlos. —Se mordisquea el labio inferior. Me vuelvo loco con solo mirarla—. Ya sabes. Solo por... diversión.

Ah, maldita sea esta mujer. Es perfecta para mí en todos los sentidos.

—Lo tendrás. Lo que quieras —juro.

—¿Y tu negocio inmobiliario?

—Puedo hacerlo desde aquí. —Llevo casi dos meses y todo ha ido bien—. No estamos muy lejos de la ciudad, así que puedo ir en coche cuando sea necesario. Todo saldrá bien. Mientras nos tengamos el uno al otro, podemos hacer que funcione.

Me sonrío; sus bonitos ojos me miran brillantes.

—¿Qué me dices de esa propuesta que me acabas de hacer?

Frunzo el ceño.

—¿Propuesta?

Marina, a su vez, frunce el ceño.

—Sí, ya sabes. ¿Aquella en la que mencionaste el matrimonio?

—Ahh. —Soy un completo imbécil. Me meto la mano en el bolsillo delantero, saco una cajita y se la doy—. Aquí tienes.

Abre la caja con dedos temblorosos y se le escapa un pequeño jadeo cuando ve el brillante diamante de dos quilates que hay dentro.

—Es demasiado grande —protesta de inmediato, y me mira fijamente.

—Es perfecto. —Cogiéndole la caja, saco el anillo, cojo su mano izquierda y deslizo el solitario en su dedo anular. Encaja—. Eres perfecta.

Le beso la punta de la nariz.

—Humm. Creo que tú eres el perfecto.

Se inclina de puntillas y me besa, al instante se vuelve profundo y caliente. Se balancea contra mí, me agarro a sus caderas y me dejo familiarizarme con sus labios y su lengua deliciosos y persistentes cuando oigo una voz que se aclara cerca.

Al abrir los ojos, veo que Gina empieza a mirarnos, con expresión irritada.

—¿Os habéis reconciliado entonces?

Marina se gira, sin soltarse de mi abrazo, y queda de espaldas a mí, mientras le rodeo la cintura con los brazos. Ella coloca sus brazos sobre los míos, nuestros dedos entrelazados, su cabeza apoyada en mi pecho. Nunca me había sentido tan satisfecho.

—Lo hemos hecho —admite soñadoramente—. Gage me ha pedido que me case con él.

—Y le has dicho que sí.

Ella confirma con un movimiento de cabeza.

—¿Y tus padres?

Siento que se pone rígida y la aprieto más. Ojalá se relaje. Por fin lo hace.

—Creo que podré convencerles para que entren en razón. Papá está más de acuerdo que mamá —dice Marina.

—Pues entonces tienes mucho trabajo por delante, ¿verdad, Niño Bonito? Gimo interiormente por el apodo que ha elegido Gina.

—¿Así que volvemos a ser Niño Bonito?

—Pues sí, porque estás guapo con esa sonrisa de tonto en la cara ahora que vuelves a tener a tu mujer entre los brazos. —Gina sonrío e inclina la cabeza hacia el café—. Tenéis que salir ahí fuera. Todo el mundo quiere hablar con vosotros.

—¿De verdad? —pregunta Marina con incredulidad.

—De verdad —digo, y le beso la sien—. Todos saben que he hecho esto para ti.

—¿Cómo es que nadie me ha informado? —Hace un mohín.

—Fue tu elección, al convertirte en una reclusa total —me burlo, aunque a mí también me duele.

Odio haberla hecho sentir tan mal que apenas pudiera arrastrarse fuera de la cama.

Se gira para quedar de nuevo frente a mí. Le prometemos a Gina que saldremos dentro de unos minutos, y se va de la cocina.

—Soy la mujer más afortunada del mundo —susurra Marina contra mis labios antes de empezar a besarme de nuevo.

Maldita sea. Si sigue así, probaremos el nuevo escritorio que he puesto en el despacho. A ver si es tan resistente como parece. En lugar de eso, la aparto de mí.

—Más tarde. Ahora mismo tenemos que ir a recibir a nuestros invitados.

Más lloriqueos falsos. Maldita sea, tiene unos labios deliciosos. Sin poder resistirme, le doy un beso en la frente, en la nariz y me detengo en esos labios deliciosos.

—Salgamos a darles la buena noticia. Puedes enseñar el anillo.

—Quizá prefiera quedarme aquí contigo. —Un brillo perverso ilumina sus ojos—. Si no hubiera tanta gente ahí fuera, te propondría que recreáramos la primera vez que nos enrollamos en la cocina.

Joder. Esta mujer hace que me estalle la cabeza constantemente.

—Estás fuera de control. ¿No tienes aún el vídeo? Podemos verlo más tarde.

Ese brillo perverso resplandece con más intensidad.

—Todavía lo tengo.

Dejo caer un beso sobre su nariz.

—Quizá deberíamos hacer otro alguna vez. —Ni siquiera puedo creer que haya hecho esa sugerencia, pero así de loco estoy por esta mujer—. Ahora, venga, vamos a hablar con tus clientes.

—Gage. —Me detiene antes de que salga a la cafetería, con el ceño fruncido—. Entonces, ¿nuestro compromiso significa que has perdido la apuesta?

Frunzo el ceño. Me doy cuenta en cuanto oigo lo que acaba de decir.

—¿Sabes lo de la apuesta?

Asiente lentamente con la cabeza, mordisqueándose el labio inferior.

—Ivy me lo contó hace tiempo, una noche que salimos juntas. Dijo que yo tenía derecho a saberlo.

—¿Y no te has enfadado? —Recuerdo cómo había reaccionado Ivy. No fue una visión agradable.

—Por supuesto que no. Ojalá me lo hubieras contado antes. —Me rodea el cuello con los brazos—. Te habría ayudado a ganar.

Maldita sea. Más confirmación de lo perfecta que es para mí.

La empujo suavemente, la cojo de la mano y salimos de la cocina. En cuanto pisamos el café nos reciben aplausos salvajes y gritos de celebración de nuestros vecinos y clientes. Incluso reconozco a algunos amigos entre la multitud, aunque no había reparado en ellos antes. Los dos retrocedemos, abrumados por la reacción de la gente, y ella me sonrío y me aprieta la mano.

Mi corazón se expande en mi pecho y acaba llenando tanto espacio que casi temo no poder respirar.

Pero no pasa nada. Mientras tenga a Marina a mi lado, podremos superar cualquier cosa.

Juntos.

# Agradecimientos

Como siempre, doy las gracias a mi marido y a mis hijos por soportarme mientras trabajo duro en mi escritorio, provocándome fatiga visual por mirar fijamente el ordenador todo el día y toda la noche. Sois tan increíbles y me apoyáis tanto, y encima apenas os quejáis (ja, ja). ¿Qué haría yo sin vosotros?

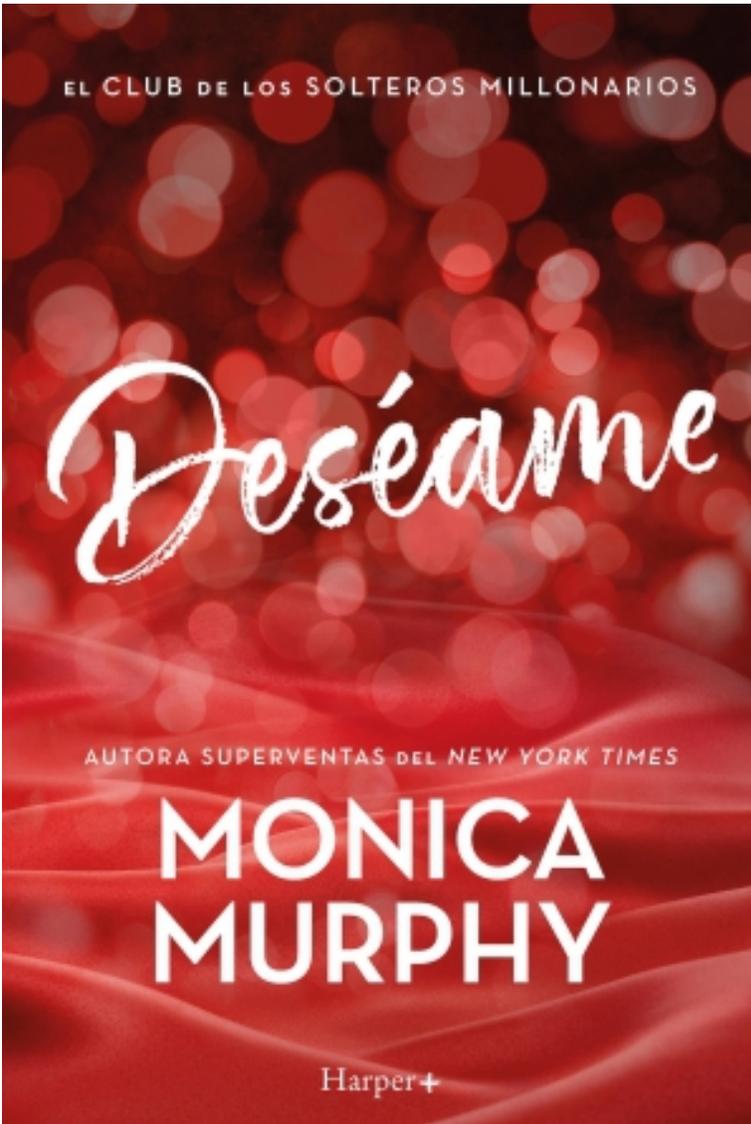
A los lectores: no sería nada sin vuestro continuo entusiasmo y cariño. Gracias, todos significáis mucho para mí. Este libro (y toda esta serie) es un poco diferente y espero que os guste leerlo tanto como yo he disfrutado escribiéndolo. Menos mal que nada puede ir mal con solteros multimillonarios sexis...

Un gran agradecimiento a mi editora, Chelsey Emmelhainz, por darle un buen repaso a mis palabras y hacer que este libro sea mucho mejor. A todo el equipo de Avon por su apoyo entusiasta a esta serie: son lo más. A KP Simmon y Kati Rodriguez por mantenerme informada. Y a Katy Evans por querer a Archer desde el principio.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



# Deséame

Murphy, Monica

9788410640467

208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

**Él es un multimillonario arrogante que siempre consigue lo que quiere, pero ¿y si la hermana de su mejor amigo es la única mujer que no puede tener?**

El millonario Archer Bancroft es un atractivo soltero que siempre se sale con la suya. Pero ahora quiere a Ivy Emerson, la hermana pequeña de su mejor amigo, la única mujer a la que no puede permitirse desear. Ivy no es lo único que Archer desea, también está la apuesta de un millón de dólares con sus amigos para conseguir ser el último soltero del club.

Ivy sabe bien que Archer no da más que problemas: es exasperante, soberbio... y completamente embriagador. Sin embargo, todo cambia cuando un beso robado conduce a una noche que ninguno de los dos podrá olvidar.

**La autora superventas del *New York Times* Monica Murphy lanza su electrizante serie *El Club de los Solteros Millonarios* con una irresistible apuesta, una noche de pasión y un futuro juntos que nunca pareció posible.**

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



## Una escapada a Escocia. La novela más conmovedora y reconfortante del año

Shackman, Julie  
9788410021037  
376 Páginas

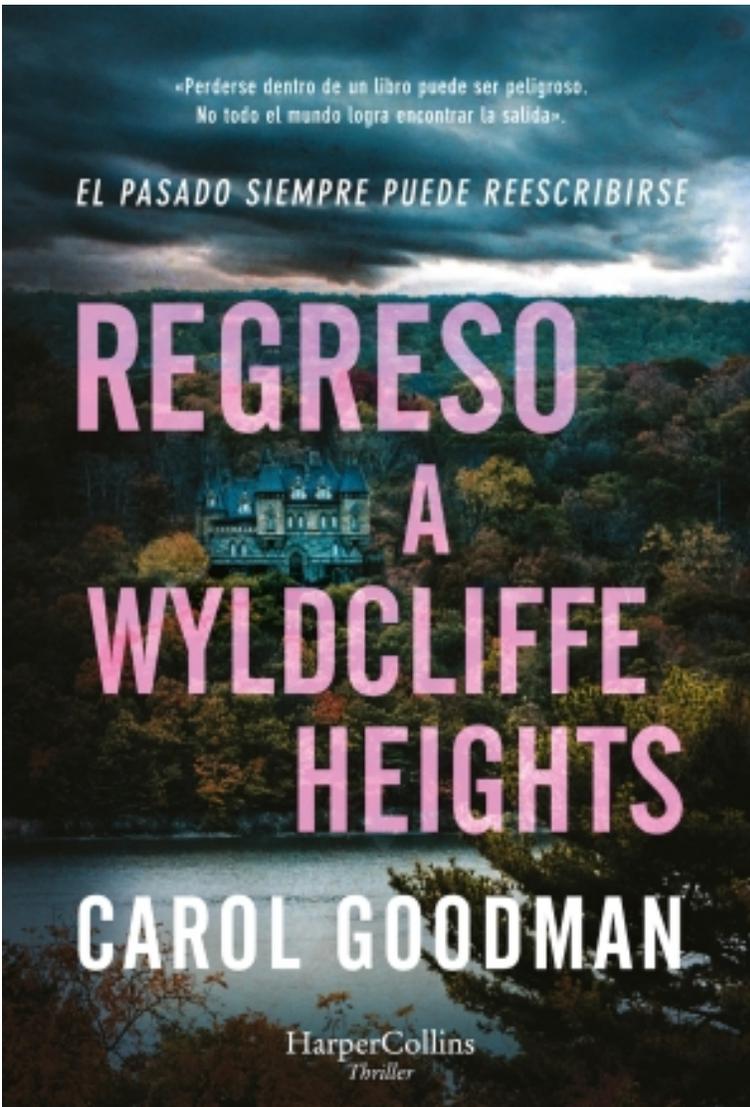
[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

**Cuando la aldea más dormida de Escocia se convierte en el centro de los cotilleos, Layla Devlin se ve envuelta en un misterio.**

Cuando el prometido de Layla sufre un inesperado ataque al corazón y muere, nada menos que en brazos de otra mujer, Layla está dispuesta a hacer las maletas y abandonar Loch Harris, el pueblo al que siempre ha considerado su hogar. Pero una herencia inesperada y el amor por su tranquilo rincón de Escocia la llevan por otro camino.

Hay rumores de que una celebridad se ha mudado a Coorie Cottage y Layla está decidida a que encabece la noche de inauguración de su local de música The Conch Club. Pero la solitaria estrella está igualmente decidida a frustrar los esfuerzos de Layla. Rafe Buchanan se esconde por una razón, y pronto su pasado viene a Loch Harris para atormentarlo.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



## Regreso a Wyldcliffe Heights

Goodman, Carol

9788410640337

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Agnes Corey, joven asistente de una pequeña editorial independiente, ha sido contratada por la misteriosa novelista Veronica St. Clair para transcribir la secuela de su éxito superventas de 1993, *El secreto de Wyldcliffe Heights*. St. Clair ha vivido aislada desde la publicación de esa novela con reminiscencias de *Jane Eyre*, que coincidió con un terrible incendio en el que perdió la vista y quedó marcada de por vida. Cuando llega a la finca de St. Clair, un antiguo hospital psiquiátrico para «mujeres descarriadas» ubicado en el valle del Hudson, Agnes está decidida a asegurarse de que los devotos admiradores de la novelista reciban la secuela que llevaban treinta años esperando.

A medida que St. Clair va dictándole la historia, Agnes se da cuenta de que en el relato hay indicios que revelan los verdaderos –y terroríficos acontecimientos que inspiraron la novela original tres décadas atrás. La frontera entre realidad y ficción se vuelve cada vez más borrosa, y Agnes descubre secretos terribles sobre un asesinato sin resolver de hace mucho tiempo, que además guarda una sorprendente relación con su propia vida. Conforme la retorcida narración de St. Clair va impregnando su mente, Agnes comienza a temer por su propia cordura, y también por su seguridad.

Con el fin de salvarse, deberá descubrir qué le ocurrió realmente a St. Clair y, al hacerlo, liberar las historias de todas las mujeres que fueron maltratadas en Wyldcliffe Heights.

**«Perderse dentro de un libro puede ser peligroso. No todo el mundo logra encontrar la salida».**

**«Regreso a Wyldcliffe Heights plantea un misterio dentro de otro misterio rodeado de fantasmas y oscuros secretos familiares, y transporta al lector a lo largo de tres líneas temporales distintas, cada una de ellas cargada de engaños e**

**intrigas. En este inteligente relato gótico cargado de locura, homicidios y venganza, los lectores quedarán cautivados por las tramas entrelazadas y no podrán dejar de leer hasta llegar a la última página y descubrir el misterio. ¡Una lectura absorbente y adictiva!». B. R. MYERS**

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



# Adiós a la inflamación. Cómo prevenir enfermedades, retrasar el envejecimiento y perder peso

Moñino, Sandra  
9788410021242  
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN? Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica. En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud. La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables. UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA. Incluye gratis RETO 3 DÍAS antiinflamatorio. «Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después. Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria. Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro. ¡Desinflámate conmigo!».

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



## El juego

Kemp, Martin

9788410640313

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Johnny Klein es una víctima del rock, una estrella del pop de los ochenta venida a menos. Lo ha perdido todo: su familia, su dinero y su fama. Cuando un viejo conocido de la industria musical se ofrece a echarle un cable, Johnny acepta sin pensárselo dos veces...

Arrastrado al oscuro submundo del East End londinense, Johnny descubre que su ego destrozado no es lo único que corre riesgo. Por mucho que le cueste reconocer que ya no pinta nada, en estos momentos preferiría desaparecer del todo. Puede que la fiesta haya llegado a su fin, pero no hay modo de escapar del pasado...

**«Magistral». SUSAN LEWIS**

**«Una novela diferente, fresca. El personaje de Johnny Klein es maravilloso. ¡Me ha encantado!». CATHERINE COOPER**

**A los lectores les encanta El juego «Con su antihéroe Johnny Klein, Martin Kemp ha escrito oro puro en esta emocionante novela que te atrapa desde la primera página».**

**«No podía parar de leer».**

**«Un libro que te sigue acompañando una vez leído...  
Emocionante y sincero, te hace pensar».**

**«Una trama estupenda y descarnada que me ha llegado al corazón».**

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)